

Francisco Javier Dupla S.J.
Axel Capriles M.

SE LLAMABA JOSÉ GREGORIO HERNÁNDEZ

978|980|7892|00|1



COLECCIÓN EDICIONES
ESPECIALES



COLECCIÓN EDICIONES
ESPECIALES

SE LLAMABA JOSÉ GREGORIO HERNÁNDEZ

FRANCISCO JAVIER DUPLÁ, S.J.

AXEL CAPRILES M.

Caracas, Venezuela, 2018

Hecho el depósito de Ley

Depósito Legal: DC2018001206

ISBN: 978-980-7892-00-1

Formato: 16 x 23 cms.

Nº de páginas: 166

Dirección general: Pedro I. Galavís L.

Traducción al inglés: Ana Elisa Recio

Diseño y diagramación:

Jesús Salazar / salazjesus@gmail.com

Diseño de portada: Reyna Contreras

Reservados todos los derechos.

Ni la totalidad ni parte de esta publicación
pueden reproducirse, registrarse o transmitirse,
por un sistema de recuperación de información,
en ninguna forma ni por ningún medio, sea electrónico,
mecánico, fotoquímico, magnético o electroóptico,
por fotocopia, grabación o cualquier otro,
sin permiso por escrito del editor.

CONTENIDO

PRÓLOGO	5
PORTADAS E ILUSTRACIONES	7
ORIGEN DE LA FUNDACIÓN	9
UNA LUZ EN LA SOMBRA COLECTIVA	
POR AXEL CAPRILES	13
CRONOLOGÍA DE LA VIDA DE	
JOSÉ GREGORIO HERNÁNDEZ	27

1.	ISNOTÚ, OCTUBRE DE 1864	31
2.	LA NIÑA JUANA VILORIA	35
3.	APRENDIÓ TODO LO QUE PODÍA SABER	40
4.	EN EL COLEGIO VILLEGAS	45
5.	JOSÉ GREGORIO ESTUDIA MEDICINA	50
6.	DOCTOR EN MEDICINA	55
7.	DE VUELTA POR SUS TIERRAS	
	DE TRUJILLO	60
8.	¡LA DISENTERÍA SE CURA CON QUININA!	65
9.	EL PASO DE LOS ANDES	70
10.	EN PARÍS, COMISIONADO	
	POR EL GOBIERNO	75
11.	JOSÉ GREGORIO SE FORMA EN PARÍS	80
12.	EL JOVEN DOCTOR SATISFACE	
	LAS EXPECTATIVAS	84
13.	¿QUÉ ES LO QUE HICE MAL, DIOS MÍO?	89
14.	LA POLÉMICA CON EL DOCTOR	
	LUIS RAZETTI	93
15.	UNA NOTICIA QUE SACUDE CARACAS	98
16.	EN LA CARTUJA	103

17.	NO ERA SU CAMINO	108
18.	JOSÉ GREGORIO REGRESA A SU VIDA DE MÉDICO Y CATEDRÁTICO	113
19.	UNA PÉRDIDA PREMATURA Y UNA ACUSACIÓN INSOSTENIBLE	118
20.	NUEVO VIAJE A EUROPA PERSIGUIENDO SUS IDEALES	122
21.	SU DÉBIL SALUD LE DERROTA UNA VEZ MÁS	126
22.	EL MÉDICO DE LOS POBRES	130
23.	UN FAMOSO RETRATO Y LA GRIPE ESPAÑOLA	134
24.	AQUEL DOMINGO 29 DE JUNIO DE 1919	138
25.	¡EL DOCTOR HERNÁNDEZ ES NUESTRO!	143
26.	SEMBLANZA DEL DOCTOR JOSÉ GREGORIO HERNÁNDEZ	148
27.	EL LARGO CAMINO A LOS ALTARES	152
28.	EL SANTO DE LOS VENEZOLANOS	157

OBRAS CONSULTADAS	161
DATOS DE AUTORES	162

JOSÉ GREGORIO HERNÁNDEZ COMO DESAFÍO DEL SIGLO XXI

A las puertas del centenario del fallecimiento del Dr. José Gregorio Hernández ve luz la segunda edición de *Se llamaba José Gregorio Hernández*, escrito por Francisco Javier Duplá, S.I. para ayudarnos a mantener viva la memoria de una persona tan especial que, como señala la nota del Dr. Axel Capriles, se ha hecho parte del imaginario del pueblo venezolano.

José Gregorio Hernández es un cristiano cuya fe lo abre a un momento de grandes cambios en la historia humana. José Gregorio participa en ellos desde una de las dimensiones más novedosas de los cambios que vive la humanidad: la ciencia. Dimensión poco presente en una Venezuela rural que se abre con lentitud a la modernización gracias a quienes soñaron con la transformación, a la aparición de la renta petrolera y a pesar de la dictadura de Juan Vicente Gómez.

José Gregorio Hernández integra una excelente formación científica en su experiencia espiritual que lo lleva a ponerse al servicio de quien lo necesite, con especial predilección por quienes no se lo pueden retribuir. Batalló para hacer ciencia en condiciones poco propicias. Batalló con sus movimientos espirituales que lo empujaban a ser cada vez más radical en su entrega.

La vida de José Gregorio demuestra la posibilidad de encarnar el evangelio también en la sociedad venezolana de comienzos del siglo XX. Por eso se convierte en una luz de nuestro imaginario social y en un desafío tanto a quienes compartimos su fe como a sus colegas médico-científicos en este siglo XXI. Es posible entregar la vida para que otros tengan vida. Es posible poner los conocimientos que se adquieren, con esfuerzo y dedicación personal, al servicio de la vida de todos, empezando por los que no tienen posibilidades por sí mismos.

Gracias a la Fundación Amigos de José Gregorio Hernández por poner en nuestras manos esta segunda edición, ilustrada por Rómulo Guardia Granier. Estoy seguro que la celebración del centenario del fallecimiento del Siervo de Dios José Gregorio Hernández puede convertirse en una conmoción análoga al del momento de su despedida. Una conmoción que nos lleve a hacerlo nuestro, de los pobres de Venezuela y del mundo, de quienes buscan sentido a la vida y lo encuentran en una fe madura que pone todo lo que se sabe, se tiene y se es al servicio de la justicia, la paz y la reconciliación de los seres humanos entre sí, con el medio ambiente y con Dios.

Arturo Sosa, S.I.

P. General de la Compañía de Jesús

Roma, 28 de abril de 2018

PORTADAS E ILUSTRACIONES

En el año 1971, teniendo 10 años de edad, fui víctima de un accidente en nuestra hacienda de Oricao y fui trasladado de emergencia al hospital de Pariata donde ingresé sin signos vitales. Mi padre, Rómulo Guardia Machado, al oír declararme muerto por el médico de guardia, cayó de rodillas y le imploró a José Gregorio me devolviese a la vida.

Como por milagro, llegó a la sala de espera un recién graduado, el Dr Murillo, quién le dijo a mi padre que al ser yo un niño iba a tratar de hacer algo, aun en contra de la opinión de su superior y así lo hizo, por obra y gracia de Dios, me devolvió a la vida y aunque estuve 6 días en coma y en el accidente sufrí entre otras cosas, hemorragia interna, un riñón, el bazo y el hígado despedazados y 7 costillas rotas enterradas en los pulmones, me recuperé rápidamente. A pesar de lo grave de mi condición, no hubo séquelas y hoy día sigo disfrutando de una vida normal y heme aquí,

escribiéndole 45 años después, feliz, saludable y contento, padre de 3 hermosos hijos y lleno de esperanza y de fe.

Desafortunadamente, tanto mi padre como el Dr. Murillo fallecieron, por consiguiente, no tengo pruebas de lo que le expongo aquí, más allá de mi absoluta fe en los milagros del Venerable. Los médicos que me trataron a raíz del accidente, los eminentes Dr. Armando Márquez Reverón, Internista, Dr. Alberto Guinand Baldó, Cardiólogo, Dr. Julio Cesar D'Escrivan, Nefrólogo, Dr. Gustavo Garcia Galindo y mi querido abuelo, el Dr. Marcel Granier Doyeux en Caracas y el Dr. Jean Hamburger, postulado al Premio Nobel de Medicina, en París, todos coincidieron en lo milagroso de mi caso, lastimosamente todos han fallecido.

Soy pariente del Dr. Santos Dominici y del Dr. Luis Razzetti, ambos entrañables amigos de juventud del Dr. Hernández, y en casa crecimos oyendo los cuentos de sus aventuras juntos en la Universidad Central en Caracas a principios del siglo XX, sin embargo, no creo que haya ninguna relación con mi salvación, más allá del grito desesperado de un padre al ver a su hijo pequeño morir. A veces también creo recordar al Venerable junto a mi lecho de enfermo, sin embargo, no puedo asegurarle si es un recuerdo o solo una señal de mi eterna fe en su bondad.

Como muestra de mi devoción pinté un cuadro en agradecimiento y me es grato tener el honor de compartirle con ustedes, en la esperanza de que mi testimonio contribuya a acercar más la fecha de su beatificación, Venezuela necesita tanto a su Santo.

Rómulo Guardia Granier

Portada e Ilustraciones del libro

Caracas, Venezuela.

ORIGEN DE LA FUNDACIÓN



RIF. J-40175588-7

El 26 de Octubre del año 2012, un grupo de Antiguos Alumnos del Colegio San Ignacio de Caracas - CSI, egresados de la Universidad Católica Andrés Bello - UCAB y personas allegadas a estas casas de estudios conjuntamente con miembros de la Provincia de Venezuela de la Compañía de Jesús, decidieron rendir homenaje a un hombre de muy humilde proceder, de inmensa bondad, y que dedicara su existencia a dos asuntos fundamentales: contemplar a Dios y amar y servir al prójimo - José Gregorio Hernández, quien sin duda encarna el valor más universal de nuestro gentilicio, y está presente en el corazón y pensamiento de todo venezolano.

Así nace la Fundación Amigos José Gregorio Hernández, Siervo-Salud, “un movimiento de salud integral y promoción social” que busca como objetivo fundamental, basado en el carisma de nuestro Venerable Dr. José Gregorio

Hernández, promover esas virtudes espirituales, humanas y cristianas que él viviera en grado heroico, impulsando una obra concreta de prestación de servicios médicos de primer nivel de medicina preventiva. Nuestro Venerable Dr. José Gregorio Hernández, proyecta las cualidades que debemos aflorar, potenciar y fomentar de nuestra naturaleza como nación. La bondad, la bonhomía, la entrega honesta y desinteresada y la fraternidad.

En alianza con Fe y Alegría, la Fundación busca fomentar, articular y administrar dispensarios en el seno de los planteles educacionales para atender tanto a las comunidades educativas como a su entorno inmediato - meta inicial bastante ambiciosa pero posible de alcanzar. La Fundación proyecta la atención preventiva de los niños en su etapa de crecimiento, mediante la evaluación periódica de salud, a través de programas de despistaje y detección temprana de afecciones que puedan incidir en su rendimiento académico.

El apoyo financiero, se obtendrá, en primera instancia con el producto de la venta de libros que sean promovidos como el presente título y otros aportes que tengan a bien donar, hombres y mujeres de buena voluntad, así como organizaciones y empresas que se identifiquen con esta noble obra y apuesten de una manera entusiasta a su éxito.

Esta segunda edición ampliada de: “Se Llamaba José Gregorio Hernández “ autoría del Padre Francisco Javier Duplá, S.J., notable biógrafo de varios personajes, todos dignos de admiración, cuenta con un capítulo adicional de aporte excepcional escrito por el Psicólogo Axel Capriles Méndez, en el que se profundiza el análisis científico del carácter de este singular personaje. En adición se han incorporado las ilustraciones realizadas por el artista Rómulo Guardia Granier, todo lo cual aspiramos puedan convertir este ejemplar en el libro de la Familia Venezolana.

Para quien desee conocer mejor la noble causa en que se ha comprometido esta Fundación y de alguna forma quiera apoyar su gestión, puede comunicarse a través del correo electrónico

fundamigosjghss@gmail.com donde gustosamente atenderemos su solicitud y/o inquietud.

Consejo Superior

Rafael Garrido, S. J.

Mons. Fernando Castro

Pedro Galdos Zuazua, S. J.

Jesus Orbegoza, S. J.

Axel Capriles Méndez

Alejandro Recio Pinto

Gustavo Díaz Pietri

Charles Lazzari

Junta Directiva

Alejandro Recio Pinto

Pedro Ignacio Galavis Leefmans

Justo Enrique Farías Osorio

Carlos Enrique Tavares Pino

José Antonio Galavis Leefmans

Guillermo Urbano Mijares

Gonzalo Tovar Allegret

UNA LUZ EN LA SOMBRA COLECTIVA

Tres son las figuras que dominan la cultura subjetiva y la identidad social del venezolano actual¹: el héroe, el pícaro y el malandro. Las tres tienen vasos comunicantes con el arquetipo del alzado, terreno del individualismo anárquico, la altanería y el desplante. La figura más extendida y popular en la iconografía nacional es, sin embargo, otra, una que nos remite a un sistema de valores y a un inventario mental totalmente distinto. Es la imagen de un hombre con bigote y sombrero de ala corta impecablemente vestido con un traje oscuro de solapa ancha, pañuelo blanco en el bolsillo, chaleco de hilera cruzada, corbata con nudo grueso centrado perfectamente sobre una camisa blanca de cuello duro, mirada apaciguadora y las manos recogidas en la espalda, un

1 Este artículo fue escrito en el año 2017, finalizado en el mes de julio durante los días de protesta en contra del gobierno de Nicolás Maduro.

venerable siervo de Dios, conocido como “el médico de los pobres”: José Gregorio Hernández.

Como presencia constante en la religiosidad y la cultura popular venezolana, la inmensa cantidad de reproducciones y variantes del retrato que el Dr. Hernández se hizo tomar en la ciudad de Nueva York en 1917, en todo tipo de dibujos, estampas, esculturas, estatuillas, placas, representa la manifestación de un arquetipo compensatorio, el símbolo de un componente anímico que balancea los excesos del individualismo anárquico, una luz en la sombra colectiva que da entrada a otro venezolano posible. El imaginario colectivo y la identidad social andan, a todas luces, por caminos encontrados. Veámoslo en algunos estereotipos culturales sobre ritmo y tiempo, formalidad y trabajo.

En Caracas, si alguien invita a una cena a las 8:00 p.m., nadie espera que la gente llegue antes de las 8:30 p.m. Si a un invitado se le ocurre llegar puntualmente, lo más seguro es que encuentre al anfitrión en la ducha. La puntualidad se convertiría en un estorbo que estresaría a todo el mundo en la casa. En la vida social venezolana, la noción del tiempo exacto no existe. No se invita a una hora en punto. Uno siempre se orienta según un referente impreciso, “alrededor de las nueve”, “después de las nueve”, donde “alrededor” o “después” es una medida de tiempo modificable por cada quien.

La puntualidad puede ser valorada y esperada por ciertas personas, círculos y circunstancias pero no es algo común. En el inconsciente cultural persiste una imagen del tiempo circular, un sentimiento que difiere del encadenamiento y rapidez del tiempo lineal, una actitud y desprecio de la obsesión sajona con la puntualidad y el valor de las horas. No es infrecuente que si una persona está todavía desvestida en su casa, lejos y tarde para una invitación, y el anfitrión que espera su visita lo llama al teléfono móvil para preguntarle por dónde anda o para saber por qué no ha llegado, el invitado le conteste, sin ningún atisbo de vergüenza, “ya estoy llegando”, “estoy a dos cuadras”. Luego, las dos cuadras se hacen muy extensas o el invitado encuentra un gran atasco entre las dos. Lo mismo sucede con la disciplina en el

trabajo. Todo gerente conoce la facilidad con que cualquier incidente menor puede convertirse en causa suficiente para que un trabajador llegue tarde o no asista a su cotidiana labor.

José Gregorio Hernández, por el contrario, se caracterizó por su formalidad y puntualidad, como un hombre sumamente disciplinado, responsable y cumplidor del deber. Numerosas anécdotas destacan su modestia y también su orden y disciplina, su esfuerzo por estar siempre a tiempo. Una de esas historias narra sus actividades el día de la muerte de su muy querida hermana Josefa Antonia, el 13 de enero de 1907. A pesar de la aflicción y el dolor que lo embargaba, llegada la hora en que acostumbraba a ir a dar clases, José Gregorio tomó su sombrero y salió para la Universidad ante el asombro de todos sus familiares. El deber estaba por encima de todo, aún por encima de una pena tan honda como la muerte de un ser querido. Terminó la clase, volvió al funeral de su hermana, compartió su dolor con todos sus hermanos y familiares y a las tres de la tarde volvió de nuevo a sus clases para incorporarse luego al entierro. Ese día, la lección de José Gregorio Hernández fue de ética más que de histología, una enseñanza silenciosa sobre el deber, la obligación, la cultura del trabajo y la puntualidad.

La teoría de la identidad social describe los procesos mentales por los cuales el individuo construye el concepto de sí mismo a partir de la experiencia con los grupos a los que pertenece y con los que se relaciona. Para lidiar con la diversidad humana, para filtrar y entender el inmenso número de particularidades e individualidades que nos rodean, las personas organizamos nuestras representaciones del mundo social por medio de categorías. Construimos prototipos que incluyen un conjunto poco preciso de atributos, comportamientos, creencias, actitudes. Esos prototipos o categorías configuran la manera en que percibimos a los demás y a nosotros mismos. Incurrimos continuamente en etiquetamientos que expresan creencias sobre las características que definen los grupos sociales. Pensemos, por ejemplo, en los estereotipos del venezolano abstracto y genérico que es frecuente escuchar, en el carácter llano, alegre y dicharachero de nuestro coterráneo, en la tipología extrovertida y bullanguera

de un gaitero zuliano, en el caraqueño campechano, confianzudo e informal. Revisemos los estereotipos que han cristalizado a lo largo de nuestra historia política nacional, en el adeco consumista de la Gran Venezuela de los años de 1970, en el nuevo rico ostentoso en los tiempos del “ta barato dame dos”, en el militar prepotente, abusador y corrupto de la revolución bolivariana, en el funcionario con camisa roja y vientre prominente campaneando un vaso de whisky Johnnie Walker, Blue Label, removiendo con el dedo los abundantes y voluminosos cubos de hielo que tintinean a ritmo de merengue y reggaetón.

Que diferentes son los rasgos de personalidad condensados en esos estereotipos comparados con las formas de carácter que representa el Dr. José Gregorio Hernández, personaje cuya popularidad compite con la de Simón Bolívar y la de las principales figuras de nuestro imaginario cultural. Sin duda, la sociedad venezolana de finales del siglo XIX y principios del siglo XX era muy distinta de la Venezuela actual. La estructura básica del carácter y las formas de interacción y comportamiento se soportaban sobre formas tradicionales y el país no había sufrido las distorsiones producidas por la abundancia petrolera. Pero a pesar de que el afecto popular por José Gregorio Hernández tiene raíces en una época totalmente distinta, su culto no ha hecho sino crecer desde el fatídico 29 de junio de 1919, día de su fallecimiento. El médico de los pobres pareciera encarnar la suma de rasgos que yacen en la sombra de nuestro carácter social, las antípodas de una geografía psíquica que ha quedado cubierta por una máscara repleta de signos superficiales de éxito y triunfo social fundados en una narrativa heroica. De acuerdo con toda la bibliografía existente sobre el venerable siervo de Dios, José Gregorio Hernández fue un hombre discreto, serio, formal, honrado, cumplido, de una sola palabra, honesto, comedido, observador, responsable, ordenado, metódico, constante, minucioso, detallista, puntual, exacto, sereno, desprendido, austero, frugal. Fue un individuo dedicado al estudio, la ciencia y la docencia, así como a la oración y la caridad. Su devoción religiosa y espiritualidad le agregan trascendencia a la dimensión ética y moral. Se aproxima mucho más al perfil caracterológico

descrito por Max Weber como reflejo de la ética puritana que al que concebimos habitualmente como propio del desbordamiento sensual y bullanguero del mar Caribe.

¿Qué significa, entonces, que una personalidad reservada, modesta y austera, que un venezolano responsable y constante, un hombre piadoso, comprometido, íntegro, con una entereza de carácter fundada en el sentido del deber, sea respetado y venerado y tenga una iconografía que aparece en todos los espacios de la geografía nacional, en monumentos, capillas, altares, lugares de culto privado, hospitales, comercios, vehículos y panteones?

José Gregorio Hernández fue un médico bondadoso cuya preocupación por los menesterosos y necesitados, su dedicación al trabajo caritativo, levantó calurosos y profundos afectos. Pero la sociedad venezolana cayó particularmente en cuenta del inmenso amor que todo el mundo le profesaba con la conmoción que produjo su muerte y exequias. Todas las biografías del médico de los pobres narran el momento en que al salir el féretro de la catedral para colocarlo en la carroza fúnebre y llevarlo al cementerio, la muchedumbre, que colmaba las calles, gritó en coro: “¡El doctor Hernández es nuestro! ¡El doctor Hernández es nuestro! ¡El doctor Hernández no va en carro al cementerio!” El difunto fue llevado a hombros al cementerio seguido de la más grande y conmovida multitud de la historia funeraria de Venezuela. Ese sentimiento de amor y pertenencia pronto se convirtió de manera espontánea en devoción y vínculo de identidad.

Sin duda, la figura del eminente médico venezolano también ha sido promovida desde la autoridad y el poder. En 1968, el presidente Raúl Leoni, inició la construcción del Hospital José Gregorio Hernández en los Magallanes de Catia y dentro del hospital hay un monumento dedicado en su nombre. Existen muchos otros hospitales nombrados en su honor, clínicas, consultorios médicos, unidades de tratamiento, centros ambulatorios, institutos experimentales, universidades, unidades educativas, comunidades y hasta una Misión revolucionaria para atender a discapacitados. Pero más allá

del reconocimiento promovido desde la visión oficial, la admiración y veneración de José Gregorio Hernández es una propuesta popular. La fe en su poder curativo, en sus milagros e intervenciones, no fue un invento de los estamentos eclesiásticos sino un producto autónomo surgido del fervor de la gente, una creación colectiva. ¿Cuál es el significado de la fascinación popular que produce la imagen de un individuo cuyos rasgos de carácter no son, precisamente, los más extendidos o populares?

En una oportunidad, fui invitado a asistir a la fiesta de Santa Bárbara el 8 de diciembre en el barrio Bucaral, en el Municipio Chacao, Caracas. Dentro de las casas había altares para la santa y potencia con bellas ofertas florales. En una casa, al lado del altar en que se encontraba Santa Bárbara, había otra pequeña mesa o altar con dos figuras. Una estatua del chamo Ismael, de la Corte Malandra o Corte Calé, del culto de María Lionza, estaba junto a la conocida estatuilla del Venerable Siervo de Dios. ¿Qué significa la coexistencia, hombro a hombro, de dos imágenes que expresan valores tan opuestos?

José Gregorio Hernández nació en Isnotú, en el Estado Trujillo, el 26 de octubre de 1864. Viajó a Caracas al comienzo de su adolescencia para estudiar bachillerato y luego cursar estudios en la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad Central de Venezuela. Se destacó como excelente estudiante, de buena conducta, ordenado, cumplido y puntual. Se graduó de bachiller en Ciencias Médicas en 1888 y a continuación, a los seis días, obtuvo el título de doctor. Se dedicó al ejercicio práctico de la medicina y en 1889 viajó a París enviado por el gobierno del presidente Juan Pablo Rojas Paúl para formarse con las eminencias médicas de la época, para informarse sobre los nuevos avances e investigaciones de la medicina experimental y para adquirir el equipo, microscopios, libros y otros instrumentos que sirvieran para sacar la medicina venezolana del atraso en que se hallaba. A su vuelta al país, en 1891, establece el Laboratorio de Fisiología Experimental y asume las cátedras de Histología Normal y Patológica, Fisiología Experimental y Bacteriología. Además de su práctica profesional como médico internista general, destacado por

su sincera vocación y altruismo y su particular atención de los pobres, José Gregorio Hernández fue miembro de la Academia de Medicina y escribió dos libros, *Elementos de Bacteriología* y *Elementos de Filosofía*. Más que un creador de nuevas prácticas, Hernández fue un extraordinario docente y un destacado difusor de ideas, un estudioso de los adelantos científicos que ocurrían en otras latitudes para adaptarlos a la realidad de nuestra tierras subtropicales, un esmerado didacta que actualizó el saber médico en un país caracterizado por el atraso y que puso en práctica los avances de la medicina moderna.

El argumento central de la vida de José Gregorio Hernández fue el conflicto entre su actividad profesional, su vocación médica y docente, y su llamado a la vida religiosa que lo obligaba a la renuncia del ejercicio de su profesión. Tres veces intentó tomar el camino religioso. La primera vez en 1908 cuando cruza el Atlántico para entrar en la Santa Orden de la Cartuja de Farnetta en Italia.

Hernández había leído la *Imitación de Cristo* y se había sentido conmovido y atraído por la vida de contemplación, austeridad y desprendimiento de los cartujos, la orden fundada por San Bruno en el siglo XI. La dualidad entre la vida contemplativa y activa, así como su debilidad física para el ayuno y la labor manual propia de los cartujos, lo hizo abandonar la orden y volver a Venezuela para entrar en el seminario y hacerse sacerdote. A las tres semanas, sin embargo, abandonó también el seminario y su ilusión de hacerse sacerdote. Llama la atención la docilidad con que el eximio médico aceptó su cambio de destino. Al ser advertido por Monseñor Castro que su camino no era el de la Iglesia sino el de una vida laica y piadosa dedicada al servicio de la gente y la medicina, José Gregorio contestó: “Monseñor, me pongo enteramente a su disposición y haré lo que usted me aconseja. Mi fe me dice que por su boca Dios mismo me señala el camino que debo seguir.”² El sentido del deber va a ser una constante de su trayecto vital.

2 Dupla, Francisco Javier, S.J. *Se llamaba José Gregorio Hernández*. Editorial Distribuidora de estudios, 2011, P.80

Después de su tercer intento de dedicarse a la vida religiosa, de su entrada en el Colegio Pío Latino Americano en Roma para profundizar la formación requerida para el sacerdocio, volvió a Venezuela debido a su débil salud, tras haberse contagiado de tuberculosis. En la renuncia a su llamado espiritual, José Gregorio Hernández construyó su síntesis como laico caritativo y piadoso, un balance entre su fe religiosa y una vida dedicada al servicio del prójimo, en especial, de los más necesitados. El epitafio colocado sobre su tumba, a partir del texto ganador de un concurso convocado por el Gremio de Obreros y Artesanos, muestra el calado popular de su talla espiritual y humana: “Médico eminente y cristiano ejemplar. Por su ciencia fue sabio y por su virtud justo. Su muerte asumió las proporciones de una desgracia nacional.”³

Luego de su muerte ocurrida de manera trágica, atropellado por un carro el 29 de junio de 1919 y después de su emotivo y concurrido entierro, su tumba en el Cementerio General del Sur se convirtió en lugar de visita y peregrinaje. Si al principio las personas acudían a llorarlo, llevarle flores y rezar por su alma, pronto comenzaron a pedirle favores, curaciones, que fueron seguidas de agradecimientos por los favores recibidos. Un complejo sistema de comunicación ritual, rezos y plegarias, acompañó su transfiguración de ser humano en santo o figura reverencial. Hoy en día, José Gregorio Hernández es la imagen más penetrante y extendida de la espiritualidad venezolana. No sólo ha seguido el camino hacia la santidad dentro de la tradición católica, habiendo sido declarado Siervo de Dios en 1973 y Venerable en 1986, sino que se convirtió en una conspicua presencia en todas las expresiones religiosas del pueblo venezolano, en Santería, en el culto de María Lionza, en los altares privados. Su poder de sanación es invocado por todos los afligidos y su ubicuidad alcanza la dimensión de héroe cultural. Como santo —como lo consideran millones de venezolanos que en 1996, en una población de 22 millones de habitantes, cinco millones de firmantes pidieron al Papa Juan XXIII su elevación a los altares—, José Gregorio Hernández tiene una existencia metafísica, es un alma que perdura, un espíritu inmortal, la manifestación de una dimensión sobrenatural que

3 P.115.

puede intervenir en el mundo concreto y literal mediante milagros. No es mi papel analizar los aspectos metafísicos y sobrenaturales del camino de José Gregorio Hernández hacia la santidad, pero es preciso revisar su significación como arquetipo de espiritualidad en nuestra cultura porque toda necesidad y expresión espiritual que no encuentre canales institucionales, una liturgia, a través de los cuales manifestarse, buscará formas espontáneas y autónomas de expresarse.

En su ensayo Los fundamentos psicológicos de la creencia en espíritus, C.G. Jung señala que “los espíritus son complejos del inconsciente colectivo que aparecen cuando el individuo pierde su adaptación a la realidad o que buscan reemplazar la actitud inadecuada de mucha gente por una nueva. Son, por tanto, bien fantasías patológicas o ideas nuevas pero todavía desconocidas.”⁴ Se me hace que José Gregorio Hernández, como potencia espiritual, como alma inmortal capaz de hacer milagros, recoge las complejidades marginadas y reprimidas en nuestra cultura que se expresan en formaciones parciales de carácter. Da salida a las cargas libidinales y modos de personalidad que el medio ambiente y la cultura dominante no permiten expresar.

Jung fue uno de los pioneros en el estudio psicológico de los fenómenos religiosos. En el volumen 11 de sus obras completas analiza desde el Simbolismo de transformación en la Misa hasta el Dogma de la Trinidad, figuras religiosas importantes como el Hermano Klaus o fenómenos espiritualistas. En este sentido escribe:

“Yo he estudiado una amplia gama de la literatura espiritualista y he llegado a la conclusión que en el espiritualismo tenemos un intento espontáneo del inconsciente de hacerse consciente en una forma colectiva. Los esfuerzos psicoterapéuticos de los llamados espíritus está dirigido a vivir, bien, directamente, o indirectamente a través de la persona fallecida, para hacerlos más conscientes. El espiritualismo es un fenómeno colectivo que persigue los mismos

4 C.G. Jung. The Psychological foundation of Beliefs in Spirits en: The structure and Dynamics of the Psyche. The Collected Works, Volume Eight. Routledge and Kegan Paul, 1977. P. 315

objetivos que la psicología médica y, haciéndolo, produce, como en este caso, las mismas ideas básicas e imágenes.⁵”

Para expresarlo en términos más sencillos. Cada persona desarrolla una serie de rasgos de carácter, actitudes y conductas, en función del medio ambiente y la cultura. Es un segmento de la personalidad, un conjunto de representaciones, ideas y pautas de conducta, con determinadas valoraciones y tonos afectivos, que tienen una función adaptativa. Es decir, dependen de los modos de conformación y sirven para adecuarnos a la sociedad y a las circunstancias en que vivimos. Hay, sin embargo, otras partes de la personalidad que no se conectan fácilmente con el mundo en el que nos desenvolvemos. Son formaciones del carácter que no tienen correspondencia exterior, que no encuentran expresión ni salida porque no son bien recibidos. En una sociedad picaresca, por ejemplo, la astucia y la viveza son rasgos celebrados y valorados. La rectitud y la honestidad, por el contrario, son vistas con desgano. Los componentes que yacen en la sombra, que no tienen aceptación colectiva, existen, a pesar de todo, y reclaman atención. Se organizan en forma de una personalidad parcial, es decir, son componentes poco diferenciados y expresados del individuo que tienen carácter de una personalidad secundaria. Como ésta no tiene vasos comunicantes fluidos con el resto del organismo psíquico y no son percibidos claramente por el yo consciente, necesitan una mediación simbólica. Es decir, requieren de vías alternas para salir a flote. Estas vías son los símbolos, imágenes que hacen posible la conexión entre los contenidos separados de la personalidad. De todo el imaginario humano, los símbolos religiosos tienen una particular potencia porque expresan la función trascendente, algo que va más allá de nuestra humanidad, de nuestras limitaciones y segmentaciones. Los rituales e imágenes religiosas son curativos porque trascienden los opuestos y dan una visión de la unidad, de algo más amplio que nos trasciende. En cierta forma, son imágenes compensatorias que permiten superar nuestra unilateralidad.

5 Op. Cit. P. 317

Mi abuela materna relataba la historia⁶ de un conocido en Maracaibo, un joven que había pretendido a una muchacha de la sociedad maracucha pero que había sido rechazado por esta por ser un tarambana de vida licenciosa, frívola y desorganizada. Con el rechazo, el joven extremó su vida disipada, su dedicación al juego, la bebida y las mujeres de todo tipo. Al poco tiempo enfermó. Tenía inflamaciones intestinales dolorosas que los médicos del lugar no lograban sanar. En una oportunidad un familiar de mi abuela le dio una estampita de José Gregorio Hernández. A los días, el hombre, a pesar de sus burlas y desprecio por la figura del venerable, tuvo un poderoso e impactante sueño en el que en medio de una tormenta y a punto morir y caer sobre filosas rocas en el fondo de un acantilado, el venerable médico trujillano se le apareció y le tocó con la punta del dedo índice el vientre. Transcurridos unos días el enfermo empezó a mejorar no sólo de su afección intestinal sino de su vida disipada y carente de sentido. Enderezó su camino y decidió cursar estudios de medicina. Con el tiempo se convirtió en un respetado médico y padre de familia.

El relato de mi abuela parece apuntar a un caso clásico de conversión, de reorganización abrupta de la personalidad. Es lo que C.G. Jung llama según el concepto de Heráclito, enantriódromía, la transformación repentina en el opuesto por salida abrupta de actitudes inconscientes compensatorias. El individuo, que se había dedicado a cultivar el vicio y los aspectos más desalentadores de su personalidad, con su correspondiente efecto y malestar psicosomático, tuvo una visión onírica que le dio acceso a componentes parciales de su personalidad, a pautas de comportamiento y valores que también yacían en él pero que por circunstancias de su historia había mantenido en latencia. El contacto con la imagen del Venerable Siervo de Dios fue la vía a la que acudió el inconsciente para trascender su limitada vida presente y dar salida a elementos más positivos de su personalidad.

6 Anécdota reconstruida en la memoria un poco difusa de una historia contada por Lola Tinoco de Méndez.

La imagen onírica de José Gregorio Hernández es una expresión, una epifanía, del arquetipo del curador. Como señala el psiquiatra suizo Adolf Guggenbühl-Craig, “el curador y el paciente son dos aspectos de lo mismo. Cuando una persona se enferma, el arquetipo curador-paciente está constelizado; el enfermo busca el curador externo, pero al mismo tiempo el curador intrapsíquico es activado. Nos referimos generalmente a este último llamándolo ‘el factor curativo’. El médico dentro del paciente, y su acción curativa es tan grande como el doctor que aparece en la escena exterior.”⁷ En el caso comentado, la estampita del médico de los pobres parece haber repercutido en el trasfondo psíquico del paciente y activado el arquetipo del curador. Los sueños son el lenguaje del inconsciente en el que se había activado el factor curativo.

Las apariciones, milagros y curaciones son un tema controversial y delicado. Para mi abuela, para los millones de devotos y seguidores de José Gregorio Hernández, para el creyente, la curación descrita por mi abuela es el resultado de la actuación de un agente externo e inesperado, la acción del venerable siervo de Dios, que interviene para el alivio y el restablecimiento del paciente, no el producto de la activación y reacomodo de un factor inconsciente.

Estamos ante dos narrativas distintas, la religiosa y la psicológica. La narrativa religiosa, gobernada por la fe, remite los sucesos vitales a un orden superior que escapa al conocimiento humano. La perspectiva psicológica se circunscribe estrictamente a la experiencia y ubica el orden causal de los eventos dentro del aparato psíquico. E. R. Dodds, en su obra *Los griegos y lo irracional*⁸, llamó “intervención psíquica” a todas aquellas intromisiones e influencias de dioses y seres sobrenaturales a las que los héroes griegos achacaban los cambios y las desviaciones de su conducta habitual. Argumentaba Dodds que al darle una imagen a la causa y al trasladar el evento del interior al exterior, se eliminaba la vaguedad. Yo creo que en ambas narrativas enfrentamos lo ignoto y desconocido por medio de

7 Guggenbühl-Craig, Adolf (1974). *Poder y destructividad en psicoterapia*. Monte Ávila Editores, Caracas, p.88.

8 Dodds, E.R. *Los griegos y lo irracional* (2006). Alianza Editorial, Buenos Aires.

una atribución de causalidad desde perspectivas distintas. Mientras que en el pensamiento religioso enfrentamos el misterio y buscamos la explicación de lo sucedido atribuyéndolo a una causa exterior, a un orden superior que nos trasciende, en la narrativa psicológica remitimos el origen del evento a una subjetividad interior. En cualquier caso, sea la curación producto de un agente externo o interno, lo primordial es el efecto benéfico de la imagen, la influencia de la representación colectiva.

La presencia de una figura como la de José Gregorio Hernández en el imaginario colectivo venezolano no debe ser subestimada. Venezuela es una sociedad que nació y creció bajo la luz de una consciencia épica, cuyo mito de origen es la guerra de independencia y cuyo personaje central, capaz de dar sentido de continuidad histórica e identidad nacional, es un héroe: Simón Bolívar. El arquetipo del héroe, sin embargo, es fundamentalmente individualista, remite a una personalidad narcisista preocupada por la gloria, totalmente poseída por sus propias ideas y objetivos que chocan con los compromisos necesarios para los consensos y convivencia social. Nadie ha visto a un héroe humilde, metódico y sencillo, que se levante todos los días temprano a la misma hora para ordeñar una vaca o arar la tierra. El héroe no produce conocimientos ni riqueza. Se apropia de la riqueza producida por otros. El héroe se monta en su caballo, conquista Troya y vive del pillaje y el saqueo de sus tesoros. Y en una sociedad moldeada por la consciencia heroica, la aparición y presencia de una imagen como la del doctor José Gregorio Hernández no sólo tienen un efecto beneficioso sino curativo.

Según Ramón J. Velásquez, la expansión de la fe en José Gregorio Hernández y el movimiento popular para santificarlo tomó ímpetu a partir del año 1936, después de la muerte de Juan Vicente Gómez⁹. Es decir, lo que él pueda simbolizar o representar para los venezolanos se hizo más necesario y requerido en un muy país muy distinto de la Venezuela rural en la que vivió el respetado y reverenciado médico, una sociedad conformada por costumbres

9 Suarez, María Matilde y Carmen Bethencourt (2000), José Gregorio Hernández del lado de la luz. Caracas: Fundación Bigott

ancestrales y tradiciones que actuaban como pautas institucionales. La expansión de la explotación petrolera ocurrida en los años veinte produjo una radical transformación de la sociedad venezolana. Sin temor a exagerar, podríamos decir que en términos de progreso material y cambios substanciales, entre 1920 y 1960 ocurrieron más transformaciones que en los cuatrocientos años anteriores. Pero el paso de una Venezuela agrícola y primitiva a la sociedad minera, urbanizada y moderna, no ocurrió sin repercusiones y consecuencia. Arrastrado por el consumismo y el afán de progreso material, deslumbrado por las ciudades, los avances tecnológicos y la nueva riqueza, el venezolano perdió contacto con importantes valores y principios éticos que tradicionalmente modulaban su conducta. José Gregorio Hernández, el hombre de vida austera y singular modestia, el sacrificado médico que siempre ayudó al prójimo y nunca quiso lucrarse de su profesión, es un símbolo compensatorio de los tipos de carácter dominantes en el espacio público.

Hoy en día, en una Venezuela corroída por la corrupción y amenazada por el imperio de la psicopatía, sin formas ni medios accesibles para contener el cinismo, el deterioro social y la anomia, José Gregorio Hernández da cuenta del atractivo que todavía ejerce en el inconsciente colectivo un orden humano delineado por la virtud. “El doctor Hernández es nuestro” no sólo por el amor y el cariño que le profesamos al hombre que fue, a la figura histórica. Tampoco lo es, exclusivamente, por la fe en su poder curativo o por la gratitud que sentimos por los favores recibidos o su mediación con el reino de Dios. “El doctor Hernández es nuestro” porque es el símbolo del potencial moral que lleva vida oculta en la mayor parte de la población de esta tierra de Gracia, porque descubre el lado oculto de nuestra forma de ser, el otro ventrículo de nuestro corazón, porque significa lo que podemos llegar a ser si asumimos con devoción y sentido de trascendencia nuestro proceso de individuación.

Axel Capriles M.

CRONOLOGÍA DE LA VIDA DE JOSÉ GREGORIO HERNÁNDEZ

- 1864 Nace en Isnotú estado Trujillo el niño de Benigno y Josefa Antonia el 26 de octubre, el cual llevará por nombre José Gregorio Hernández
- 1865 José Gregorio es bautizado el 30 de enero en Escuque, estado Trujillo. La familia y los padrinos asisten al Santo Sacramento para darle cristiandad al niño de tres meses.
- 1867 El Obispo de Mérida Juan Hilario Bosset confirma en la catedral a niño José Gregorio.
- 1872 El 28 de agosto queda huérfano de madre, quien muere tras dar a luz a la hermana de José Gregorio, la niña Josefa Antonia.
- 1878 Emprende su primer viaje a Caracas camino al colegio Villegas.

- 1882 La Universidad Central de Venezuela certificó sus estudios básicos en el colegio Villegas. En septiembre iniciará sus estudios en la Facultad de Ciencias Médicas en la UCV.
- 1888 El 29 de junio culmina sus estudios en la Facultad de Ciencias Médicas y obtiene el título de bachiller y doctor. Después se enrumba a los Andes para ejercer su profesión.
- 1891 El 4 de noviembre Andueza Palacios crea por decreto las cátedras de Histología Normal y Patológica y el 6 de noviembre le son asignadas a José Gregorio por la facultad de medicina de la UCV.
- 1893 Envía al Primer Congreso panamericano de Washington, un trabajo sobre el número de glóbulos rojos en la sangre humana.
- 1894 Benjamín, su hermano menor fallece a consecuencia de la fiebre amarilla. José Gregorio se cuestiona profundamente sobre lo que pudo hacer como médico para sanar su hermano.
- 1906 Publica con la tipografía Herrera Irigoyen y Compañía el resumen de sus investigaciones sobre las bacterias titulado Elementos de Bacteriología.
- 1908 El 3 de enero recibe la aprobación del prior de la Cartuja, para ser recibido en la orden. Le proponen estudie de antemano latín y cantos.
- El 25 de junio recibe el reconocimiento público, a través del periódico El Constitucional, del Dr. Luis Razetti, por su obra Elementos de Bacteriología.
- El 16 de julio lo recibe el prior en Italia para realizarse el interrogatorio de ingreso a la orden.
- 1909 El 22 de marzo abandona la orden de los Cartujos por recomendación de sus superiores.

1910 Solicita el 19 de abril ante el Congreso de los Estados Unidos de Venezuela un presupuesto de seis mil doscientos cincuenta bolívares con diez céntimos para la actualización de los equipos de laboratorio que el mismo había equipado 18 años antes.

1912 Publica Elementos de Filosofía en la tipografía Empresas El Cojo.

El periódico la Religión publica una nota para anunciar la partida del Dr. Hernández hacia Italia con el objeto de ingresar a la vida religiosa.

1913 Es aceptado en el colegio Pio Latino Americano en Roma para darle curso una vez más a su vocación de sacerdote.

1914 Contrae una tuberculosis pulmonar motivo por el cual debe abandonar el anhelo de convertirse en hombre religioso.

1917 Se embarca rumbo a Nueva York para continuar con sus estudios de bacteriología.

1918 José Gregorio forma parte del grupo selecto de médicos que lucha contra la epidemia de Gripe Española que azota a Caracas y al mundo.

1919 José Gregorio como todos los años asiste a la iglesia la Pastora para las celebraciones de San Pedro y San Pablo, se dirige a atender un enfermo y al acercarse a la farmacia para comprar el tratamiento de su paciente sufre el fatídico accidente que le veda la vida en tan solo instantes.

El 9 de octubre se colocó un epitafio sobre su tumba, cuyo texto había presentado José Eustaquio Machado al concurso convocado por el gremio de Obreros y Artesanos. “Médico eminente y cristiano ejemplar. Por su ciencia fue sabio y por su virtud justo. Su muerte asumió las proporciones de una desgracia nacional. Caracas, que le ofrendó el tributo de sus

lágrimas, consagra a su memoria este sencillo epitafio, que la gratitud dicta y la justicia impone”.

- 1948 El 19 de marzo su sobrino Ernesto Hernández Briceño solicita la apertura de la causa de beatificación por parte del tribunal apropiado de la Santa Sede.
- 1949 El proceso de beatificación comenzó su andadura a partir de los testimonios y las referencias familiares, amigos y pacientes.
- 1961 Se concluye el proceso adicional, instruido para dar respuesta a las objeciones del monseñor Navarro.
- 1972 La Congregación para la causa de los Santos declara a José Gregorio siervo de Dios, primer título en el camino hacia la canonización.
- 1973 La Congregación para la causa de los Santos emite declaración de no culto que favorecía el proceso hacia la canonización. Asimismo, se hizo el examen de sus virtudes.
- 1975 Los restos de José Gregorio permanecieron en el cementerio General del Sur hasta el 23 de octubre, hasta que fueron exhumados y trasladados a la capilla del antiguo baptisterio en la iglesia de la Candelaria, donde ahora reposan.
- 1986 El 16 de enero el Papa Juan pablo II declaró Venerable a José Gregorio Hernández, el segundo escalón en el ascenso a la canonización.

1. ISNOTÚ, OCTUBRE DE 1864

– ¡Benigno, corre, date prisa, que tu mujer acaba de dar a luz!

Benigno termina de bajar con calma de la escalera que tiene arrimada a la estantería y donde acaba de colocar unos frascos de conserva de tomate. Se atusa el bigote, única señal de cierto nerviosismo en sus gestos pausados.

– ¡Ya voy, ya voy!

Pero todavía se entretiene un momento a comprobar el contenido del costal que Anselmo ha depositado a sus pies. Dos coliflores, diez zanahorias grandes, papas recién cosechadas. Recoge de una gaveta debajo del mostrador siete monedas, las cuenta, y se las entrega al campesino. Sólo entonces está listo para pasar a las habitaciones de atrás. Lo primero que escucha es el llanto del recién nacido, una especie de quejido entrecortado por el hipo. Benigno casi no se atreve a mirar en dirección a aquel pequeño ser, contraído y congestionado, que

ya han lavado y al que la comadrona ha cortado el cordón. Josefa, la madre, se lo ha puesto sobre el pecho y lo contempla con una inmensa sonrisa.

– ¡Es un varón, Benigno, tu primer hijo! Le pondrás Benigno, como tú, ¿no es así?

María Luisa, hermana del padre, ha acompañado al matrimonio desde que se establecieron en Isnotú. Tiene tanta alegría como si ella misma hubiera parido al pequeño.

– No, se llamará José Gregorio, como mi abuelo.

La voz firme de Benigno no admite réplica. Aquel pequeño ser, que acaba de llegar al mundo, recibe la primera leche del pecho materno. Es el 26 de octubre de 1864.

Benigno y Josefa Antonia, los padres de José Gregorio, sólo llevan tres años de establecidos en Isnotú, pueblo que también se conoce como Libertad. Vinieron huyendo desde Pedraza, estado Barinas, de la Guerra Federal (1859-1863) y en particular de las atrocidades cometidas por el guerrillero Martín Espinosa. En este poblado han encontrado acogida y un modo de vivir. Benigno es hombre serio, comerciante honrado, muy religioso. Su palabra es ley, todo el mundo sabe que se atiene a lo que dice. No especula con los productos que vende, fía a los que no pueden pagar de contado, sólo admite los mejores productos. En su bodega se puede encontrar de todo: papa, zanahoria, ajo, cebolla, quinchoncho, maíz, frijoles. Además se encuentran artículos de ferretería y quincalla. También es una farmacia que vende los productos de la farmacopea de los pueblos de entonces: menta, toronjil, aroma rosa, hierbabuena, orégano, malojillo. Por allá pasan los proveedores – campesinos de la zona, comerciantes de Betijoque y Boconó – que le llevan lo que producen y que reciben puntualmente su pago. Benigno goza de respeto y de una autoridad natural. Josefa, su mujer, es fuerte, buena ama de casa, trabajadora de sol a sol. Antes de José Gregorio ha tenido una niña, María Isolina, que murió de siete meses, causándoles gran dolor.

A apenas unos tres meses del alumbramiento los padres del niño José Gregorio se preparan para su bautizo como la iglesia católica manda. Benigno escoge a Genciana que es la mula más segura. Siempre la ensilla para los viajes de cierto riesgo y ahora va a transportar a Josefa y al pequeño José Gregorio. Lo llevan a bautizar a Escuque, porque Isnotú no tiene cura. Los padrinos son Tomás Lobo y Perpetua Enríquez, vecinos y amigos de la familia.

Se organiza la caravana para el viaje de seis leguas, unos treinta y tres kilómetros, por caminos de recua, fangosos cuando llueve, con pasos delicados que las mulas atraviesan con seguridad.

– Va a hacer buen día, con el favor de Dios. ¿Cómo va mi niño José Gregorio?

María Luisa quiere a su sobrino como si fuera el hijo que no tuvo. Está pendiente de él, lo carga a toda hora y se ha ofrecido para transportarlo durante el viaje. Benigno no lo ha permitido. Es la madre quien lo llevará, bien abrigado, porque el frío de la mañana es fuerte en enero.

Una parada para almorzar y dejar que las mulas descansen. Las cestas se abren para mostrar los manjares, preparados el día anterior: arepa de trigo, queso de varias clases, papelón, y un guiso de pollo que María Luisa sabe cocinar muy bien, con ajo y pimentón. Bien entrada la tarde llega la caravana a Escuque, entre el alboroto de la chiquillería. Benigno se dirige a la casa cural y confirma el bautizo para el día siguiente, 30 de enero de 1865. El cura, don Victoriano Briceño, es andino y le gusta la puntualidad.

– Descuide, don Victoriano, antes de las nueve estaremos en la iglesia.

El bautizo fue hermoso con los latines de las liturgias antiguas:

– Ego te baptizo in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti

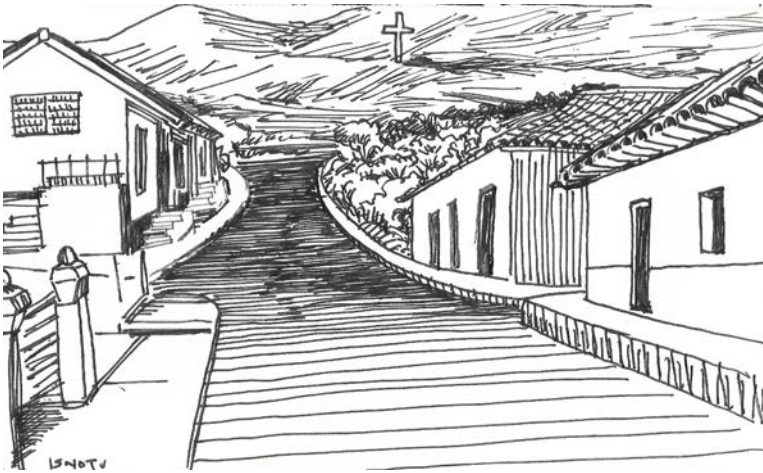
Las aguas bajaron en abundancia por la cabeza del niño, pero éste no lloró ni un instante. Se quedó mirando fijo al cura que le ha

cristianado. Los óleos tampoco le inquietaron.

– Este niño como que sabe lo que le están haciendo –, se le escapa a don Victoriano admirado. Los padrinos estaban orgullosos.

La fiesta del bautizo fue sencilla, porque lo más importante ya había ocurrido en la iglesia. Los padrinos invitaron a un almuerzo sobrio, mientras José Gregorio dormía en los brazos de su tía. Hay buen apetito y mucha alegría, porque el niño ya es cristiano y si muere se va derecho al cielo.

El viaje de regreso transcurrió sin novedad. Cada uno volvió a sus actividades acostumbradas, el padre al comercio, la madre a las labores de la casa. El niño no nació grande que se diga, pero se iba desarrollando sano y creciendo como un niño querido. Ha pasado ya un año del nacimiento de José Gregorio y su madre espera un nuevo hijo.



*Nace en Isnotú, estado Trujillo el niño de Benigno y Josefa Antonia
el 26 de octubre, quien llevara por nombre
José Gregorio Hernández*

2. LA NIÑA JUANA VILORIA

La niña tiene los rasgos indígenas de sus antepasados timotocúicas. Es callada y tímida, pero sólo con la gente adulta. Con José Gregorio, no; se ríe con él, le persigue, inventa juegos. Es Juana Viloria, tiene diez años y está allí para velar por el niño y entretenerlo, mientras la madre atiende las innumerables tareas de una casa grande y la organización del almacén contiguo a la bodega. Le ayudan dos mujeres jóvenes del vecindario, a las que paga en especie, como es costumbre en ese tiempo, y les añade unas monedas cuando terminan su jornada diaria.

La niña Juana sabe canciones antiguas, de ritmo cadencioso y triste, transmitidas por generaciones. La canta con tono suave, mientras el niño la observa con ojos grandes y quietos. A veces parece que quiere cantar con ella.

— Este niño va a ser músico, mira cómo mueve la cabeza cuando le canta Juanita.

La tía María Luisa está pendiente de todo lo que hace el pequeño, lo mimaba un poco a escondidas de la madre, y trata de adivinar por sus cualidades el futuro del niño.

María Isolina, la hermanita, grita en la cunita reclamando atención, mientras José Gregorio corretea por la casa. La madre pone límites:

– Te estas aquí con Juanita. No quiero que te llegues hasta la bodega, que hay muchos corotos por el suelo y te puedes lastimar. Usted lo vigila y me lo cuida bien, como si fuera su hermanito.

Los niños pequeños juegan con cualquier cosa. Todo les entretiene, porque están descubriendo el maravilloso mundo de la realidad que ellos completan con su fantasía.

Uno de los juguetes preferidos por José Gregorio era un carrete de hilo vacío, una especie de tubito de madera ensanchado y plano en los extremos, donde venía enrollado el hilo para coser. Una vez acabado el hilo, el carrete se colocaba a distancia parado sobre uno de sus extremos y había que tumbarlo con una metra lanzada en su dirección. Podían pasarse horas jugando a tumbar el carrete. Juanita era por supuesto más hábil y atinaba más veces, pero ella le acertaba la distancia a José Gregorio para que también el niño acertara.

– Ahora le toca a usted. Póngase derecho y atine con la mano así – y Juanita amagaba dos o tres veces con la metra en la mano en dirección al carrete –. Cuando lo tumbe le voy a enseñar una estampita que me regaló mi madrina.

Son los primeros días de diciembre de 1867. Hacía dos meses ha nacido María Sofía, la segunda hija de Benigno y Josefa Antonia. José Gregorio ya tiene tres años y es más bien bajito para su edad. La casa está revuelta con los preparativos del viaje a Betijoque, porque el señor obispo va a impartir el sacramento de la confirmación y son muchos los niños y niñas de toda la comarca que confluirán desde los campos para la ceremonia. La mamá de José Gregorio lleva en la maleta las ropas nuevas para ponérselas al niño antes de entrar en la iglesia: los primeros pantalones largos, una camisita con

pliegues en el pecho y unos encajes de adorno, una gorra marinera y zapatos nuevos. El obispo de Mérida, doctor Juan Hilario Bosset, confirma a un niño tras otro, dándoles una ligera cachetada. Algunos niños se asustan y lloran. José Gregorio contempla con admiración las vestes rojas del obispo, su sobrepelliz de encaje.

– Muy bien se ha portado mi niño en la iglesia. Ahora vamos a tomarle una foto para que la tenga de recuerdo cuando sea grande.

En el estudio del fotógrafo montan a José Gregorio sobre una silla y le hacen posar con la gorra marinera en una mano y la otra extendida sobre una mesa recubierta de un mantel bordado. El niño parece un pequeño torero citando al destino.

Los días se desperezan tranquilos en aquel apartado rincón andino. José Gregorio aprende todo lo que le enseñan su madre y su tía, pendientes en todo momento de él y de sus hermanitos. Con paciencia le enseñan las letras y luego las sílabas, y José Gregorio aprende a leer muy pronto, porque es un niño despierto y atento, interesado por todo lo que le dicen los mayores.

Aprende también las oraciones. En la casa se reza el Ángelus tres veces al día – con el amanecer, al mediodía y al atardecer – y luego sigue el rosario, que dirige el padre y todos contestan pausadamente. Benigno se ha convertido en una figura de respeto en el pequeño pueblo. Le piden consejo, le confían problemas, solicitan sus buenos oficios para enderezar los pleitos.

A José Gregorio le envían a veces a hacer mandados, siempre acompañado por la india Juana, que ahora ya comienza su adolescencia y pronto dejará la casa donde ha servido varios años, tratada como una más de la familia.

– Juanita, hija, vaya con José Gregorio a llevarle estos huevitos a la señora Candelaria para que se remedie. Y este poquito de harina de trigo y de papelón para que se haga una torta. ¿Sabe dónde vive?

– Sí, señora, por los lados de Lamedero, una casita vieja que se va a caer.

– Dios no lo permita que se caiga. Dígale que nos veremos el domingo en la iglesia, que no se olvide que viene el señor cura de Escuque para la misa de la Virgen.

José Gregorio tiene seis años y ya le permiten salir a jugar con otros niños del pueblo. El hijo del señor Romualdo es un muchachote de 14 años y muy hábil para fabricar papagayos con tela fina, pabito y tiras de caña brava. A José Gregorio le encanta ver cómo las construye y cómo halan del rabo los días de viento fuerte. Es su juego preferido y después de corretear por las lomas, regresa a la casa con los cachetes rojos y la alegría de la sierra en sus ojos oscuros.

Esta infancia feliz sufre un tajo brutal, un golpe inesperado y terrible. La madre ha dado a luz una niña que se llamará como ella, Josefa Antonia, pero unas fiebres después del parto se la llevan sin remedio. Es el 28 de agosto de 1872 y el pueblo queda estremecido por la noticia.

Benigno está destrozado. Todo es llanto en la casa, se ha apagado su luz. José Gregorio se enfrenta de golpe, con sus escasos 8 años, a la pérdida de la persona que más ha querido en su corta existencia. A medida que pasen los días la ausencia irá perforando estratos más profundos en su dolor, pero lo hará crecer por dentro. Parte de su personalidad se ha hecho de golpe adulta, como se ve por su manera de rezar: José Gregorio reza por su madre todas las noches, con una fe y una fuerza impropias de un niño de su edad.

Toda la familia recibe muestras sinceras de compasión, que muestran lo que el pueblo quería a la señora Josefa. Isnotú entero está de luto, porque ha perdido a una mujer generosa, compasiva, alegre y muy religiosa. De la memoria de José Gregorio nunca se borrará el recuerdo de su madre, la mejor que pudo tener.



*El 28 de agosto queda huérfano de madre, quien muere
tras dar a luz a la hermana de José Gregorio,
la niña Josefa Antonia.*

3. APRENDIÓ TODO LO QUE PODIA SABER

La tía María Luisa queda al frente de la casa y los seis sobrinos serán cuidados con esmero, como si fueran hijos propios. José Gregorio se ha vuelto un niño muy reflexivo, sin dejar por eso los juegos de su edad, y muy deseoso de aprender. Lo envían a la escuela del pueblo, a cargo de Pedro Celestino Sánchez, un marinero natural de Maracaibo, que había sufrido un naufragio en las costas de la Guajira y luego se dedicó a una vida más tranquila. Un día se apareció por la casa de don Benigno:

– Este hijo suyo sabe mucho para su edad. Se ve que su esposa, que en gloria esté, y su tía lo prepararon con cuidado. Lee bien, escribe regularmente, suma y resta con facilidad. Pero lo que me admira de él es cómo conoce la historia sagrada. Le confieso que a veces pienso que sabe más que yo de los hechos antiguos. Le recomiendo

que se afinque más en la caligrafía, que todavía la puede mejorar.

José Gregorio pone en obra las recomendaciones del maestro. Se pone a copiar el “Modo breve y fácil para oír misa con devoción” y la “Novena a nuestra Señora de las Mercedes”, libros que utilizaban sin duda su madre y su tía. Lo hizo tan bien y le gustó tanto el material copiado que lo guardó toda su vida y lo usó con frecuencia.

Al salir de las clases, José Gregorio pasa todas las tardes por el cementerio y visita la tumba de su querida mamá:

– Dios, Padre bueno, Señor mío Jesucristo, que mi mamá buena esté en el cielo para siempre.

Reza un padrenuestro y tres avemarías despacio, y siente que su mamá está cerca de él y que le anima a ser un buen muchacho.

Una tarde de sábado José Gregorio notó que su tía María Luisa y la señora que le ayudaba observaban con cuidado si todo en la casa estaba limpio y en orden, especialmente en el salón de recibo. A él le hicieron vestirse con las ropas de fiesta.

– Va a venir un señor muy importante, amigo de su papá, y tienes que estar limpio para recibirlo. Después que lo salude, se retira y se cambia de ropa y se va a jugar con sus hermanos sin hacer mucho ruido. ¿Me ha escuchado usted?

José Gregorio sabe muy bien cómo se comportan los niños educados, pues ya tiene diez años recién cumplidos. Al poco rato se oyen los cascos de los caballos y aparecen en la puerta su padre con un señor elegante que lleva un pumpá en la mano.

– Pase, doctor, esta es su casa. Mi familia lo está esperando.

El doctor Alberto Contreras, nombrado partididor de los bienes, se sienta con solemnidad en el sillón que le tienen preparado. María Luisa se presenta con una tacita de café recién colado que el funcionario recibe con agrado.

– Linda familia tiene usted, don Benigno. Supongo que este es el

mayor, el que atenderá el negocio cuando usted se haga viejo, ¿no? ¿Cómo se llama el muchacho?

– José Gregorio – responde el padre con orgullo, y adelanta al muchacho para que salude al doctor. Van pasando las niñas con timidez y luego los menores se retiran discretamente.

El doctor Contreras lee el documento de liquidación de la comunidad conyugal por muerte de la esposa, y detalla la partición de bienes entre los hijos menores de edad. A cada hijo le corresponden 1.465,55 pesos y varios bienes en tierras y animales. Las posesiones de José Gregorio, así como las de sus hermanos menores, serán administradas por el padre hasta la mayoría de edad de los hijos.

Benigno Hernández, una vez cumplidos sus deberes paternos, contrajo segundas nupcias con María Hercilia Escalona Hidalgo, mujer bastante menor que él, con la que tuvo seis hijos, la última de los cuales nació en 1887, cuando José Gregorio hacía tiempo que se había alejado del núcleo familiar.

Cinco años pasó José Gregorio bajo la tutela del maestro Sánchez, quien ya no sabía qué más enseñarle. José Gregorio fue todo ese tiempo un alumno diligente, interesado, de excelente memoria y muy inteligente. Había llegado el momento de impulsarle a volar más alto.

José Gregorio ya tiene entonces 13 años y se siente extraño. Los cambios de humor le llevan a veces a dar respuestas bruscas y a mostrar un enfado del que luego se arrepiente. Sus hermanas le respetan y le temen un poco, porque es el hermano mayor y porque a veces lo ven serio, sumergido en la lectura de algún libro. Una tarde lo llamó su padre con cierta solemnidad:

– Venga usted, que quiero hablarle sobre su futuro. Usted es un buen estudiante, pero aquí ya aprendió todo lo que podía enseñarle su maestro. He pensado enviarle a Caracas para que usted reciba una buena formación y después vaya a la universidad.

– Bien, padre, haré lo que usted ordene. Los estudios me gustan

y creo que los haré bien. Me gustan las leyes y creo que podré estudiarlas con provecho.

– Hijo mío, usted tiene disposiciones para estudiar cualquier carrera, pero creo lo más conveniente que estudie usted medicina. Ya ve cuántos enfermos pasan por aquí y yo les remedio en cuanto puedo, pero mis conocimientos son pocos. Usted puede convertir este negocio en un lugar donde la gente recupere su salud. Hijo mío, el que está enfermo no sirve para nada. No hay felicidad ni gusto de vivir si la persona está enferma.

– Así se hará, como usted lo ordene, mi padre. Seré un buen médico y curaré a mucha gente.

Padre e hijo salen contentos de la entrevista. El viaje a Caracas tendrá lugar en febrero de 1878, aprovechando la circunstancia de que los generales Jesús Romero y Francisco Vázquez, amigos de la familia, tienen que viajar desde Trujillo, porque han sido designados diputados al Congreso Nacional. El viaje a Caracas es una aventura que ningún joven de la comarca ha realizado. José Gregorio se procura un mapa y estudia el recorrido con ilusión, anticipando con excitación la novedad de tantos paisajes nuevos y tanta gente que va a conocer.

Las despedidas siempre son peores para la gente que se queda. Maria Luisa está desconsolada, porque sabe que tardará en volver a ver a su sobrino. El padre, más sobrio, oculta la emoción bajo la careta de una aparente indiferencia. Da las órdenes para que las bestias estén bien aparejadas y para que no falte el avío en los días de travesía. Llama aparte al hijo y le entrega una bolsa pequeña:

– Aquí tiene usted unos dineros para que compre lo necesario y pague sus estudios este primer año. Más adelante le enviaré lo que haga falta. No deje de escribirnos a su llegada a la capital. Que Dios lo bendiga, hijo mío, y su Santa Madre.

También la madrastra se despide con afecto del muchacho y sus hermanitas no dejan de llorar. Los dos hermanos pequeños, César y

Benigno, de 8 y 7 años respectivamente, se alegran de que su hermano mayor les haya regalado de despedida los hermosos papagayos y algunos dibujos y creyones.

Fueron hasta Betijoque, camino conocido por las bestias, y luego bajaron a los llanos de El Cenizo hasta dar al puerto de La Ceiba, al sur del lago de Maracaibo. José Gregorio siente que le falta el aire, tanto es el calor y el sofoco.

– Aflójese la ropa, que aquí va a pasar calor, los Andes quedaron atrás. Tiene usted que tomar agua y no ponerse al sol, para que no le aquejen las fiebres de los calores.

La travesía en una piragua por el lago le pareció maravillosa. Era la primera vez que perdía de vista la tierra y le parecía imposible que pudiera haber tanta agua junta. No pudo dormir en toda la noche

4. EN EL COLEGIO VILLEGAS

hasta que llegaron al amanecer al puerto de Maracaibo. Tantas cosas nuevas en tan pocos días le tenían a José Gregorio maravillado y un poco mareado.

El puerto de Maracaibo está lleno de piraguas que transportan los productos del sur del lago, especialmente los plátanos. José Gregorio contempla el regateo de los piragüeros con los compradores y no entiende bien su tono rápido y burlón. Alguien le toca en el hombro; es el ayudante del general Romero:

— No t'estéis pasmao, muchachito. Tenéis que venir connmigo pa dejá la valija en el vapor. Luego daremos una vuelta por la ciudad y visitaremos a la Chinita, mi patrona.

El calor del puerto se mitiga con la brisa que viene del lago. José Gregorio camina por las callejas de Santa Lucía y el Empedrao, que le muestra el ayudante con orgullo

antes de llegar al templo, abierto a todos los visitantes y a todos los corazones. José Gregorio hace la cola para venerar la imagen de la Virgen en la tablita y pedirle que le proteja en su viaje y en la nueva vida que va a comenzar.

El vapor sale por la tarde. Atraviesa la barra del lago y José Gregorio siente el movimiento más fuerte cuando llegan a mar abierto. Le comienza un ligero mareo, pero se le pasa contemplando las gaviotas sobrevolando y la hermosa puesta de sol. Al anochecer llegan a Willemstad, la capital de Curaçao. Los cargadores del puerto exhiben los torsos desnudos y brillantes mientras la grúa baja en las redes algunos equipajes. A José Gregorio le entra el sueño cuando ya están en alta mar. Toda la noche navegarán hasta llegar al puerto de La Guaira, antesala de la capital.

El sol ya pica duro cuando desembarcan los viajeros. Los ayudantes contratan las bestias para emprender el largo y polvoriento camino, remontando los cerros, que a José Gregorio le parecen muy áridos en comparación con sus Andes.

El camino es largo y José Gregorio se va durmiendo sobre su mula, cansado del viaje y de tantas novedades:

–Cuidado, muchacho, no se me duerma, que se puede desbarrancar. Ya pronto llegaremos a Caracas y allá podrá descansar.

Eso es lo que hacen en una posada de viajeros, a la que llegan al atardecer. José Gregorio se asea con una jofaina y palangana de agua y se lava tanto sudor y polvo del camino. Se queda rendido en el catre y el ayudante prefiere dejarle dormir en lugar de despertarlo para la cena.

Al día siguiente lo llevan al Colegio Villegas, que va a ser su nueva casa durante cinco años. Don Guillermo Tell Villegas, el dueño de la institución, es un prestigioso educador, además de abogado y político, y recibe a los viajeros con muestras de elegante cortesía:

– Aquí estará bien el muchacho, y si es aplicado, aprenderá muchas cosas para la vida. Sírvanse decirle a su honrado padre que

yo haré sus veces con total dedicación y empeño.

– Eso sí, don Guillermo. Conocemos a la familia y sabemos que el muchacho responderá bien a sus cuidados. No se arrepentirá usted de haberlo recibido.

Cumplido su cometido, los generales se despiden. José Gregorio recorre el colegio, una espaciosa casa de un solo piso, a donde acuden los hijos de buenas familias para ser educados y también unos pocos alumnos del interior, que comparten con la familia de don Guillermo comida y disciplina. José Gregorio se siente a gusto desde los primeros días, acostumbrado como está a una vida de orden y de estudio.

El colegio está situado entre las esquinas de Veroes y Santa Capilla, y desde él se contempla el cerro Ávila en todo su esplendor. Las aulas son habitaciones de techo alto y ventiladas, con los pupitres que se abren hacia arriba y que permiten guardar en su interior los libros, los cuadernos y las plumas de escribir con el mango de madera y la plumilla cortada de las remeras de la gallina. José Gregorio se admira de los utensilios tan bien dispuestos, del aula limpia, de sus compañeros tan aseados en sus uniformes.

– ¡Señor Hernández! – el profesor va pasando lista y los alumnos tienen que ponerse de pie fuera del pupitre y responder ¡presente! Así lo hace José Gregorio, quien desde el primer día se integra como un buen estudiante al grupo de sus compañeros. Acostumbran a rezar antes de las lecciones y también al acostarse. Los domingos van en fila a la misa de 10 en la Santa Capilla.

Van pasando los días y los progresos de José Gregorio son evidentes. Los profesores Aguerrevere, Rojas y Urdaneta hablan de él en sus reuniones como de un muchacho aprovechado y de grande prendas, que será un buen profesional en el futuro. Uno de los profesores, Juan Bautista Calcaño, advierte en el muchacho buenas dotes musicales cuando le oye cantar. Le propone enseñarle música y José Gregorio acepta de buena gana. Comienza a reconocer el pentagrama, a solfear y tocar acordes en el piano.

– Bien, José Gregorio, usted llegará a tocar bastante bien. Advierto que pone empeño en no equivocarse en la nota, y eso está bien. Cuando tenga más seguridad, aprenderá también los ritmos de las canciones, que ahora todavía no capta. Pero deje ahora el piano y acompáñeme a la casa de don Ramón Azpúrua, viejo amigo mío y del colegio. Allí quiero que conozca a su familia, una de las más distinguidas de Caracas.

José Gregorio tiene ya 15 años, un rostro de ojos oscuros y expresivos, modales recogidos, aunque ríe con viveza cuando cuentan anécdotas divertidas. Al entrar al caserón de los Azpúrua, nota la elegancia en los muebles y el aroma inconfundible de su antigüedad. Pisa las alfombras con cuidado, admira los cuadros de estilo clásico. Responde con cuidado a lo que le preguntan, da muestras de su educación y de sus conocimientos.

– Ahora le vamos a enseñar el jardín a este joven, que es nuestro orgullo. Usted podrá venir e instalarse en él cuantas veces quiera para estudiar y solazarse.

El espectáculo del jardín deja a José Gregorio con la boca abierta. En un espacio enorme, cuyos límites no se ven, se yerguen grandes bucares, tamarindos y magnolios, que proporcionan una sensación de frescura, salpicados por rosales y gladiolos, que parecieran haber surgido espontáneamente. Un pequeño riachuelo corre entre los árboles y comunica vida y paz a aquel paraíso. Hacen servir café con pastas sobre unos veladores contruidos bajo los árboles. De pronto aparece una niña preciosa, de ojos grandes y bucles de color castaño, que acarician con ritmo su hombro cuando camina. José Gregorio se queda sin poder articular palabra.

– Jovencito, esta es mi sobrina María, que pasa más tiempo en mi casa que en la suya. Confío en que hagan los dos una buena amistad.

En José Gregorio brota un amor adolescente, el primer amor de su vida, que nunca fue correspondido. La chiquilla tiene apenas 13 años y está más interesada en perseguir las ardillas del jardín y en recoger flores que en escuchar las historias de los Andes que brotan con entusiasmo de los labios de José Gregorio.

María Gutiérrez Azpúrua llegó a ser una de las bellezas de la ciudad, asediada por muchos pretendientes. Cuando ella se casó, José Gregorio estaba lejos de Caracas, pero nunca pudo olvidarla. Con el correr de los años, un hijo de ella sería alumno del doctor Hernández en la facultad de Medicina.



La Universidad Central de Venezuela certificó sus estudios básicos en el colegio Villegas. En septiembre iniciará sus estudios en la Facultad de Ciencias Médicas en la UCV

5. JOSÉ GREGORIO ESTUDIA MEDICINA

Al joven José Gregorio le fue muy bien en el Colegio Villegas. Estudió los cursos del Preparatorio y Filosófico, equivalentes a lo que después se llamaría el bachillerato. Es un muchacho atento a las explicaciones de los profesores, de inteligencia despierta y que retiene con facilidad los conocimientos. Ninguno de sus compañeros se extraña de que le den premios. Los obtiene en Etimología castellana, porque siempre desde pequeño le llamaron la atención las curiosidades del idioma. También en Gramática castellana, Francés, Aritmética, Geometría, Latín, Griego y Geografía Universal. Él se interesa por todo y tiene talento para todo. Más adelante va a estudiar francés e inglés, e incluso alemán, porque intuye que los idiomas le van a abrir puertas, y siente un atractivo particular hacia otras formas de expresarse. También obtiene en tres oportunidades premios a su aplicación y buena conducta. Como

consecuencia de esta trayectoria, le nombran inspector de disciplina en el colegio y preparador de aritmética. Todo un record para un muchacho tan joven, que apenas llega a los 17 años.

Poco más de cuatro años han transcurrido desde que aquel muchacho introvertido, que descendió de su mundo protegido en los Andes al tráfico de la capital, termina sus estudios secundarios. Se ha vuelto un joven seguro de sí mismo, comedido, emprendedor. Presenta a la Universidad Central de Venezuela los recaudos de haber culminado sus estudios. La Universidad es la única institución facultada para entregar títulos, y lo hace después de un examen comprehensivo de todo el programa. El 24 de mayo de 1882, el rector, doctor Ángel Rivas Baldwin, extrae de la urna el tema que le toca explicar al candidato: la teoría del condensador eléctrico y las máquinas a vapor. Dispone de unas horas para prepararse y explicar el tema ante el jurado de cinco miembros.

José Gregorio se ve relajado el día siguiente a la hora del examen. Después de una introducción protocolar, en la que se anuncia el motivo del acto y el tema asignado por suerte al candidato, José Gregorio comienza con voz segura:

– Todo conjunto de dos conductores separados por un aislador o dieléctrico constituye un condensador. Los dos conductores se llaman armadores.

Va explicando cómo las armaduras retienen la electricidad después de haber sido aisladas del polo generador de energía. Explica los tipos de condensadores con toda propiedad y detalle.

El jurado no lo duda un instante. Después de escuchar el comienzo de la explicación sobre las máquinas a vapor, el presidente del jurado interrumpe:

– Señor Hernández, el jurado está satisfecho. Queda usted promovido al grado de bachiller en Filosofía con la máxima calificación.

Un aplauso espontáneo de los asistentes rubrica la impresión que sobre ellos ha ejercido la seguridad en los conocimientos y el aplomo con que los ha expresado. Nadie de su familia está presente y José Gregorio los excusa, sabiendo las dificultades del viaje. Está sin embargo satisfecho y así se lo hace saber a su padre en carta que le escribe al día siguiente. Le comunica que durante los años transcurridos en el Colegio Villegas ha aprendido a razonar, a comprobar los conocimientos comprobables, a informarse con varios autores, en una palabra, se ha convertido en un estudiante independiente e inquisitivo, cualidades que le acompañarán toda su vida y que le serán muy útiles en los estudios que va a comenzar.

José Gregorio Hernández comienza sus estudios en la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad Central de Venezuela el 1º de septiembre de 1882. La medicina es una ciencia basada todavía en la tradición, dominada por los autores franceses, los más avanzados para la época. El doctor José de Briceño, profesor de anatomía explica a sus alumnos las teorías del vitalismo:

– Jóvenes, las actividades vitales del ser humano responden a las fuerzas espirituales que habitan en nosotros. Todos tenemos un principio vital, que es la fuente de energía de nuestro organismo. Si ese principio decae, aparecen las enfermedades. ¿Alguna duda hasta aquí? Aquel bachiller está levantando la mano. ¿Cuál es su nombre?

– Hernández, señor profesor. Su explicación es clara y lógica, pero yo le pregunto con todo respeto qué es lo que hace que el principio vital decaiga, si es una sustancia espiritual, como usted afirma.

– Buena pregunta, joven, pero desconocemos la causa que motiva el decaimiento del principio vital. Tal vez alguno de ustedes será capaz de averiguarlo en el futuro y dar así lustre a esta universidad. Ha concluido la lección de hoy.

José Gregorio queda con la duda acerca de esta teoría del vitalismo y se propone investigar sobre ella. Tampoco le satisfacen otras teorías que le enseñan, como la referente a los miasmas en el contagio de las enfermedades. Según esta teoría las materias

orgánicas, al descomponerse en los pantanos, provocan unos efluvios o miasmas que propagan las enfermedades. También los gases exhalados por las personas enfermas contienen miasmas que penetran en la sangre y causan las enfermedades. José Gregorio piensa que estas teorías están bien construidas, pero no tienen comprobación experimental. Todavía faltan algunos años hasta que el doctor Walter Reed compruebe en Cuba que los insectos son los transmisores de la malaria y otras enfermedades contagiosas. José Gregorio va perfeccionando su conocimiento del francés, a fin de poder leer a los autores en su idioma original.

Los estudiantes aprenden de memoria estas teorías a fin de rendir un buen examen. José Gregorio también lo hace, pero su inteligencia despierta siente que los estudios de medicina no pueden seguir siendo meramente teóricos. Los hospitales tienen que convertirse en laboratorios de observación y proporcionar elementos para la experimentación. El Hospital de Caridad para mujeres es el centro asignado para las prácticas médicas al bachiller Hernández. En él va a colaborar con el doctor S. Narciso de la Rosa, quien le dirigirá las pasantías.

– Joven estudiante, créame que este hospital está desatendido desde todo punto de vista. Aquí no va a encontrar usted ningún instrumental, bisturís, lancetas o tenazas ortopédicas. Aquí no se pueden efectuar disecciones ni operaciones.

– Entonces, doctor, ¿cómo se puede ayudar a las enfermas?

– Con su ingenio y con su atención personal. Más no se puede hacer y créame que lo lamento.

Dos años pasa Hernández en este hospital, los dos primeros de un ejercicio de la medicina que fue al comienzo sumamente precario. Allí aprende o refuerza las disposiciones básicas que le van a servir más adelante como médico: atención personal, observación minuciosa, intuición reforzada por la consulta, compasión grande, espiritualidad.

Dos eminentes personalidades del siglo XIX venezolano, Adolfo Ernst y Rafael Villavicencio, habían abierto cátedras con una nueva orientación. Ambos se hacen eco de la orientación positivista de la ciencia, abandonando los argumentos de la autoridad y de la tradición. La verdad científica debe ser demostrada con hechos comprobables y no simplemente aceptada porque otros la afirman. Ernst, en las cátedras de Botánica, Zoología e Historia Natural, hace suyos los postulados de Lamarck y Darwin sobre la adaptación de las especies a su medio y la selección natural. José Gregorio escucha, reflexiona, compara. Su formación religiosa será sacudida muy pronto por una fuerte polémica.

6. DOCTOR EN MEDICINA

En sus casi seis años de estudios José Gregorio Hernández tomó 21 cursos en 17 materias (4 materias se desdoblaban en dos), repartidos de la siguiente manera: 2 en primer año; 2 en segundo; 4 en tercero; 5 en cuarto; 6 en quinto y 2 en sexto. Como se ve, la intensidad del estudio iba creciendo en cuanto al número de materias, pero no en cuanto a la dedicación. La Anatomía I y la Higiene, que se estudiaban en primer año, exigían muchas horas de estudio detallado y memorización. Varios de los profesores tenían fama, porque habían sido alumnos de José María Vargas y ejercieron funciones públicas importantes: José de Briceño, Calixto González y Ángel Rivas Baldwin, a quien José Gregorio ya conocía de su examen final en el Colegio Villegas. Ellos exigían de los alumnos asistencia, buena conducta, aplicación y un excelente aprovechamiento.

El 13 de junio de 1888 amanece más claro que otros días. José

Gregorio Hernández casi no se cree que ha culminado los estudios de medicina. Sólo le falta el examen final para graduarse de bachiller en Ciencias Médicas y ese mismo día hace la petición de rigor al rector de la Universidad. Le fijan la fecha para el 19, tres días más tarde. Al instalarse el tribunal, él deberá sacar dos tarjetas de la urna para disertar sobre los temas escritos en ellas. Lo hace no sin cierto nerviosismo. Los temas que tiene que desarrollar son los siguientes:

1. La doctrina de Laennec que asienta la unidad del tubérculo es hoy una verdad comprobada, a pesar de la escuela de Virchow, que sostiene su dualidad,

2. La fiebre tifoidea típica descrita por los autores, si acaso se observa en Caracas, es muy excepcionalmente.

José Gregorio ha estudiado bien a Renato Laennec, uno de los mejores investigadores médicos que ha producido Francia en el siglo XIX. Comienza su introducción con voz segura:

– Este eminente médico e investigador francés nació en Quimper en 1781 y murió tísico bastante joven en 1826. Se dedicó especialmente al estudio de la anatomía patológica, ganó el premio de medicina y cirugía en 1802 y fue el inventor del estetoscopio. En cuanto al tema señalado...

José Gregorio cautiva a los examinadores, que observan en él ciencia y aplomo, combinados con la modestia de quien no pretende exhibirse, sino exponer con objetividad lo que sabe. El jurado le confiere unánimemente la máxima calificación y le extiende el certificado de Bachiller en Ciencias Médicas.

Apenas pasan siete días y José Gregorio se dirige de nuevo al rector, doctor Aníbal Domínici, para solicitar rendir el examen que le permita optar al título de doctor. Bachiller y doctor constituyen escalones seguidos, que no requieren estudios adicionales, sino un segundo examen.

El 29 de junio de ese mismo año el bachiller José Gregorio Hernández saca de la urna tres tarjetas con los temas que debe exponer:

- 1. Medios de distinguir la locura simulada de la locura real.*
- 2. El lavado de estómago es una operación inocente y de grande utilidad en las operaciones de este órgano en que esté indicado.*
- 3. En caso de cálculo vesical, ¿cuándo está indicada la litotricia y cuándo las diferentes especies de talla?*

Hay gran expectativa entre el auditorio por asistir a este examen y el gran salón se llena hasta rebosar. José Gregorio Hernández tiene fama de ser el mejor alumno y todos sus compañeros y muchos familiares y curiosos no quieren perderse tan gran acontecimiento. José Gregorio luce tranquilo, como siempre lo ha estado en las grandes ocasiones. Es su dominio de los temas y también su modestia los mejores apoyos para su seguridad.

Comienza la disertación, interrumpida ocasionalmente por las preguntas del jurado:

– La locura es un estado alterado de la mente, que afecta al ser humano y que ya era conocida en la antigüedad. Es un estado patológico que impide el libre juego de la razón y, por tanto, la libre actuación de la voluntad. En la antigüedad se creía la locura de origen divino o demoníaco. De ahí viene la palabra “furioso”, o sea, poseído por las Furias.

Y sigue disertando sobre la locura. Uno de los jurados se detiene pensando en un hombre que conoció y al que jamás le oyó pronunciar palabra alguna. Interrumpe la disertación y expone brevemente el caso.

– ¿Cree usted que se trataba de una manifestación de locura?

José Gregorio indaga sobre sus facultades auditivas, sobre otros comportamientos anómalos, sobre sus antecedentes familiares.

– ¡Basta ya! Usted posee el espíritu indagatorio necesario a todo buen doctor. Cultive esa actitud de investigador y todos nos congratularemos de haber conferido este título a un excelente profesional.

Transcurre más de hora y media en la exposición de los temas. El bachiller Hernández responde con lucidez y contundencia a las preguntas del jurado, algunas de ellas verdaderamente capciosas. Al finalizar José Gregorio Hernández la exposición del tercer tema, el secretario de la Universidad, doctor Vicente Guánchez, que conoce bien al bachiller por haber sido alumno suyo en Patología General en tercer año y en Patología Interna en cuarto, se levanta e impone silencio con la mano. Ninguna persona ha abandonado la sala a pesar del tiempo transcurrido.

– Bachiller Hernández, no hace falta que nos retiremos para deliberar sobre su calificación. Usted merece un sobresaliente, y creo que mis colegas del jurado estarán de acuerdo.

Observa los gestos de asentimiento del jurado y concluye con voz emocionada:

– ¡Sobresaliente por unanimidad!

El rector Aníbal Domínici rompe el protocolo para exclamar con solemnidad, poniéndose de pie:

– ¡Venezuela y la medicina esperan mucho del doctor José Gregorio Hernández!

Un cerrado aplauso sirve de conclusión al acto. Todo son abrazos efusivos, rostros alegres, felicitaciones y parabienes. José Gregorio Hernández acaba de demostrar que es uno de los mejores alumnos que ha pasado por la Facultad de Medicina de la Universidad Central de Venezuela. Tiene el futuro abierto.



*1906 Publica con la tipografía Herrera Irigoyen y Compañía
el resumen de sus investigaciones sobre las bacterias titulado
Elementos de Bacteriología.*

7. DE VUELTA POR SUS TIERRAS DE TRUJILLO

El flamante doctor José Gregorio Hernández ama la medicina, se siente a gusto en ella y le agradece a su padre Benigno que le orientara hacia esa profesión. Pero sabe muy bien el estado de la medicina en su país y las precarias condiciones en que se ejerce. Siente una gran admiración por la medicina francesa y concibe la idea de perfeccionar sus conocimientos en la capital mundial del saber, París. Su dominio del francés es aceptable, sus conocimientos médicos suficientes, pero hay un gran problema: el dinero. ¿Quién la pagará los estudios en Francia? La respuesta es sencilla: él mismo. Ejercerá durante un año la medicina en Venezuela y con lo que ahorre se podrá financiar el viaje a Francia y la estancia en los primeros momentos. Lo que necesite después piensa ganarlo allá mismo con su dedicación al ejercicio de la medicina.

Estas intenciones no son improvisadas, las ha consultado con su gran amigo y compañero Aníbal Santos Domínici, las ha venido madurando por largo tiempo y está seguro de poder realizar sus planes. ¿Dónde ejercerá como médico para poder ahorrar lo necesario para el viaje? Sería obvio que ejerciera en Caracas, donde ya conoce el ambiente y recibiría gran apoyo de sus profesores, médicos eminentes, que le abrirían todas las puertas. Sin embargo decide irse a su tierra natal, a Trujillo. ¿Por qué? Con el fin de reunirse con su familia y porque allá no hay apenas competencia de médicos titulados. Quiere volver a abrazar a su padre, a su tía María Luisa, a su madrastra, a sus hermanos, a los que no va a reconocer después de tantos años. Quiere conocer a sus nuevos hermanos, los que su padre ha tenido con su joven esposa. Todo le parece fácil, es joven, se siente con fuerzas, con ilusión y conocimientos. Emprende el regreso a los Andes en agosto de 1888. Lleva libros, documentos, algunos regalos. Pero realiza el viaje en varias etapas, en plan exploratorio.

En Puerto Cabello pasa dos días sin poder dormir en las noches por el calor. Le hacen mala impresión sus calles sucias y estrechas. Lleva de acompañante a Clara Couturier y tal vez por eso piensa que las muchachas del pueblo son todas anémicas y con aire de curazoleñas. Esos calificativos, que él mismo pone en carta a su amigo Domínici, ¿significan un velado desprecio frente a la buena nutrición y la tez blanca de su amiga?

En Curaçao se detiene cuatro días para visitar los hospitales. Siente que puede aprender de su organización y mantenimiento, quiere ver la atención médica y el trato a los pacientes. Se encuentra con un personaje inesperado que le produce gran impresión.

– Venga conmigo, doctor Hernández, y observe este caso. Quiero que me dé su opinión.

Quien le invita es el director de los hospitales de Curaçao, el doctor Langskberg, que arrastra las erres en su por lo demás correcto castellano. Sobre una cama muy limpia yace un enfermo que ha sufrido fractura de fémur. Como en su casa lo tuvieron entablillado

más de un mes, se le ha producido una llaga repugnante, cuyo olor es difícil de soportar.

Llega una monja para hacerle la cura. José Gregorio la ve actuar con destreza y observa su rostro mientras trabaja. Pareciera que goza con esa limpieza, su sonrisa es sobrenatural, su trato con el enfermo, exquisito.

– Señor director, el enfermo sanará, su hueso quedará soldado. Yo se lo aseguro después de ver cómo esa religiosa trata al paciente.

Conoce a otra religiosa, directora del colegio para niñas más afamado de la isla. Se llama sor Josefa y sabe francés, inglés, alemán, holandés, español y latín, botánica, mineralogía y química. Toca piano, pinta admirablemente, sabe hacer las labores domésticas. Todavía más: su genio despierto e intuitivo la ha convertido en una magnífica ayudante para el doctor. Nadie como ella sabe diagnosticar y tratar la fiebre amarilla.

Por la noche, antes de conciliar el sueño, José Gregorio se dirige con confianza al Señor:

– Dios mío, lo que vi hoy me ha dejado fuera de sitio. Esas dos servidoras tuyas merecen un puesto bien elevado en el cielo, la primera por su inmensa caridad, la segunda por su talento y ganas de ayudar. Me falta mucho por aprender, ya lo veo. Consérvalas muchos años haciendo el bien. Amén.

En Maracaibo, antes de emprender el viaje a los Andes, pasa siete días, muy atendido y agasajado. Tiene 23 años, es atento y agradable, los amigos que hace son muchos. Sobre todo Manuel Ángel, que se convierte en su anfitrión y le pone en contacto con el doctor Dagnino, quien le lleva de acompañante en sus visitas médicas, tanto las del hospital como las privadas.

– Doctor Hernández, quiero que tome nota de mis indicaciones y recetas, y que me manifieste con toda libertad si usted lo haría de

otra forma. Al final del día tendremos una conversación sobre lo que usted observe.

– Descuide, doctor, así lo haré como usted lo desea.

Así lo hace, pero no encuentra nada censurable. Más bien le alaba sinceramente por lo acertado de sus diagnósticos y tratamientos, que él no hubiera sabido hacer mejor.

– Usted es muy modesto, doctor Hernández. Yo sé las excelentes calificaciones que obtuvo como estudiante y me honraría si me considerara su amigo.

José Gregorio va el domingo a la misa de 10 en la catedral. Observa el ambiente devoto, la elegancia de los vestidos. Es que sin saberlo acierta con la misa a la que asisten las niñas y jóvenes de la alta sociedad marabina. Al salir de la iglesia, su amigo Manuel Ángel le tiende un paquete pequeño como regalo de despedida.

– Ábrelo, te va a gustar.

Dentro hay un termómetro, instrumento fundamental del médico. José Gregorio está asombrado.

– Manuel Ángel, es el mejor regalo que he recibido. Me comprometes con tu generosidad y amistad y trataré de ser fiel a ella.

Por fin, después de diez largos años de ausencia, José Gregorio Hernández regresa a su tierra. A medida que el camino de mula va en ascenso por las laderas, siente el aire más fresco y su corazón se acelera. Al llegar a Betijoque le espera su padre y sus dos hermanos menores, César Benigno y Benjamín, ahora convertidos en dos jóvenes de 19 y 18 años. Sus hermanas le esperan en Isnotú.

Su padre le abraza apretadamente. Su amor y su orgullo se reflejan en sus ojos húmedos. Nada más observarle, sabe José Gregorio que su padre no ha mejorado el asma que le aqueja.

– Padre, ¿está usted tomando los remedios que le receté?

Su respiración entrecortada y silbante no le gusta al hijo médico:

– Va usted a hacerme caso como médico, aunque sea yo el que le debo respeto y obediencia en todo lo demás.

En Isnotú todo es agitación y fiesta con la llegada del doctor. Hasta los perros corretean por la calle arriba y abajo y ladran alegremente, sintonizando con la fiesta de los humanos. José Gregorio decepciona a su familia cuando le comunica:

– No he venido para quedarme. Estaré aquí unos días, pero luego buscaré una población más grande para establecerme. De todas formas, siempre estaré pasando por aquí para reconocer a los enfermos.

Les aprecia y les quiere, pero sabe que ellos no pueden proporcionarle el dinero que necesita para continuar sus estudios en París. La gente es pobre y su padre tiene que alimentar a una familia numerosa. Betijoque es el pueblo grande más próximo en el que va a probar fortuna como médico recién estrenado.



En Isnotú todo es agitación y fiesta con la llegada

8. ¡LA DISENTERÍA SE CURA CON QUININA!

Pronto el choque con la realidad es más fuerte de lo esperado, especialmente con las creencias y costumbres de la gente, fruto de la ignorancia. Visita los primeros enfermos por aquellos campos de Betijoque y tiene éxito en curarlos. Las enfermedades más comunes son el tifus, la disentería y el asma. Las dos primeras tienen que ver con el uso de aguas contaminadas y el asma queda favorecida por un clima húmedo y catarros mal curados. El joven doctor sabe que la mejor aliada de la enfermedad es la ignorancia y, peor aún, la superstición:

“Mis enfermos todos se me han puesto buenos, aunque es tan difícil curar a la gente de aquí, porque hay que luchar con las preocupaciones y ridiculeces que tienen arraigadas: creen en el daño, en las gallinas y vacas negras, en los remedios que se hacen diciendo palabras misteriosas: en suma, yo nunca

me imaginaba que estuviéramos tan atrasados por estos países (...) La botica es pésima; suponte que el boticario es un aficionado solamente y que me dice: “nosotros los médicos” (...) Me contó que curaba la disentería con cinco gramos de quinina al día y, como yo me asustara, me tranquilizó completamente y me aconsejó que así lo hiciera, ya que la ipeca no daba resultado; quien no da resultado es él, y él quien está llenándome de fastidio; afortunadamente que yo no he de quedarme aquí, sino que, como te dije, iré a Valera. (Carta a Santos A. Domínici desde Betijoque, 18 de septiembre de 1888).

José Gregorio es un hombre afectuoso. Las cartas tienen para él una importancia grande, necesita saber de las personas que quiere, conocer su estado de salud con detalle. Se comunica con sus familiares y amigos, especialmente con su amigo del alma Santos Domínici, con el que se escribe semanalmente, y expresa sus sentimientos, sus deseos e ilusiones, la visión que tiene de las personas y de las cosas. La familia Azpúrua no ha quedado olvidada. En muchas de las cartas a Domínici hace referencia a las hijas, pero no nombra expresamente a María, la sobrina, la que le deslumbró en Caracas.

Esta primera temporada como médico activo, que se desarrolla entre Betijoque e Isnotú, le hace poner los pies sobre la tierra y recordar la realidad de donde venía, la del atraso y la pobreza. No encuentra con quien conversar, se descuida en su aspecto externo, se deja crecer la barba para verse, como él dice, horroroso. Es su manera de protestar contra el descuido que le rodea. Trabaja mucho: visita a cuatro o cinco enfermos por la mañana en Isnotú y luego cabalga hasta Betijoque y visita allá otros tantos. Hay personas amigas de la familia a las que le resulta violento cobrar, pero aún así calcula que el primer mes de ejercicio le reportará unos 140 o 150 pesos, suficientes para vivir bien. Sin embargo, quiere conocer mejor la zona y establecerse en una población más grande, tal vez en Boconó, “que es el lugar en el que hay más gente y en el que todas las personas son acomodadas”. Además, los dos médicos de allí son viejos “y saben de medicina lo que yo de chino”. Nunca llegó a establecerse en Boconó.

A Domínici le encarece que le avise cuando llegue un medicamento nuevo y la terapéutica que traiga, y reclama que no le llega el boletín médico donde aparecen las novedades. Perdido en su rincón de los Andes, José Gregorio quiere estar al día en medicina y farmacia. Es más, le urge a su amigo que le ponga al día por carta de las últimas novedades médicas:

“Cuando tengas un lugar desocupado hazme el resumen puramente sintomático, por el estilo de los que Morales llevaba a la clase, de las ingurgitaciones e inflamaciones de hígado según Laveran; no es cosa de urgencia, pero quiero tener la historia sintomática diferencial según el proceso tenga lugar en los linfáticos, en las venas o en los conductos biliares”. (Carta a Santos A. Domínici desde Isnotú, 8 de octubre de 1888).

Desde el 18 de octubre se encuentra en Valera buscando lugar para establecerse más convenientemente. Describe la situación topográfica de la ciudad, enclavada en un valle hondo y caliente, y su gente, unos tres o cuatro mil habitantes, divididos en una clase acomodada, de comerciantes italianos, y los campesinos pobres. Lo más interesante de su estancia en Valera es su descripción de las muchachas de la ciudad.

“Las niñas de aquí son muy simpáticas y agradables, bailan muy bien, si me sigo por la única con que he bailado una noche aquí en casa con piano; me aseguran que hay otra que baila muchísimo mejor que la niña con que bailé. Me he hecho muy amigo de esa afamada pareja y me ha prometido que en el primer baile que me encuentre con ella tendré la segunda pieza; se llama María Reimi y es prima de la novia de Eduardo Dagnino”. (Carta a Santos A. Domínici desde Valera, 22 de octubre de 1888).

José Gregorio está cumpliendo 24 años esos días. Tal vez la fiesta en la que baila con María Reimi es para agasajar a este joven médico, tan profesional y apuesto, sobre el que muchas muchachas de Valera de la alta sociedad han puesto los ojos. José Gregorio es amable y simpático, hasta galante, pero nada más. Piensa que es muy pronto

para establecer relaciones estables, sobre todo en una sociedad que no conoce. Tiene que formarse mejor en Europa. Siente el atractivo de estas muchachas, pero no se involucra, no se permite a sí mismo sacrificar sus metas previamente establecidas. Las muchachas no se sienten desairadas:

– Será en otra oportunidad. Tal vez cuando regrese de Europa...

José Gregorio sonríe amable, coquetea ligeramente, las respeta y encuentra agradables. La gracia y el talento femeninos le impactan, como se puede apreciar en estas expresiones de la misma carta:

“¡Oh, dichoso tú, que pisaste por fin la casa de la sin igual Antonia! Trata siempre de hacerte íntimo de allá: esa es gente, y por esa razón puede tratarse. (...) Nada me has vuelto a decir de las niñas Elizondo; supongo que todavía son muy amigas de la casa. Tampoco me has vuelto a dar noticias de Richardini ni de su hermana, descuido mil veces imperdonable puesto que tú sabes toda la importancia que doy a un párrafo en que se trate de estas personas, y que me interesa mucho saber todo lo que tenga relación directa o indirecta con ellas: tú sabes, ése es mi punto débil”.

– ¡Doctor, se precisa su ayuda urgente! Mi padre se siente muy mal.

– Ya mismo voy. Espérame fuera, que vaya a ensillar mi caballo.

Son las 6 de la tarde y José Gregorio Hernández está cansado del día, pero cuando se trata de atender enfermos el cansancio se le evapora. La tarde está oscura, amenaza tormenta.

– ¿A qué distancia está tu casa?

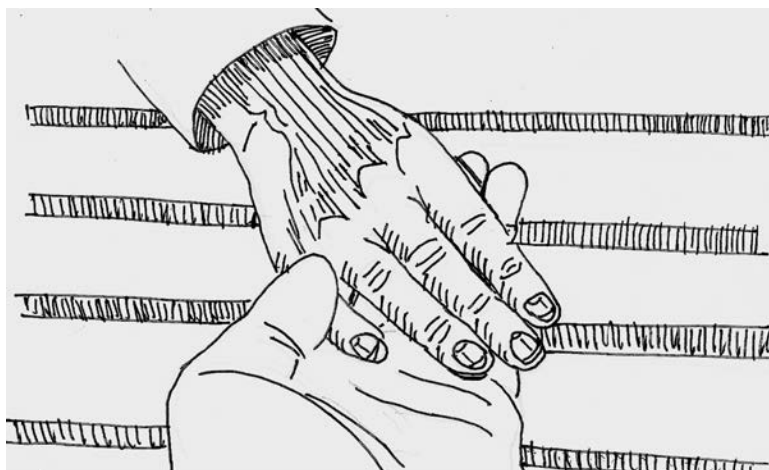
– Como a 6 leguas, doctor. Hay que remontar aquella cuesta y luego pasar el portillo. Un poco retirado, doctor, pero mi madre lo mandó a buscar a usted. Dice que usted le puede curar.

– Está bien, no te preocupes. Lo que no sé si este caballo mío aguantará el trote ante la tormenta que viene.

No lo aguantó. Pasadas dos leguas, ya remontada la cuesta, estalló el primer relámpago, inaudito, inmenso. Se sumergieron en un océano de luz. Se vio todo, los cerros, las hondonadas, el cielo que estaba lleno de agua. José Gregorio se quedó ciego, el caballo se encabritó y echó a correr como loco por aquellas veredas, siguiendo al caballo del campesino, también muy asustado. El trueno que siguió pareció querer romper en dos el universo, y fue seguido de unos goterones inmensos, una lluvia vertical y atroz, que intentaba borrarlos de la superficie. Los caballos, junto con los jinetes, se resbalaron, rodaron, chocaron con ramas y peñas, se cayeron y volvieron a levantarse. Cuando llegaron por fin a la casa, pasadas las dos de la madrugada, estaban ellos más necesitados de auxilio que el enfermo que los había llamado.

Esta fue una de las primeras visitas médicas, que a José Gregorio nunca se le olvidó. La resumía así en carta a su amigo:

“He visto muchas descripciones de tempestades, y todas me parecen débiles ante la realidad y frías; es cierto que las que he visto descritas por autores buenos nunca han tenido lugar en los Andes, donde todo tiene lugar en grande”. (Carta a Santos A. Domínici desde Isnotú, 5 de noviembre de 1888).



Esta fue una de las primeras visitas médicas, que a José Gregorio nunca se le olvidó

9. EL PASO DE LOS ANDES

José Gregorio busca lugar donde establecerse. Durante los últimos meses de 1888 y comienzos del año siguiente vuelve a visitar Boconó y Valera, atraviesa los Andes y llega hasta Colón en el Estado Táchira, pero no encuentra condiciones apropiadas, en parte por la oposición de los médicos que ya ejercen en esos lugares, en parte también por el ambiente político que se está formando y que lo va a considerar como enemigo. En Valera tiene muchos amigos:

– Doctor, bájese de esa mula que lo trajo hasta aquí. No podemos permitir que pase adelante como si no nos conociera y no nos estimara como amigos.

– Dios me libre de ser así, queridos amigos. A ustedes los aprecio mucho y no puedo menos de aceptar su hospitalidad. Me tomaré un descanso en Valera.

– No permitiremos que pase usted la noche por esos caminos.

Aquí le tenemos acomodada una buena posada, donde puede usted ahora reponerse del viaje, y para la noche le tenemos reservada una sorpresa.

– ¿Cuál sorpresa, mis amigos? ¿No será visitar algún enfermo grave que ya no tiene remedio?

– Ni Dios lo quiera, doctor, no es esa clase de sorpresa. Bájele de la cabalgadura, aséese y póngase cómodo, que a las ocho lo venimos a buscar.

La sorpresa fue realmente agradable. Era un baile en su honor que duró toda la noche. Las muchachas de Valera se turnaban para ver cuál lograba interesarlo con sus encantos, especialmente María Reimi, la reina de la fiesta, que se había hecho algunas ilusiones desde que José Gregorio bailó con ella un par de meses antes.

A las 4 de la mañana, sin haber dormido, cansado del baile y sudoroso, José Gregorio emprendió el viaje hacia Timotes por la vereda que discurre a orillas del Motatán. Amanecía cuando llegó a avistar en lo alto las primeras casas de Timotes. Allí decidió tomar el descanso que no pudo realizar en Valera.

– Doctor, no pase usted el páramo, que está muy bravo. Hace tres días que no se ve el sol por aquellas alturas y no ha llegado ningún viajero desde Mérida o Santo Domingo. La nieve debe estar pareja po'allá arriba. Mejor se espera una semanita y así nos remedia con su ciencia, que andamos muy necesitados de auxilio.

Esta vez José Gregorio tiene prisa y no se deja conmover. Manda ensillar la mula a su ayudante y emprende con él el camino hacia el páramo. Empieza a subir una cuesta escabrosa y larga hasta dar con un lugar pequeño que mientan Chachopo. Apenas son unas pobres chozas de adobe, con aberturas estrechas por ventanas, para impedir que entre el frío. La vegetación de arbustos comienza a escasear y luego deja paso a unas extrañas plantas de hojas plateadas, que nacen aparentemente a ras del suelo, cubiertas las hojas con una especie de lanilla.

– Frailejón, doctor, así le dicen en estos páramos.

Han parado para tomar un descanso. Son las dos de la tarde y a José Gregorio le parece que estuvieran al final del día, tan poco caliente el sol. Las laderas lisas y grises se coronan en las crestas con grandes manchas blancas de hielo. Siguen despacio el camino.

Al cabo de un rato, el ayudante se detiene con dificultades para respirar. No encuentra aire suficiente y el mismo José Gregorio siente un ligero mareo y náuseas. Se repone, hace que su ayudante se tienda en el frío suelo, le toma el pulso, advierte la disnea o dificultad respiratoria. Al cabo de una media hora de descanso, el muchacho se siente mucho mejor, ya más acostumbrado a la menor cantidad de oxígeno de las alturas. Siguen subiendo lentamente y hasta llegar a lo más alto del valle, en la confluencia de varias laderas que se abren hacia otros valles. Allí, en aquellas alturas de más de 4.000 metros, nacen el Motatán, el Chama y el Santo Domingo. El ayudante arranca grandes planchones de hielo y los estrella en mil pedazos irisados.

– Muchacho, no haga usted eso, que el esfuerzo le puede costar caro. ¿Quiere usted volver a pasar el apuro en la respiración que traía más abajo?

José Gregorio teme en él una hemorragia pulmonar. Se ven varios esqueletos de mulas que murieron emparamadas. Se apresuran a descender el páramo hacia Mucuchíes, porque en la noche sería imposible soportar el frío de las alturas. Llegan al atardecer y se hospedan en una pequeña posada en las afueras. Por la mañana temprano, les saludan con cordialidad.

– Buenos días, doctor, ¿cómo ha pasado usted la noche? Ahora en diciembre hace mucho frío por estas alturas.

– Usted lo dice, no he podido dormir en toda la noche, a pesar de las cobijas. El frío se colaba por cualquier rendija en cuanto me movía un poco.

– Aquí tiene usted un cafecito recién colado. Eso le repondrá. Tómeselo rápido, porque ahí mismo se enfría.

– Gracias, hmmm, esto me va a calentar el cuerpo. ¿Sabe que no he podido lavarme esta mañana temprano? El agua estaba coagulada, puro hielo.

– Así es doctor, estas noches se forma hielo. Ahora mismo le mando a calentar el agua para que se asee.

José Gregorio llega a Mérida varias horas más tarde y la pequeña ciudad le parece acogedora y de excelente temperatura. Se va a quedar cinco días para conocer el ambiente y dejar descansar a las bestias. Por la tarde le llevan una hermosa tarjeta escrita y decorada con elegancia:

“El presidente del Estado Mérida y los miembros de su gobernación tienen el agrado de invitarle al baile de gala de fin de año, que tendrá lugar esta noche a partir de las 8 en los salones del palacio de gobierno.

Mérida 31 de diciembre de 1888”.

José Gregorio se queda asombrado de la cortesía merideña y se dispone a atender la invitación. Pide que le planchen el traje azul oscuro y la corbata negra que le hacen ver más elegante. No en vano es doctor en medicina y quiere causar buena impresión a la sociedad merideña.

Lo pasa bien durante la velada. Le agradan la suavidad de los modales, la timidez de las muchachas, el vestido de las mujeres y el atuendo de los hombres, un poco anticuados en comparación de lo que conoce en Caracas y aun en Valera. Cuando suenan las doce campanadas todo el mundo hace silencio. José Gregorio piensa en las personas que quiere, en su padre y en sus hermanos, en su gran amigo Dominici, y tiene un fugaz recuerdo para su amiga María Reimi. Piensa en todos los sucesos alegres y tristes del año que concluye, el más importante y agitado de su vida. Musita una oración:

– Dios mío, haz que todas las personas que quiero sepan vivir como tú lo mandas. Bendícelos y guíalos, y bendice especialmente a mi madre, que yo sé que está contigo y reza por mí.

Unos jóvenes le empujan y arrastran de nuevo al baile. José Gregorio hubiera pasado a gusto el resto de la velada sumido en sus pensamientos y recuerdos. Reacciona sin embargo cortésmente y baila con varias muchachas los valeses que están de moda en todas las fiestas de Venezuela.

10. EN PARÍS, COMISIONADO POR EL GOBIERNO

José Gregorio es un hombre dedicado con pasión a la medicina. Manda pedir a París el catálogo de Berthier para estar al día, porque es en Francia donde sabe que está mejor la medicina. Se topa con un caso de envenenamiento de una familia por haber comido unas extrañas caraoatas y quiere enviarle a su amigo Dominici algunas semillas para que las estudie. En fin, José Gregorio Hernández, con los escasos recursos de su tiempo y de la zona donde vive, va cobrando fama de médico competente y dedicado. Pero esto no importa a las autoridades locales. Basta que su padre sea un comerciante medio acomodado y que él haya hecho estudios, para que lo califiquen de godo, de conservador. José Gregorio está ajeno a la política y a los partidos, pero éstos no le dejan en paz.

“Me dijo un amigo que en el gobierno de aquí se me ha marcado como godo y que

se estaba discutiendo mi expulsión del estado, o más bien si me enviarían preso a Caracas; yo pensaba escribirle a tu papá para que me aconsejara en qué lugar de Oriente podré situarme, porque es indudable que lo que quieren es que yo me vaya de aquí, (...) como tú comprendes, sin que yo haya dado lugar a nada, porque solamente me preocupan mis libros”. (Carta a Santos A. Dominici desde Isnotú, 18 de febrero de 1888).

Efectivamente, el 3 de abril de 1889, José Gregorio Hernández se fue de Isnotú, pasó por Maracaibo dos días más tarde, se embarcó hacia Curaçao, Puerto Cabello y La Guaira, y llegó a Caracas el 9 de abril. La decisión de ir a Oriente casi le cuesta la vida. En mitad de la noche notaron que el barco hacía agua:

– ¡Sálvese quien pueda! ¡Nos hundimos todos!

El barco naufraga frente a la costa de Carúpano y José Gregorio se salva auxiliado por un marinero, que le ayuda a llegar hasta la playa aferrado a una lancha. A esa experiencia nunca más alude José Gregorio, como si quisiera borrarla de su recuerdo.

Se repone en Carúpano unos días y regresa a La Guaira y Caracas. Su antiguo profesor Calixto González sabe que el joven doctor Hernández ha decidido regresar de los Andes y establecerse en la capital.

– Este es el hombre que necesitamos. Voy a hablar con el Presidente para que sea el doctor Hernández quien vaya a París a perfeccionarse en los estudios. Su talento y su dedicación reportarán grandes beneficios para la Universidad y el país.

El 5 de julio de 1888, pocos días después de graduarse de doctor José Gregorio Hernández, había asumido la presidencia de Venezuela el doctor Juan Pablo Rojas Paúl. Este presidente tiene ideas progresistas, quiere que mejoren la salud pública y los estudios de medicina. En agosto de ese año emite el decreto de creación de un Hospital Nacional, amplio e higiénico, a la manera de los hospitales franceses, y comisiona a una junta de fomento para que se encargue de la construcción, organización y funcionamiento del hospital. Esta

nueva institución será un modelo para la salud pública, contará con mil camas y llevará el nombre del gran médico José María Vargas.

Muchas innovaciones llevará consigo el nuevo hospital: los estudiantes podrán observar en la práctica el diagnóstico y cuidado de los enfermos; se instalarán laboratorios para fines científicos y docentes. En julio de 1889 dos resoluciones de Rojas Paúl abrirán las puertas a la medicina moderna en Venezuela: la fundación de cátedras de Microscopía, Bacteriología, Histología Normal y Patológica y Fisiología Experimental. La segunda resolución manda que, para hacer efectiva la primera, se envíe a París a un joven médico de talento, para que se prepare con los doctores más eminentes, e implante al regresar los estudios más avanzados, comprando el material que haga falta. El candidato debe ser seleccionado por el Ejecutivo Nacional.

El criterio del doctor Calixto González es determinante para la elección del joven doctor José Gregorio Hernández como becado a París por el Ejecutivo. Tomada la decisión, lo manda llamar:

– Doctor Hernández, tengo una propuesta que hacerle de parte del gobierno. El presidente quiere que usted se encargue de formarse en París el tiempo que sea necesario, a fin de sacar nuestra medicina del atraso en que está. Usted deberá informarse bien sobre los microscopios y otros aparatos necesarios, para comprarlos y traérselos a su regreso. Contará usted con una pensión mensual de 600 bolívares. ¿Qué respuesta me da?

José Gregorio se queda mudo por el momento. Sus sueños se van a hacer realidad de la manera más inesperada. Con la voz velada por la emoción acepta la propuesta y corre enseguida a darle la noticia a su gran amigo, el joven doctor Dominici:

– París, París, qué gran suerte amigo mío. Pero no es suerte, porque bien te lo mereces. Allá vas a conocer al gran Émile Roux, el discípulo de Louis Pasteur. Infórmate bien de los trabajos de estos dos grandes hombres, que tanto han hecho para dominar el cólera

y el garrotillo, que acaban con tantas vidas. ¡Tienes que conocer y aprender tantas cosas!

– Sí, amigo mío, la Providencia ha querido que yo vaya a Francia, cuando debías ser tú el que debía ir. Pero estoy seguro de que pronto me seguirás. He recibido ya algún dinero para la adquisición del instrumental necesario y salgo en barco desde La Guaira a principios de octubre. Dios y su bendita Madre me protegerán y me harán retornar con bien.

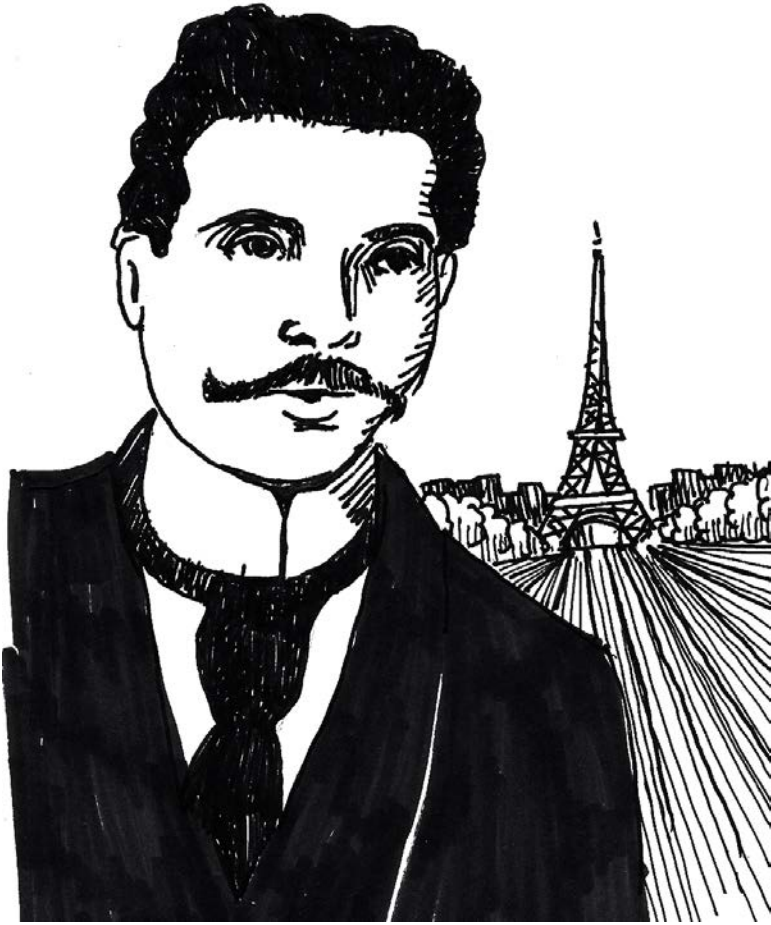
– No lo dudo en ningún momento, porque esperamos mucho de ti, José Gregorio. Sígueme escribiendo con tu constancia acostumbrada e infórmame de las novedades. Antes era yo el mejor informado, ahora serás tú el que nos ayude a todos.

La travesía en un barco de vapor francés dura más de un mes, con escalas en La Habana y Vigo y arribada a Le Havre, entre las brumas del otoño. José Gregorio absorbe con avidez todas las novedades en el barco: el modo de vestir de los caballeros, las inflexiones del idioma que trata de practicar y que le dicen que habla bien. Al llegar a tierra, conoce el ferrocarril y se admira de la campiña francesa, de su verdor húmedo que le recuerda los Andes. En París le han recomendado que se hospede en una pensión del barrio latino, cerca de la Plaza Maubert y el Boulevard Saint Germain.

Al día siguiente se dirige a pie al laboratorio de Histología y Embriología de la Facultad de Medicina de París. Se presenta al profesor Mathias Duval y le entrega las cartas de recomendación de las autoridades venezolanas.

– Muy bien, mi joven amigo, espero que nos entendamos bien, porque nuestro objetivo es el mismo: arrebatarse a la naturaleza sus secretos, para el progreso de la medicina. Mañana mismo me acompañará usted en la disección de un embrión de pollo y estudiará los tejidos que lo conforman. Hasta mañana, monsieur.

José Gregorio se palpa las ropas. Casi no se cree que está en París, realizando su sueño. Antes de dormirse, agradece a Dios este regalo y promete aprovecharlo.



*¡París, París, qué gran suerte amigo mío! Pero no es suerte,
porque bien te lo mereces. Allá vas a conocer al gran Émile Roux,
el discípulo de Louis Pasteur*

11. JOSÉ GREGORIO SE FORMA EN PARÍS

El profesor Duval enseña al joven doctor Hernández a mirar a través del microscopio y a interpretar lo que ve. Hernández se asombra al comprender la estructura de la célula y al aprender a distinguir una célula enferma en un tejido. Le introduce en los mecanismos de la fecundación, le prepara para que se haga un experto en histología o estudio de los tejidos orgánicos. El joven discípulo aprende con él a seccionar los tejidos y a colorearlos para facilitar su observación, y todo esto le sumerge en un estado de ánimo elevado, de admiración por las maravillas de la naturaleza creada por Dios. Su profesor no participa del espíritu religioso de su alumno, pero no puede menos de admirar su fe.

Entre los profesores del laboratorio de la Facultad de Medicina de París ya es conocida esa figura menuda y discreta, que les saluda cortésmente y luego se

sumerge horas enteras en su trabajo. No saben dónde está Venezuela, simplemente hablan de él como del joven doctor sudamericano. El profesor Charles Richet le recibe en su laboratorio de Fisiología Experimental. Después de unos meses firma con gusto el certificado de aprobación:

“El Doctor Hernández ha trabajado en mi laboratorio y seguido mis cursos con mucho celo y asiduidad. Quiero así dar un testimonio de su ardor por el trabajo...”.

El joven doctor Hernández no tiene tiempo ni reposo para escribir cartas ni para divertirse en esa ciudad cosmopolita, capital del mundo de entonces. Hace pocos meses que tuvo lugar la Exposición Universal, para la que el ingeniero Eiffel construyó la famosa torre metálica que lleva su nombre. José Gregorio no se molesta en visitarla. Sólo tiene tiempo para leer, para contrastar lo leído con la observación, para reflexionar. Interroga a sus profesores, se va formando como científico metódico y riguroso. Sus mentores están satisfechos.

Se pone en contacto y admira la obra de Claude Bernard, el mejor médico experimentalista que produjo Francia en el siglo XIX. Piensa que podrá introducir en Venezuela la medicina experimental, que observará y diagnosticará con cuidado las enfermedades comunes, que examinará los tejidos enfermos, que probará nuevos medicamentos. El tiempo se le pasa muy rápido al contacto con tanto conocimiento nuevo y tantos enfoques distintos. Su cabeza hierve de ideas y le falta tiempo para absorber, leer, conocer, imitar a los grandes, aventurarse, soñar.

Un nuevo campo de conocimiento y experimentación se abre para el doctor Hernández en febrero de 1891. Bajo la guía del doctor Isidore Strauss, profesor de Patología Experimental y Comparada, ingresa en su laboratorio. Se pone en contacto con el conocimiento de las bacterias, esos microorganismos unicelulares, y aprende a distinguir sus diversas clases y los trastornos que ocasionan. Pasteur, con sus trabajos sobre la fermentación y la putrefacción, había

contribuido 30 años atrás al conocimiento preciso de las bacterias, y sus descubrimientos fueron aplicados a la desinfección por Lemaire y Lister. José Gregorio aprende a esterilizar y a cultivar las bacterias, y se asombra de que haya vida tan activa en seres microscópicos. Piensa que podrá contribuir mucho con la medicina en Venezuela, si introduce estos estudios y los aplica a la curación de tantas enfermedades contagiosas.

Pasan unos meses y José Gregorio sabe que está listo para regresar. Ya el 8 de diciembre del año anterior había escrito una comunicación oficial al Ministerio de Instrucción Pública, comunicándole que en mayo del año siguiente terminaría la misión encomendada:

“Me es sumamente grato el participar a usted que en el mes de mayo próximo terminará la difícil a la par que honorífica misión que el ministerio que usted tan dignamente dirige me confiara el primero de agosto de mil ochocientos ochenta y nueve, y, pronto a realizar el objeto primordial de esta misión, es decir, la introducción en nuestro país de los estudios que constituyen el principal orgullo de la ciencia moderna, me apresuro a enviar a usted la lista de los aparatos e instrumentos necesarios para la fundación del Laboratorio de Fisiología experimental de la ilustre Universidad Central de Venezuela.

Presa de la mayor emoción, ciudadano ministro, yo contemplo este gran acontecimiento, para nuestro país, de la creación de un instituto que estará al nivel de los más adelantados del mundo científico, puesto que será una copia exacta del mismo Laboratorio de la Facultad de Medicina de París...”

José Gregorio es perfectamente consciente de la trascendencia de la misión que ha cumplido y de la importancia de su trabajo futuro en Venezuela. Da gracias a Dios por ello y se dispone a regresar al país para empezar su labor. Pero su prisa por regresar no será satisfecha de inmediato.

Los instrumentos, aparatos y materiales que se necesitan para establecer el Laboratorio de Fisiología Experimental, junto con los 40 libros más indispensables, se fabrican y obtienen, como es

natural, en Francia, pero hay que encargarlos con tiempo para que los fabriquen. José Gregorio está impaciente: no llega la autorización ni el dinero de Caracas. Por fin, arriba en mayo la comunicación oficial, fechada el 21 de abril. El Consulado General de Venezuela en París recibe la orden de facilitar los gastos, que ascienden a 12.885 bolívares. Inmediatamente contacta a los fabricantes y estos le comunican que necesitan al menos tres meses para construir los cuatro microscopios Zeiss, los condensadores, los manómetros y demás materiales solicitados. José Gregorio hubiera querido ir a Berlín a profundizar sus conocimientos de histología patológica, pero tiene que esperar a la fabricación de los aparatos y regresar inmediatamente a Venezuela.

Así lo hace en septiembre de 1891. El viaje de regreso se le hace corto, después de dos años de estancia en Europa. Ya va a cumplir 27 años y su rostro juvenil, la seriedad de su porte y su atuendo elegante son los que corresponden a un médico formado en los centros del saber más avanzado.

Al subir de La Guaira a Caracas va repasando los recodos de ese camino que ya conoce bien después de haberlo ascendido varias veces. Sabe que ya no está de presidente Juan Pablo Rojas Paúl, que fue quien le envió a París, sino Raimundo Andueza Palacio. No le preocupa el cambio de gobierno, confía en que los planes de mejorar la enseñanza de la medicina no se verán afectados. Así ocurre efectivamente: la continuidad administrativa permite que Venezuela quede beneficiada. Tal vez influye en ello que el nuevo presidente sea también médico y comprende la importancia de los decretos de su predecesor.

El 4 de noviembre de 1891 el presidente Andueza Palacio dicta el decreto de creación de las cátedras de Histología Normal y Patológica, Fisiología Experimental y Bacteriología y manda instalar el laboratorio comprado en Europa. El 6 de noviembre el rector de la Universidad Central, doctor Elías Rodríguez, da posesión de las cátedras al doctor Hernández. Comienza en ese momento la

12. EL JOVEN DOCTOR SATISFACE LAS EXPECTATIVAS

etapa contemporánea científica de la enseñanza de la medicina en Venezuela.

Al salir de la casa de doña Matilde, en la Pastora, el doctor Hernández hace la señal de la cruz. Es lo que acostumbran a hacer los buenos cristianos de entonces, para que Dios les libre de los peligros y les impulse a las buenas acciones. Va descendiendo por la calzada de tierra hasta llegar al puente de madera que cruza el río Catuche y que une La Pastora con el resto de la ciudad. Es un día fresco y soleado, como corresponde a enero. José Gregorio se ha levantado temprano, ha rezado sus oraciones con pausa y devoción, y se ha puesto a leer uno de los libros que trajo de París sobre anatomía del cuerpo humano. No le hace falta escribir la traducción del francés, porque recuerda muy bien su contenido, que por la tarde impartirá a los alumnos, los primeros que tiene en la Universidad. Sale a dar un paseo,

a despejar la mente. Tal vez se acerque a Catedral o a Santa Capilla; dejará que sus pasos se encaminen libremente.

– Doctor Hernández, ¡cuánto gusto en saber que ya regresó! Usted no me conoce, pero yo soy paisano suyo, de los Andes. Era amigo de su papá, de los tiempos de Boconó, cuando usted todavía no había nacido. Mi nombre es Carvallo.

– Mucho gusto, señor Carvallo. Sí lo conozco a usted de referencias, porque mi padre lo nombraba a usted con frecuencia, y también hablaba de la amistad y de la ayuda que nos dio. Aquí me tiene usted a la orden para lo que pueda servir.

– Pues mire que voy a aprovechar la ocasión. Sabe usted, yo tengo un hijo un poco mayor que usted, que está con fiebres desde hace varios días. El médico que le visita le ha puesto algunos remedios pero me gustaría que usted nos lo viera, doctor Hernández.

– Con mucho gusto, señor Carvallo. Déme su dirección y esta tarde los visitaré al concluir mis clases en la Universidad.

Es su primer paciente en Caracas y no tiene dudas en diagnosticarle un tifus después de tres visitas, al observar que no le baja la fiebre después de suministrarle un purgante con sulfato de sodio. Hay que bañarlo dos veces al día y darle alimentos suaves. Poco a poco el enfermo se va recuperando y la familia Carvallo no olvidará la amabilidad del joven doctor.

Se hace un respetuoso silencio en clase al entrar el profesor. Desde las primeras lecciones se vio claro que está bien preparado y que imparte sus lecciones con entusiasmo:

– La histología es conocida desde la antigüedad por las obras de Aristóteles, Hipócrates y Galeno, pero sólo en los tiempos modernos se ha convertido en una ciencia. Díganme ustedes: ¿qué tienen de común en un cuerpo humano la piel, la sangre y los nervios? Pues que constituyen tejidos, es decir, sistemas vivos y organizados que cumplen funciones especializadas...

Les muestra unos dibujos, pero sobre todo les anima a que observen directamente en los animales superiores los diferentes tejidos:

– No teman mancharse con la sangre si van al matadero. La sangre es un tejido especial, maravilloso, único. Es un tejido circulante por las arterias y venas, que tiene como función alimentar las células del organismo.

Las explicaciones del joven doctor son vivas y claras, y los alumnos sienten que aprenden mucho en sus clases.

Ya han pasado algunos meses desde el comienzo de su ejercicio profesional. Decide tomar un asistente de cátedra, a semejanza de lo que él mismo hizo en París con Duval, Richet y Strauss. Elabora un concurso de oposición y pide voluntarios para presentar el examen. Prácticamente todos los alumnos lo hacen y él tiene dificultades para elegir al mejor. Se decide por el bachiller Andrés Herrera Vargas, a quien encomienda disponer las láminas y preparar los colorantes y reactivos que se van a usar en las clases.

– Bachiller, aquí tiene usted cincuenta bolívares que han de bastar para comprar los reactivos que necesito estas dos semanas. Usted me dará cuenta de cómo los gasta y yo le daré mas dinero a medida que haga falta. ¿Sabe usted dónde comprar los materiales?

– Sí, doctor, en la botica de Alta gracia, donde usted me llevó el otro día. Descuide, que todo estará listo antes de las clases.

Así lo hace el preparador, para satisfacción del joven profesor, que va teniendo gran prestigio. Su rutina de vida y de trabajo ya está establecida y no la abandonará por años. Cada día la recuerda por la noche, unos minutos antes de dormir, en los que repasa mentalmente lo que fue el día transcurrido.

“Hoy me levanté como siempre a las 6 y media. Hice mi rato de oración para que el Señor me ilumine y me ayude, aunque debo reconocer que me distraje más de lo acostumbrado. Tomé mi desayuno que siempre me prepara con tanto amor mi tía María Luisa.

Es verdad que perdí pronto a mi madre, pero el Señor me regaló en ella una segunda madre. Salí a visitar a los enfermos a las ocho, como todos los días. El señor Sánchez está orinando con demasiada frecuencia y eso me huele a diabetes avanzada. Mañana le llevaré la infusión que le prometí. Luego fui al hospital y recorrí las pacientes con cistitis y enfermedades de la mujer. La señora Lucinda no va a durar mucho; creo que sus hijos lo saben porque estaban todos allí. A las 12 me retiré a la casa para almorzar y reposar. Hoy estaba cansado del recorrido y me costó subir la cuesta. Reposé después del almuerzo y realmente me hacía falta. Hoy no tenía clase en la Universidad y atendí a los enfermos que vinieron a la consulta, que fueron tres. Después preparé las clases de mañana con ese excelente autor que compré en la librería Hachette de París. Tengo que hacer lo que él recomienda para observar mejor el tejido enfermo que le extraje a la señora Lucinda. Mis alumnos lo verán con toda claridad y creo que me servirá para mejorar los diagnósticos.”

El joven doctor se queda dormido sin terminar el recuento de su día. Es uno más en la rutina altamente profesional y benefactora que lleva con satisfacción el joven doctor Hernández.

– ¡Buenos días nos dé Dios! ¿Se puede pasar?

– Por favor, doctor, está usted en su casa. Pase adelante hasta la habitación donde está mi niño. La puerta de la derecha, por favor.

– ¿Cómo está este enfermito? Ya verás qué pronto podrás volver a correr. ¿Me han recogido ustedes todo lo que les dije?

El doctor se acerca a la ventana y examina atentamente a través de la luz un frasco con los orines del niño. Luego se acerca a la cama, se inclina sobre el muchacho, pone el oído pegado al tórax. Lo hace despacio, casi solemnemente, y mira con afabilidad al enfermo:

– Señora Luisa, este hijo suyo decidió tomarse una vacante y ahora nos viene con el cuento de que está enfermo. A ver, muchacho, desabróchese los pantalones que voy a ver qué tiene usted dentro de ese vientre abultado.

Saca un pañuelo limpio, lo coloca sobre el abdomen, inclina la cabeza y aplica el oído para escuchar. Queda pensativo un rato, y al fin pronuncia su veredicto:

– Este muchacho está más sano que yo. Tiene una indigestión de algo que comió en exceso y no le cayó bien. Quién sabe si fue con sus amigos a comer mango verde robado por ahí. Déle este purgante que es bueno, y que no coma nada hasta mañana. ¿Está claro, muchachito? En el pecado llevas la penitencia, así que ya aprendió para el futuro. Si puedo mañana, me doy una vuelta por aquí.

– Gracias, doctor, ¿cuánto le debo por su visita?

– Nada, nada, señora Luisa. Compre usted el purgante, porque el que le di ya se está acabando. Mañana nos veremos.

La señora Luisa no sabe de dónde sacará la plata para comprar la

13. ¿QUÉ ES LO QUE HICE MAL, DIOS MÍO?

medicina. Pronto caerá en la cuenta de que el doctor le ha dejado al salir unas monedas encima de una silla.

La experiencia de la muerte de los seres queridos marca profundamente al ser humano. En algunos casos produce aturdimiento, desolación, vacío; en otros, resignación y profundidad de espíritu. José Gregorio fue muy pronto sacudido en su vida por las muertes de las personas más queridas y cercanas a su corazón. Primero la madre, cuando apenas tenía 8 años aún no cumplidos. Después le tocó la muerte de su padre Benigno, más dolorosa aún por encontrarse él tan lejos, en París. Ocurrió en marzo de 1890 y le dejó gran pesar no haber podido estar con los suyos en esos momentos. Lo refiere en carta a su amigo Domínici un año más tarde:

“...sintiendo la necesidad de comunicar contigo en estos momentos tan tristes para mí,

puesto que hace un año sucedía aquella espantosa desgracia, que todavía me parece estar en los días primeros de duelo, tanto que todavía yo no he tenido el consuelo de volver a encontrarme al lado de mi familia, como porque este es uno de aquellos pesares que sólo el tiempo puede ir mitigando...”

(Carta a A.S. Dominici desde París, el 8 de marzo de 1891).

Pero todavía estaba menos preparado para otra muerte, en la que él participó de manera más cercana, la de su hermano menor:

– Doctor, ahí afuera está su hermano, que pregunta por usted.

– Pero hazlo pasar, por Dios, si ya lo conoces... César, ¿qué pasa? ¿Por qué traes esa cara?

– Ven, José Gregorio, que José Benjamín no está nada bien.

– Ahora mismo voy. Tía, dígales a los pacientes que espero esta tarde que me disculpen, que voy a ver a mi hermano enfermo.

Benjamín presenta un cuadro de fiebre amarilla, que José Gregorio advierte enseguida por el color amarillento de la piel de su hermano. Su fiebre es alta, aunque no ha tenido mucha hemorragia gástrica. José Gregorio se molesta porque no le han avisado antes: ya la enfermedad tiene varios días y Benjamín está débil. Le receta salicilato y un compuesto para bajar la fiebre. Le manda tomar mucha leche para bajar la ictericia. Se va preocupado, pero tranquilo, dada la fortaleza de su hermano, que dentro de 7 días cumplirá 24 años.

Al día siguiente por la mañana su hermano agoniza. José Gregorio le toma el pulso y reza con intensidad. No sabe por qué no funciona el tratamiento, por qué es tan crítico el cuadro de su hermano. Al comenzar la tarde su hermano empeora, la fiebre sube a 41 grados y delira, con gran sufrimiento de todos los que le rodean. Por la noche, fallece ante la consternación de su familia reunida junto a su cama. José Gregorio, impotente, ve morir a su hermano preferido, sin que sus conocimientos y sus esfuerzos hayan servido para nada. Durante varios días se sumerge en un aislamiento y una tristeza grandes, de

los que sale para asistir a las misas de novenario. Internamente se recrimina sin hallar consuelo ni respuesta:

– ¿Qué es lo que hice mal, Dios mío? ¿Por qué mi hermano Benjamín?

Solamente la fe religiosa y la confianza en un Dios amoroso que sabe lo que es mejor, le ayudan en estos momentos de oscuridad. Sus alumnos y sus pacientes respetan el dolor de su profesor y de su médico, y desean que pronto restablezca sus actividades habituales.

Otras veces se vería enfrentado José Gregorio a la muerte en su familia cercana: su hermana María Sofía cuatro años después, en 1898, y su otra hermana Josefa Antonia, en 1907. Demasiadas desapariciones de seres queridos, que obran sobre el joven doctor como una cátedra permanente acerca del sentido de la vida, de la fugacidad del bienestar, de la caducidad de las cosas. Todos estos acontecimientos, y la misma condición de hermano mayor, tan importante en los Andes de esa época, ahondan en él los rasgos que mostró desde pequeño: amabilidad y seriedad, responsabilidad y exactitud, generosidad y desprendimiento, religiosidad muy profunda.

Esta es su visión de la vida que va madurando poco a poco y que pone por escrito en unas notas, escritas los fines de semana, cuando dispone de un poco más de holgura para leer y meditar. Con el tiempo irán madurando sus pensamientos y los entregará a sus alumnos en forma de libro, porque pensará que el futuro médico debe partir de una sólida formación filosófica y moral, para que trate a los pacientes como seres humanos dignos de toda atención y respeto. La obra se titulará “Elementos de filosofía”, que será publicada en 1912 por la Tipografía Empresa El Cojo, y conocerá ese mismo año una segunda edición corregida y aumentada. En cuánto estimaba esta obra el propio José Gregorio, lo expresa él mismo en carta a su amigo de siempre:

“... para todo el mundo este libro no es otra cosa que un resumen banal de filosofía, pero a ti te confieso que esa pequeña obra es casi

una confidencia, pues en ella están tratadas las cosas que más he amado en mi vida, son mis más caros afectos que lanzo a la calle” (Citado por Suárez y Bethencourt, p. 134).

La obra está escrita en el estilo didáctico de un manual de aprendizaje, clara en la exposición de los temas, tratados a partir de esquemas clásicos que hoy día resultan excesivamente escolásticos y tajantes. Son el apoyo conceptual para una experiencia vital rica y profunda.

José Gregorio sigue enteramente dedicado a sus clases y a su actividad como médico cuando se aproxima el fin de siglo. Sus clases no son en modo alguno repeticiones desmañadas de textos franceses, entonces en boga. Por el contrario, la estancia en París le ha inoculado el virus de la investigación, que no podrá cultivar como él quisiera, pero que aflora de vez en cuando en trabajos prometedores.

Envía al Primer Congreso Panamericano de Washington, en 1893, un trabajo sobre el número de glóbulos rojos en la sangre humana. Es un estudio de casos realizado en 25 estudiantes de medicina, que se han prestado voluntariamente para la investigación. Son jóvenes entre 16 y 20 años y el investigador Hernández encuentra en ellos un número excesivamente bajo de glóbulos rojos. ¿A qué se debe este hallazgo sorprendente? José Gregorio elabora una hipótesis: los habitantes de las regiones intertropicales necesitan menos glóbulos rojos que en otras regiones más templadas de la tierra. Es una hipótesis atrevida, que necesita por supuesto estudios más generalizados para que pueda ser aceptada. José Gregorio lo sabe y por eso solicita al Ministerio de Instrucción Pública que interceda ante las autoridades del ejército para que le permitan medir el número de glóbulos rojos en soldados. Basta practicar una pequeña incisión en el dedo como si fuera una ligera picadura. José Gregorio sueña con este proyecto, pionero en la investigación médica venezolana. No recibe respuesta a su solicitud y la investigación muere en sus inicios.

14. LA POLÉMICA CON EL DOCTOR LUIS RAZETTI

El doctor Luis Razetti es una de las figuras más importantes de la medicina en Venezuela y la más significativa en el área clínica de comienzos del siglo XX. Apenas dos años mayor que José Gregorio, descendía de un comerciante genovés establecido en Caracas y de una nieta del licenciado Miguel José Sanz. Se gradúa de doctor en medicina y cirugía en 1884, cuatro años antes que José Gregorio. Después de estrenarse como médico por tierras de Lara, Zulia y los Andes, va a perfeccionarse en París y se hace amigo de José Gregorio, a quien siempre va a estimar y admirar profundamente, a pesar de sus diferencias de pensamiento. Luis Razetti pasa cuatro años en París y allí estudia con pasión y se hace adepto de la escuela francesa, la mejor del momento. También admira a Santiago Ramón y Cajal, a Charles Darwin y a Ernesto

Haeckel, estos dos últimos, conocidos por sus ideas evolucionistas. Al regreso a Caracas da gran impulso a la medicina operatoria, funda el Colegio de Médicos de Venezuela y se hace famoso como cirujano y como obstetra. Funda también la Academia Nacional de Medicina en 1904 y es su secretario perpetuo hasta su muerte en 1932.

Luis Razetti es un hombre apasionado y polémico, que cree ver las cosas con toda claridad y exige que los demás asientan con él. Por eso decide, como secretario de la Academia, lanzar una polémica sobre el origen y descendencia de la vida sobre la tierra, y quiere que todos sus colegas médicos se pronuncien sobre el tema. Es el 1º de septiembre de 1904 y Razetti afirma con énfasis ante sus colegas reunidos:

“La doctrina científica que explica el origen y desarrollo de los seres organizados por descendencia no interrumpida, desde la más simple combinación de la materia en sustancia viva, hasta las formas más complicadas de la animalidad, está hoy universalmente aceptada por todas las escuelas y la proclaman los más famosos sabios desde las más altas cátedras del saber humano” (Citado por Suárez y Bethencourt, p. 160-1).

Se trataba de explicar el origen, el desarrollo y la descendencia de la materia viva en la tierra. El evolucionismo explicaba que toda la vida sobre la tierra, incluida la humana, procede por descendencia no interrumpida desde la más simple combinación de la materia en sustancia viva. Era la doctrina propugnada por Juan Bautista Lamarck y apoyada por Charles Darwin. Los académicos se sienten incómodos ante la insistencia de Razetti de que se definan. Lo ven como algo innecesario, que agria los ánimos y no conduce a nada. Pero Luis Razetti se siente como un apóstol de la verdad científica y quiere que todos la acepten como él la ve. El 15 de abril de 1905 envía una circular a los académicos instándoles a definirse:

“La Academia... debe declarar cuál es la doctrina que acepta para explicar el origen, desarrollo y descendencia de la materia viva en la tierra... La decisión de la Academia estará de acuerdo con el criterio

de la mayoría de los que tomen parte en la discusión, quedando los demás en libertad de salvar su voto si no se consideran con fuerzas suficientes para tomar parte en la lucha.

Suplico a usted como colega y amigo se sirva releer mis conclusiones... y tenga la bondad de decirme por escrito en un corto resumen y con toda ingenuidad, si usted cree que, de acuerdo con el estado actual de los conocimientos biológicos, estas conclusiones son o no son legítimamente científicas. Esta exigencia amistosa no obsta para que, si así conviene a sus intereses, se abstenga usted de emitir una opinión categórica y prefiera más bien eximirse”. (Citado por Suárez y Bethencourt, p. 162).

Los académicos consienten en pronunciarse sobre el tema y el resultado indica la ascendencia que tiene Razetti. De los 35 académicos que votan, 25 se pronuncian a favor, 4 en contra y 6 se abstienen. José Gregorio está por supuesto en contra de la opinión de Razetti y expresa así su parecer:

“..Hay dos opiniones usadas para explicar la aparición de los seres vivos en el Universo: el Creacionismo y el Evolucionismo. Yo soy creacionista. Pero opino además que la Academia no debe adoptar como principio de doctrina ninguna hipótesis, porque enseña la Historia que al adoptar las Academias científicas tal o cual hipótesis como principio de doctrina, lejos de favorecer, dificultan notablemente al adelantamiento de la Ciencia”. (Citado por Suárez y Bethencourt, p. 160-1).

Enorme sentido común muestra José Gregorio en esta respuesta. Exige la libertad de pensamiento frente a las imposiciones doctrinarias y advierte sobre el perjuicio que causa a la ciencia quien pretende imponer hipótesis basadas en ideologías. Así lo entiende más tarde la misma Academia, que en definitiva se inclina por la prudencia:

“Las decisiones que adopte una Corporación como ésta, deben de ser dictadas por un espíritu de imparcialidad y de prudente reflexión, que ni permite aceptar como legítimo lo que carezca del sello de la sanción universal... ni rechazar tampoco por injustificados prejuicios las valiosas opiniones que la ciencia con el carácter de verdades

haya adquirido... que aunque bien pueden caber en la órbita de lo verosímil, no por esto se hallan investidas de toda la severa autoridad que les otorgaría una certeza absoluta... Los pasos de avance en... los senderos científicos han sido frecuentemente marcados con juiciosas rectificaciones, que a menudo han obligado a abandonar por erróneo, lo que anteriormente se tenía por hechos comprobados... Penetrada la Academia del deber en que está de pronunciar su decisión de acuerdo con el alcance de los conocimientos adquiridos hasta el presente... declara: Que los fundamentos que sirven de base a las mencionadas conclusiones son una consecuencia legítima de lo que la ciencia actual enseña; sin que se entienda que la Academia les presta con su autoridad el carácter de una verdad indiscutible”. (Citado por Suárez y Bethencourt, p. 163).

No se cierra con esto definitivamente la polémica. Con motivo de la publicación en 1912 de la obra del doctor Hernández *“Elementos de filosofía”*, retoma el doctor Razetti el mismo tema, sintiéndose apoyado en sus ideas evolucionistas por el propio doctor José Gregorio Hernández:

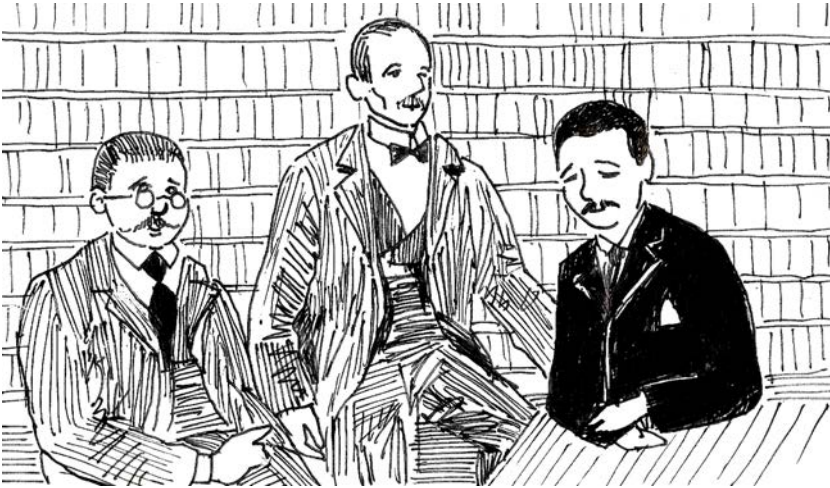
“El doctor Hernández, deísta, animista y católico ortodoxo – pero también hombre de ciencia – hace en su libro declaraciones tan explícitas a este respecto, que no puedo prescindir de resumirlas aquí y de presentarlas a mis antiguos adversarios, como la mejor condenación de los sofismas y errores científicos que llenan los escritos que opusieron a mis francas y sinceras opiniones y creencias, sobre los principios de la biología general...” (Citado por Suárez y Bethencourt, p. 163).

Efectivamente, José Gregorio había manifestado en su libro cuál era su opinión sobre la controversia entre el creacionismo y el evolucionismo:

“La teoría llamada doctrina de la descendencia... es mucho más admisible desde el punto de vista científico... explica mejor el encadenamiento de los seres que pueblan el mundo, y puede armonizarse con la Revelación... La primera operación de Dios... fue la creación de las fuerzas físicas y de la materia... y por una lenta y gradual evolución, se formaron los mundos siderales y también

el nuestro... Luego creó Dios la vida... apareció la vida vegetal... su cuna fue el fondo del océano. En él aparecieron algunas formas elementales, de las cuales habrían de derivarse en una evolución no interrumpida, las especies zoológicas actuales, con todos sus representantes... Después creó Dios los demás animales de la Tierra. Aparecieron... algunos tipos de muy simple estructura de ellos se fueron derivando los otros por las transformaciones debidas al medio". (Citado por Suárez y Bethencourt, p. 164).

Se muestra así José Gregorio increíblemente avanzado para su tiempo, presentando una visión del creacionismo que sólo se admitirá por la Iglesia oficial cuarenta años más tarde, en tiempos del papa Pío XII. Nadie dentro o fuera de la Iglesia pone en cuestión la equilibrada posición de José Gregorio, que gana cada día más aprecio entre sus colegas, cualquiera sea la posición religiosa que éstos tengan.



El 25 de junio recibe el reconocimiento público, a través del periódico El Constitucional, del Dr. Luis Razetti, por su obra Elementos de Bacteriología.

15. UNA NOTICIA QUE SACUDE CARACAS

La vida del doctor José Gregorio Hernández es casi la de un monje, aunque sólo lo saben los que viven cerca de él. Se levanta cada día muy temprano, asiste a misa, con frecuencia en la iglesia de Las Mercedes, trabaja toda la jornada en las visitas médicas y en las clases, se recoge temprano a su casa, hacia las 8 de la noche, y en su cuarto se dedica a orar y leer, alumbrado por una lámpara de kerosene.

Alguno de sus pacientes quiere obsequiarle:

– Doctor, le invito a compartir una cervecita conmigo, aquí en mi casa.

– Gracias, amigo, pero no me gusta la cerveza. Nunca tomo sino agua o jugo de frutas. Es más sano para el cuerpo y eso es lo que acostumbro desde que era joven.

El buen hombre espera el día de San José, onomástico del doctor, y le envía una hermosa canastilla

de frutas, con mangos, guayabas, guanábanas, granadas y otras frutas exquisitas. Una nota escrita a mano expresa su admiración y agradecimiento. José Gregorio, apenas recibe el obsequio, lo reparte entre los familiares y amigos que le visitan ese día.

Con frecuencia ayuna, aunque lo hace con disimulo, pretextando cansancio o poco apetito. Algunas veces se ha podido escuchar a través de las paredes de su alcoba el rumor de una disciplina azotando su cuerpo. No es extraño que le tengan como a una persona muy espiritual y entregada a Dios, y que despierte admiración en los que lo tratan.

Tiene tiempo para todo. Además de sus obligaciones profesionales decide participar con otros en la fundación del Centro Católico.

– Doctor, usted nos honraría mucho si fuera el director del Centro. Ya sabemos que tiene muchas ocupaciones, pero...

– Nada, nada, el honor es para mí. Acepto. En cuanto al tiempo, cada uno busca tiempo para aquellas ocupaciones que realmente le interesan.

Lo que no sabrán otros, sino solamente el tesorero del Centro, al que impone secreto, es que el alquiler de la casa donde funcionan, lo mismo que los objetos necesarios para llevar actas y cuentas, los pagará él de su bolsillo durante largo tiempo.

– Padre Colmenares, ¡qué gusto de verle por aquí! ¿Viene a officiar como el año pasado la Semana Santa?

– Sí, doctor, y tengo que pedirle el mismo favor del año pasado. Si usted quiere ayudarme a redactar mis sermones, se lo agradecería de corazón. Usted sabe que no soy muy bueno con la pluma...

– Descuide, padre, con mucho gusto lo haré. Ahora descanse y refréscuese, que el calor es grande estos días. Menos mal que aquí en esta casa corre más brisa que en otras partes de Caracas.

Por la noche recibe el padre Colmenares siete páginas bellamente escritas que contienen el sermón del Domingo de Ramos. En días

sucesivos le irá entregando el sermón del Nazareno, de la Eucaristía, de las Siete Palabras y de la Resurrección. El padre Colmenares no sabe cómo agradecerle:

Doctor, usted es una eminencia. Mi sermón, mmm, su sermón les gustó tanto que me han pedido que lo repita en otras iglesias. Que Dios lo bendiga y le premie por su talento y su generosidad.

Aparece en 1906 un libro escrito por el doctor Hernández, en el que recoge sus conocimientos y experiencia en el estudio de las bacterias, un resumen de las lecciones que él dicta desde 1891, año de la fundación de la cátedra. Lleva como sencillo título “Elementos de Bacteriología” y está impreso en la tipografía Herrera Irigoyen y Compañía.

El libro está pensado para ayudar a los estudiantes a entender la clasificación, la estructura y la morfología de los microbios. Muestra cómo hacer preparaciones microscópicas, realizar cultivos y experimentar con tejidos animales. Su finalidad es enseñar a combatir las enfermedades infecciosas más comunes, cuyas causas comienzan por fin a ser conocidas.

Los colegas del doctor Hernández, y en particular el doctor Luis Razetti, no tienen sino elogios para la obra. Razetti amplía su comentario, aparecido en el periódico El Constitucional el 25 de junio de 1908, hasta convertirlo en un elogio general y cumplido a la persona del doctor Hernández.

“Íntima satisfacción hemos experimentado al leer el libro con que acaba de enriquecer nuestra bibliografía científica el modesto e ilustrado profesor de la Universidad y Miembro de la Academia de Medicina, doctor José Gregorio Hernández, amigo y colega de todo nuestro aprecio... *Elementos de Bacteriología*... servirá de excelente compañero a los jóvenes que principian los estudios médicos... es un libro eminentemente didáctico y como tal viene a llenar un vacío... su lectura y estudio deben recomendarse a todo aquel que desee formarse una idea correcta del estado actual de la bacteriología... desde 1891 desempeña el doctor Hernández dichas

cátedras, con todo el brillo que a su enseñanza prestan su ilustración médica poco común y su consagración al estudio y a la propagación de las ciencias... consagrado exclusivamente al ejercicio de su profesión y al noble magisterio de la enseñanza, la figura científica del doctor Hernández tiene entre nosotros una fisonomía singular. Como médico práctico... ha tenido en Caracas una de las más brillantes clientelas y sus clientes le profesan especial afecto por... el interés con que atiende a sus enfermos... como profesor, sus discípulos le aman porque les da con paternal cariño alimento bien sazonado de ciencia práctica, y lo respetan, porque ven en él un maestro ilustrado que conoce y domina la materia que enseña. Como individuo social, el doctor Hernández es un carácter: practica el bien sin interés mezquino y sin hipocresía, sostiene sus convicciones con inquebrantable firmeza y jamás se ha desviado del camino que él cree debe seguir...” (Citado por Suárez y Bethencourt, p. 173).

El elogio del doctor Razetti es muy interesante, dada la polémica que surgirá entre ellos años más tarde por motivos exclusivamente ideológicos y no personales.

Los estudiantes se muestran encantados con la obra, pero también muy tristes. Se ha corrido que Hernández ha presentado la obra para optar a la jubilación, ya que piensa retirarse de las cátedras.

– ¿Oíste lo que dijo el rector el otro día sobre el doctor Hernández?

– Algo escuché por ahí, pero no me lo creo. Deben ser puros rumores de pasillo.

– Pues no, no son rumores. El doctor Hernández se va a hacer cura muy lejos de aquí, creo que en Europa.

La noticia conmueve a toda la ciudad. El doctor Hernández viaja a la cartuja de Farnetta, en Lucca, Italia, para ingresar en la vida religiosa. El periódico *La Religión* se hace eco de la inesperada partida del eminente médico y profesor universitario:

“Caracas se ha conmovido hondamente ante un acontecimiento insólito, de sublimidad deslumbrante producido en su seno. El

doctor Hernández nos ha abandonado de repente, de imprevista manera... la vida del doctor Hernández corría apacible en medio de afectos entrañables de familia y del alto aprecio y distinciones con que Caracas le abrumaba... su inteligencia brillaba enriquecida por los tesoros de la ciencia que a manos llenas distribuía, y que le recompensaba con altos honores y nombre acariciado por la fama". (Citado por Suárez y Bethencourt, p. 174).

A todo renuncia Hernández: a la bien merecida fama de hombre sabio y excelente profesor, de médico dedicado y generoso, de hombre piadoso. Sus miras están en otra parte, muy lejos, en una cartuja europea. La experiencia italiana va a comenzar en 1908.



El periódico la Religión publica una nota para anunciar la partida del Dr. Hernández hacia Italia con el objeto de ingresar a la vida religiosa.

16. EN LA CARTUJA

José Gregorio venía madurando la idea de hacerse cartujo desde hacía varios años, pero nunca se lo dijo a nadie. La lectura de la *Imitación de Cristo* y las reglas y constituciones de los cartujos le alimentaron largo tiempo la idea. De los cartujos, una orden fundada por San Bruno en el siglo XI le gustaba su carácter austero, como él mismo se lo diría después a su amigo Dominici, en carta escrita el 7 de octubre de 1912:

“Tú recuerdas que siempre he tenido el amor del convento. Con los años, y a proporción que estudiaba la Iglesia en su dogma, en su moral y en su historia incomparable, aquel amor incipiente se desarrollaba como un árbol gigantesco y venía a orientar toda mi vida.

Formé entonces el proyecto de entrar en la cartuja, que de todas las órdenes religiosas era la que me parecía más adecuada

a mi espíritu, un tanto contemplativo y amigo de la soledad. Y así lo hice; me desprendí de mi familia y le dije adiós a nuestra querida patria, y me dirigí ganoso a aquel lugar de penitencia y oración. Lo que en la Cartuja encontré supera toda descripción. Vi allí la santidad en grado heroico y te puedo asegurar que una vez visto ese espectáculo lo demás de la tierra se vuelve lodo”.

Antes de partir para Italia José Gregorio hace disposición de sus bienes. Los reparte entre sus hermanos y sobrinos, sin olvidar a nadie. Es dueño de una casita sencilla situada de Pajaritos a La Palma nº 41, que deja a su hermano César, y de otra, situada entre las esquinas de Mijares y Las Mercedes nº 36, que deja a los demás hermanos. Reparte también los muebles, los libros, la ropa, y el monto mensual de su jubilación, que distribuye entre su tía María Luisa y su hermana Isolina. Trata de dejar contentos a todos y de ayudar más a los que más lo necesitan.

El arzobispo de Caracas, monseñor Juan Bautista Castro, amigo personal y confesor de José Gregorio, escribe al prior de la Cartuja de Farnetta, fray Etienne Arriat, solicitando su admisión. Éste responde afirmativamente en la carta que llega a manos de José Gregorio el 3 de enero de 1908. En ella le recomienda que aprenda latín y, si puede, algo de canto. José Gregorio se propone aprender la lengua eclesiástica y todos los días, después de visitar a los enfermos, recibe clases con el presbítero Mariano Vega y traduce como ejercicio las reglas de la orden de san Benito. Todo esto lo realiza con la mayor discreción para que no trascienda su decisión.

José Gregorio sale de Caracas en junio de 1908 para embarcarse en Puerto Cabello en un buque francés. Desde esa ciudad costera se despide de su hermano César y también de monseñor Castro. A éste le dice:

“Al ir a embarcarme le escribo... para darle las gracias por todas las bondades que Monseñor ha tenido conmigo, y también para recordarle las dos cosas que me prometió... que iría a la Cartuja a darme las órdenes en llegando el día, porque mi mayor deseo es recibirlas de mano de mi amadísimo Prelado; y... que no dejaría

de disculparme con mi familia por la necesidad en que me veo de dejarla”. (Citado por Suárez y Bethencourt, p. 338).

Es la segunda vez que cruza el océano Atlántico, 19 años después de haberlo cruzado por primera vez. En 1889 iba para especializarse como médico, becado por el gobierno; esta vez sigue el llamado de su vocación religiosa. Entonces trataba de perfeccionar el francés y de vestir a la moda, ahora está preocupado por aprender latín y dispuesto a vivir en pobreza y rigor.

Llega a la Cartuja cuarenta días después, el 16 de julio de 1908. Lo recibe el prior y le interroga en francés, que sabe que José Gregorio domina:

– Doctor Hernández, manda la regla de nuestra santa Orden que se interroge a los aspirantes sobre los motivos que les impulsan a llamar a nuestras puertas. ¿Cuáles son las razones que le mueven a usted a dar este paso tan importante en su vida, usted que es un hombre de 43 años y que tiene puestos de responsabilidad en la sociedad de su país?

José Gregorio responde con humildad que le impulsa un deseo de servir a Dios en mayor austeridad y desprendimiento. Él sabe que está llevando una vida cristiana y provechosa, pero siente que el Señor le pide más, hasta el total desprendimiento de los bienes de este mundo y la separación de su familia, y así poder dedicarse por entero a la oración y a la penitencia.

El prior queda satisfecho. A una señal suya, otro monje, que será el maestro de José Gregorio, le hace descalzarse y le lava los pies mientras recita el salmo 50, el Miserere, la oración para pedir a Dios perdón por los pecados cometidos. José Gregorio comentará luego a su familia que esta ceremonia de recibimiento le dejó profundamente impresionado.

Comienza su vida religiosa como postulante, y en esta condición ha de transcurrir un mes. Todavía usa su traje de seglar, pero tiene que cubrirlo con un sayal negro para asistir al coro o rezo en común.

Le asignan una celda, señalada con la letra U. Sobre una tablilla en su puerta se puede leer una frase en latín: “Vir obediens loquetur victoriam”, es decir, el varón obediente cantará victoria. La celda tiene dos espacios, uno para permanecer durante el día y dormir, y el otro para orar. En el primero hay una cama de hierro con una cobija, una mesa, una estantería para libros y un reclinatorio. En el segundo espacio hay una silla y un altar para que los sacerdotes puedan tener su misa privada. Sabe que comienza una vida nueva, dedicada a la oración, el estudio y el trabajo manual, al que debe dedicar al menos dos horas diarias. Tendrá que aprender los rudimentos de algún oficio y contribuir así al sostenimiento del monasterio.

El alimento se toma en la misma celda y lo entrega el encargado de repartirlo a través de una pequeña ventana. Siempre se sirve una comida muy simple a base de verduras, legumbres, hortalizas y frutas, nunca carne; la bebida siempre es agua. Esa noche José Gregorio no puede dormir en la incómoda cama. Son muchos los pensamientos que se le cruzan por la mente, los recuerdos, las dudas acerca del paso que ha dado. Trata de sobreponerse rezando, pidiendo a Dios con insistencia que lo ayude. Sólo cerca del amanecer, unos instantes antes de que suene la campana para levantarse, queda rendido.

Pasan varios días y José Gregorio tiene mejor cara. Se va acostumbrando a un género de vida muy distinto del que llevaba en Caracas. Cuando pasa el primer mes, concluye el período de prueba y el aspirante pasa a la condición de novicio. José Gregorio toma el hábito en una ceremonia solemne ante todos los cartujos.

“¿Su nombre y apellido? -- José Gregorio Hernández

¿Fecha de nacimiento? – Veintiséis de octubre de mil ochocientos sesenta y cuatro.

¿Lugar de nacimiento? – Libertad. Diócesis de Mérida, Venezuela.

¿Situación en el mundo? – Médico y profesor de Bacteriología en la Universidad de Caracas, Venezuela.

¿Cómo llegó a conocer la Cartuja y qué le decidió hacia ella? – He leído tantas veces en la Imitación de Cristo aquellas palabras que se refieren a los cartujos... así conocí yo a la Cartuja y me decidí a abrazar su género de vida.”

(Citado por Suárez y Bethencourt, p. 339).

Se retira el aspirante. Los monjes deliberan cada uno en secreto si aquel hombre merece ser admitido como novicio. Arrojan a la urna una bola blanca si están de acuerdo con el ingreso, y una negra si lo objetan. Pasan unos minutos, hacen regresar al aspirante y le refieren el resultado de la votación: mayoría de votos blancos, queda admitido al noviciado. Le dicen que está a prueba, que puede retirarse en cualquier momento si lo considera conveniente. Luego le dan el beso de paz, comenzando por el prior, y también un abrazo, mientras él permanece arrodillado.

17. NO ERA SU CAMINO

En Caracas poco se sabe de él, pero entre los eclesiásticos despierta admiración. El presbítero Manuel Arteaga viaja a la cartuja de Farnetta y consigue permiso del prior para hablar con José Gregorio:

“No sin alguna dificultad, pues la Regla no permite a los novicios recibir visitas, pude llegar al departamento que ocupa el doctor Hernández... Su modo amable y recogido no ha cambiado, porque se lo había dado la virtud. Él recuerda a su Patria, su familia, con tanto más amor cuanto su corazón está más entregado a Dios. Yo no quise traerle al doctor Hernández recuerdos que pudieran avivar el dolor de su separación, comprendiendo que él no ha dado este paso de su vida sin un gran sacrificio. Él está contento, sí, con la complacencia interior que ninguna pluma podrá revelar, del hombre que ha oído la voz de Dios y ha vencido todos los obstáculos para seguir

esa voz... Fray Marcelo... ora por su patria y por los suyos. A la salida de su departamento hay una imagen de la Santísima Virgen; según la Regla; cada vez que el religioso sale reza allí tres avemarías. Yo las recé en compañía del virtuoso e inolvidable amigo, siendo el único recuerdo que yo podía dejarle y él recibir: este acto piadoso... Ya en la puerta, con motivo de una broma usada por mi acompañante, me dijo con su sonrisa en los labios: ¡Véngase para acá!. Sentí que no me hubiera sido posible contestar: ¡Me quedo!" (Citado por Suárez y Bethencourt, p. 340-1).

A pesar de su entusiasmo, José Gregorio no pudo continuar en la Cartuja. El 22 de marzo abandona el monasterio, después de 9 meses de permanencia en él. Embarca en Génova rumbo a La Guaira y desde el litoral escribe a su hermano César en Caracas:

"A fines del mes pasado el Superior de los Cartujos me dijo que no me podía admitir en la orden, porque yo no tenía vocación para la vida contemplativa, que mi vocación era para la vida activa; que entrara en la orden de los jesuitas o que me hiciera sacerdote secular. Entonces me vine y le he escrito al señor arzobispo a ver si me recibe en el seminario. Así es que te ruego que al recibir ésta trates de hablar con él para saber lo que él haya resuelto. En el caso de que convenga en recibirme en el seminario, te ruego que me arregles... el cuarto que me destinen... Inmediatamente que todo esté listo me escribes a La Guaira para entonces subir yo a Caracas..." (Citado por Suárez y Bethencourt, p. 341).

La razón de su abandono la expresa claramente en esa carta: no tenía vocación para la vida contemplativa, sino para la vida activa. Fue seguramente su maestro de novicios el que lo advierte, después de muchas y sinceras conversaciones con aquel novicio tan maduro. ¿Le contaba José Gregorio muchas cosas de su trabajo como médico, le expresaba todo el bien que hacía y mostraba entusiasmo al contarle? No es probable, porque en la Cartuja se rompe totalmente con la vida pasada. Han quedado algunos testimonios y alguna anécdota, narrada por sus compañeros de monasterio, que refieren su torpeza para las tareas manuales:

“Era muy delgado... parecía entusiasmado con su vocación, lamentamos que se fuera... Todos lo queríamos, no creo que tuvo problemas con ninguno... era de carácter suave... Si él era bueno en medicina y bacteriología, no lo era para las cosas prácticas de todos los días. Un día causó un gran susto a los que estaban trabajando en los viñedos bajo el sitio donde estaba su celda. El día anterior había recogido unas castañas en uno de los caminos cercanos y le explicamos como pudimos cómo cocinarlas. Durante el trabajo manual él resolvió montar la olla para cocinar las castañas sobre una fogata que improvisó en el centro de la habitación, pero lo que hizo fue crear una gran humareda, por lo que abrió la ventana para airear el sitio. Cuando los trabajadores desde la siembra vieron el humo, temiendo lo peor, corrieron espantados a socorrerlo. Aquello fue una humillación para él, porque se ganó además una severa reprimenda del Maestro de Novicios...” (Citado por Suárez y Bethencourt, p. 342).

José Gregorio atribuye su abandono de la Cartuja a la falta de fuerzas físicas. Llegó a pesar tan sólo 44 kilos y los superiores pensaron probablemente que aquel hombre se les iba a morir. Es lo que expresa a su amigo de siempre, Aníbal Santos Domínici en carta escrita años más tarde, en 1912:

“Pero sucedió lo que era natural le sucediera al que, cegado por la pretensión y apoyado por su vanidad, había emprendido tan alto vuelo. Carecía de muchas de las dotes requeridas en el Instituto. No tenía las suficientes fuerzas físicas para resistir al frío, al ayuno y al trabajo manual, porque has de saber que yo me había ido en un estado de acabamiento tan grande que sólo pesaba noventa y siete libras. No tenía suficiente latín ni la demás ciencia indispensable para la profesión religiosa. ¡Qué caridad tan grande la de aquel Superior General que me soportó nueve meses viéndome tan incapaz! Al fin me dijo estas palabras, que eran una sentencia, pero también una esperanza: ¡Hijo mío, ya usted ve que no podemos recibirlo. Vuélvase a su país y trate de adquirir lo que le falta!” (Citado por Suárez y Bethencourt, p. 343).

La causa más probable del abandono de la Cartuja hay que buscarla en una combinación de ambos factores: falta de fuerzas físicas y comprensión de que su vocación de servicio no estaba en el retiro sino en la vida activa.

Su regreso de la Cartuja no podía pasar desapercibido, como no lo fue su ida. *La Religión* destaca el regreso de José Gregorio en su edición del 22 de abril de 1909, lo mismo que hace el periódico *El Tiempo* al día siguiente:

“Ayer llegó a La Guaira... el doctor José Gregorio Hernández. Regresa el eximio compatriota a completar su carrera eclesiástica en nuestro Seminario Mayor... Sea bienvenido... al seno de esta Patria que tanto lo necesita... y corone felizmente sus santos propósitos” (Citado por Suárez y Bethencourt, p. 342).

Su hermano César habla con las autoridades del Seminario para que le permitan prepararle un cuarto. Así lo hacen con todo gusto, y el mismo día en que José Gregorio sube de La Guaira va directamente a tomar posesión de la habitación que le tienen preparada. Numerosas personas se agrupan en la sala de recibo para darle la bienvenida. El rector, presbítero doctor Eugenio Nicolás Navarro, habla en nombre de todos:

– Doctor Hernández, bienvenido a su casa. No sabe cuanto nos alegramos de tenerlo otra vez entre nosotros.

José Gregorio, tímido por naturaleza, no sabe cómo corresponder a tantas muestras de afecto. Va vestido de negro. Algunas canas en su cabello testimonian el paso del tiempo y tal vez del sufrimiento. Una leve sonrisa se dibuja en su rostro al reconocer entre los presentes a algunos de sus antiguos alumnos. Por fin se decide a hablar y un silencio respetuoso pacifica el ambiente:

– No sé cómo expresarles mi agradecimiento por esta bienvenida que ustedes me dispensan y de la que no soy merecedor. Ya ven que la voluntad de Dios no ha sido que me dedique enteramente a su servicio en la oración y en la penitencia, sino que lo haga en la vida ordinaria desde una parroquia o donde disponga el señor arzobispo que lo haga. Por lo pronto quiero prepararme para ser sacerdote y curar así las almas, después que aprendí a curar los cuerpos. Confío en que todos ustedes me ayudarán en esta tarea que tengo por delante.

Un cerrado aplauso sigue a este improvisado y breve discurso. El rector Navarro le indica el camino hacia las habitaciones interiores. Retirado el recién llegado, todos comentan su aspecto y la impresión que les han producido sus palabras.

18. JOSÉ GREGORIO REGRESA A SU VIDA DE MÉDICO Y CATEDRÁTICO

– Este hombre es un santo. ¿Se han fijado en el brillo de su mirada? ¡Dios le ayude a realizar sus planes para beneficio de todos nosotros!

– Pues a mí me parece que el doctor Hernández no sirve para cura. Haría mejor en volver a sus cátedras y transmitir a sus alumnos toda la sabiduría que tiene. Cuando él fue mi profesor de bacteriología...

Los asistentes intercambian opiniones con fervor, siempre desde un enorme aprecio y una gran admiración por lo que este hombre significa para ellos y para toda la sociedad caraqueña.

Durante los días siguientes siguen las visitas al Seminario y José Gregorio, abrumado por el recibimiento y deseando un poco de paz para comenzar sus estudios, escribe un agradecimiento público que aparece en *La Religión* el 27 de abril:

“...presa de la más viva emoción me dirijo hoy a la distinguida sociedad de Caracas para manifestarle la profunda

gratitud que siento por las demostraciones de simpatía y afecto que de ella he recibido, tanto a mi ida para la Cartuja como a mi vuelta a esta ciudad. En particular mi agradecimiento para... el General Juan Vicente Gómez, Presidente de la República, por las benévolas frases de bienvenida que se sirvió dirigirme; para el Ilustrísimo Señor Arzobispo de Caracas y Venezuela por su afectuosa dignación en recibirme en el Seminario Metropolitano; para con el señor pbro. Doctor Nicolás E. Navarro, Rector de este instituto, por la exquisita bondad con que ha querido tomarse el trabajo de iniciarme en los arcanos del ministerio sacerdotal... a la ilustrada prensa de la capital y del resto del país... en atención a las reglas canónicas, que prohíben el ejercicio de la medicina a los que abrazan el estado eclesiástico, debo apartarme en absoluto de dicha profesión para obedecer en todo a las prescripciones de la Santa Madre Iglesia..." (Citado por Suárez y Bethencourt, p. 345-6).

Sin embargo, a pesar de sus grandes deseos de hacerse sacerdote, José Gregorio abandona el Seminario tres semanas después. ¿Qué pasó en ese lapso de tiempo tan breve? Lo que sabemos con certeza es que sus alumnos hablaron seriamente con Monseñor Juan Bautista Castro, arzobispo de Caracas, confesor y amigo de José Gregorio:

– Monseñor, queremos que el doctor Hernández regrese a sus clases y al ejercicio de la medicina. Usted mismo sabe que él podrá hacer un bien mucho mayor desde las cátedras y a la cabecera de los enfermos que como rector de una parroquia...

Monseñor Castro ve tanta convicción e insistencia en las palabras de aquellos jóvenes que se ve impulsado a responder:

– Está bien, déjenme meditar su propuesta. Les agradezco su interés y pronto sabrán mi decisión.

No tarda mucho en resolver el asunto. Después de hacer oración, impetrando a Dios la luz divina para que le permita acertar, manda llamar a José Gregorio:

– José Gregorio, hijo mío, tengo que decirte algo que me cuesta mucho expresar, pero creo que debes abandonar la idea de ser

sacerdote y regresar a la universidad y al ejercicio de la medicina. Tus grandes cualidades darán más fruto desde la cátedra que desde el púlpito. Pienso sinceramente que Dios te quiere como laico piadoso y comprometido en medio de su pueblo. Tú sabes que en los tiempos que corren la Iglesia es débil y son pocos los seglares que se atreven a confesarse abiertamente católicos como tú lo has hecho con valentía. Toma de nuevo ese camino que creo que es más apropiado para ti. Es un consejo de amigo y es una orientación para tu vida que te estoy dando como tu confesor. Rogué mucho estos días al Señor que me iluminara en asunto tan importante.

José Gregorio reprime el asombro que le producen sus palabras. Después de unos instantes tensos de silencio responde con humildad:

– Monseñor, me pongo enteramente a su disposición y haré lo que usted me aconseja. Mi fe me dice que por su boca Dios mismo me señala el camino que debo seguir.

Se dan un abrazo y José Gregorio abandona la estancia con lágrimas en los ojos. Le cuesta enormemente renunciar a la ilusión, largamente mantenida y alimentada, de hacerse sacerdote. Va a la capilla a desahogarse internamente con Jesucristo en el sagrario. Al salir le da un beso a la peana de la imagen de la Virgen. El sol de la tarde se posa sobre rostro sereno cuando, después de recoger sus pocas pertenencias, abandona definitivamente las puertas del Seminario.

Los antiguos discípulos del doctor Hernández, gente decidida a recobrarlo para la Universidad, cuando supieron la decisión de monseñor Castro dirigieron una petición al ministro de Instrucción Pública, fechada el 6 de mayo, para que se le autorizara a retomar sus antiguas cátedras de Histología, Bacteriología y Fisiología en la Universidad Central. No hacían falta los elogios al doctor Hernández que la carta contenía. El ministro Samuel Darío Maldonado conocía bien al doctor y se alegró de poder autorizar su regreso a la docencia. Apenas transcurridos diez días del escrito de los estudiantes el ministro Maldonado autoriza al doctor Hernández a retomar sus cátedras. No se hicieron esperar los beneficios de su reincorporación. Como informa el siguiente ministro de Instrucción Pública, Trino

Baptista, en la Memoria que presenta al Congreso de los Estados Unidos de Venezuela el 19 de abril de 1910, el doctor Hernández se apresuró a renovar los materiales y los instrumentales necesarios para sus cátedras y en general para la Escuela de Medicina, que no habían sido renovados desde que él mismo los trajera de París 18 años antes:

“Por resolución del 12 de octubre último se hizo la erogación de Bs. 6.250,10, a que alcanzaba el presupuesto presentado por el Doctor José Gregorio Hernández, Profesor de Histología, Bacteriología y Fisiología Experimental de la Universidad Central, para hacer venir de Europa varios instrumentos y repuestos destinados al Laboratorio de Microbiología y Fisiología Experimental, el cual hacía ya diez y ocho años que no recibía del Gobierno la atención que por su importancia merece; y era tanto más de sentirse cuanto que, como generalmente se reconoce, los estudios médicos de nuestra Universidad Central están a la cabeza del movimiento científico del país. Con esos nuevos aparatos quedará nuestro Laboratorio regularmente equipado, y si no a la altura de los europeos, por lo menos bastante satisfactorio para el uso de las Cátedras a que debe servir”. (Rafael Fernández Heres, “Memoria de Cien Años”, tomo IV, volumen I, p. 123).

José Gregorio reasumió así las actividades que había desempeñado antes de su frustrado ingreso a la Cartuja. Continuó también como miembro activo de la Academia Nacional de Medicina, que él mismo había contribuido a fundar. Cuatro años habrían de transcurrir antes de que este ejercicio docente y profesional fuera de nuevo interrumpido. Pero no fueron siempre tiempos fáciles esos cuatro años. José Gregorio tuvo que enfrentar un asunto sumamente delicado, que puso una sombra a su inmaculada carrera: el suicidio de uno de sus mejores preparadores de cátedra, el bachiller Rafael Rangel, ocurrido en agosto de 1909.



*José Gregorio resumió así las actividades que había desempeñado
antes de su frustrado ingreso a la Cartuja.*

19. UNA PÉRDIDA PREMATURA Y UNA ACUSACIÓN INSOSTENIBLE

Rafael Rangel ha pasado a la historia con el título de bachiller, porque abandonó los estudios de medicina en el tercer año, pero es uno de los mejores investigadores que tuvo el país a comienzos del XX, especialmente en parasitología. Natural de Betijoque, en el Estado Trujillo, fue un alumno estudioso e inteligente, y obtuvo el título de Bachiller en Filosofía en la Universidad del Zulia en 1896. Comenzó los estudios de medicina en la Universidad Central y cursó bacteriología con Santos Aníbal Domínici, el gran amigo de José Gregorio. Durante cuatro años fue asistente del doctor Hernández en el laboratorio de microbiología, entre 1899 y 1903. Fue tanto su aprovechamiento y demostró tales dotes para la investigación, que la Junta Administrativa de los Hospitales nombró a Rangel como primer director del laboratorio del hospital Vargas. Rangel fue un estudioso de las enfermedades parasitarias en el medio rural.

Descubre en una especie de parásito anquilostomo (*Necator americanus*), el causante de anemias graves; desentraña la causa de enfermedades caballares y caprinas, y combate con éxito la peste bubónica que se desató en el puerto de La Guaira en marzo de 1908. Pero le acusan de haberse equivocado en el diagnóstico en los primeros momentos, y los campesinos le reclaman por haber quemado sus ranchos como medida indispensable contra la propagación de la enfermedad. En ese momento pierde el poder Cipriano Castro, su protector, y se le niega la beca que había solicitado para ir a estudiar a Europa. Todo este conjunto de adversidades le sumen en una gran depresión psíquica. El 20 de agosto adopta una decisión terrible, la de suicidarse en su laboratorio con cianuro. Sólo contaba 32 años de edad. (Datos tomados de Marcel Roche, artículo sobre Rafael Rangel, Diccionario Polar, tomo III, p. 300-1).

José Gregorio Hernández estimaba a Rangel como hombre brillante y talentoso, aunque de carácter difícil y reservado, y lo trató siempre con deferencia y con respeto. Apenas habían pasado dos meses de la muerte de Rangel, cuando se presentó en Caracas una pieza de teatro en cuatro actos compuesta por Salustio González Rincones con el título de “Sombras”. En la obra se presenta el ambiente hostil formado por los que rodeaban a Rangel y que le empujó a su terrible determinación. Sobre el doctor Hernández, que en la pieza se llama Eduardo Torres, se afirma duramente que siempre hostilizaba a Rangel, que en la pieza aparece como bachiller Marcelo Campos. Lo presentan como un hombre engreído, criticón, con ínfulas de gran sabio y maestro, adulador e intrigante. Hay una escena en la que el doctor Torres recrimina al bachiller Campos su comportamiento desagradecido, roído por la envidia a él y a los demás doctores, título que no ha podido alcanzar el bachiller, y Campos reconoce la acumulación de hiel en los años que lleva como mero ayudante de laboratorio, no reconocido en su valía.

¿Fue José Gregorio a ver la pieza de teatro? No es probable, porque no era aficionado a los pasatiempos y además porque la obra se debió de escenificar muy pocas veces. Sin duda le llegaron habladurías sobre la manera en que se le representaba en ella. Él

reaccionó con la humildad, mesura y discreción habituales, dejando que hablaran por él los hechos más que las palabras.

Es posible que esta obra “Sombras” sea el comienzo de una interpretación perjudicial a José Gregorio sobre su trato con el asistente Rangel. Existe además una anécdota, que presenta Marcel Roche en la biografía que escribió sobre Rafael Rangel en 1973. Roche refiere que el doctor Luis Baumeister contaba que el doctor Hernández, al recibir la noticia de la muerte de Rangel, exclamó: “Se murió ese loco”. El presbítero Pedro Pablo Barnola s.j. afirma por el contrario que esa anécdota es una pura calumnia inventada por Baumeister y que José Gregorio sintió grandemente la desaparición de Rangel, con quien le unían lazos de amistad y admiración (Suárez y Bethencourt, capítulo VI, nota 22, p. 207).

También el doctor V.M. Ovalles refiere una anécdota desfavorable a José Gregorio, quien, al quebrarse un frasco de ácido sulfúrico en el laboratorio, se habría preocupado más por la pérdida del ácido que por las quemaduras que pudo haber sufrido el bachiller Rangel. Ambas son anécdotas aisladas, sin más apoyo que la autoridad misma de Baumeister y de Ovalles, a los que Marcel Roche considera como fáciles en presentar sucesos sin base documental. Por otra parte el doctor Ovalles, hizo una semblanza muy positiva a la muerte del doctor Hernández, que no concuerda con la anécdota de la rotura del frasco:

“El doctor José Gregorio Hernández... vivió para la humanidad y para su propia conciencia, sin mezclarse jamás en los conciliábulos de la intriga, las asechanzas de la envidia, ni en las luchas del egoísmo... y téngase presente que el que estas líneas escribe, ni fue amigo personal suyo ni participó de sus ideas... Es un acto de estricta justicia, que le consagro...” (Citado por Suárez y Bethencourt, p. 178).

Si el doctor Hernández hubiera tratado a Rangel como lo presenta la pieza del teatro, los estudiantes no lo querrían tanto, ni hubieran insistido en que retomara sus cátedras a su regreso de la Cartuja. No hay tema que despierte mayor solidaridad estudiantil y mayor

rechazo a un profesor que verle humillando a un alumno. Éste desde luego no fue el caso de José Gregorio Hernández.

Pasado este episodio desafortunado, siguió José Gregorio viviendo como antes de ir a Italia, como médico generoso y atinado, y como profesor exigente y docto. No tarda mucho tiempo en llamarle la gente “el médico de los pobres”, el apelativo que más fortuna ha hecho y que señala la hondura de los sentimientos que la gente humilde tenía y tiene para con él. A la gente pobre no le cobraba, sino que más bien les ayudaba disimuladamente, y con la gente pudiente se conformaba con lo que le dieran.

– Doctor, ya me lleva tratando esta dolencia por más de un mes y todavía no me ha dicho lo que le debo. Le estoy muy agradecido, porque ahora sí que me siento mucho mejor que antes...

– Dame lo que tengas a mano, sin hacer sacrificios. Yo sé que has estado fuera de tus ocupaciones durante mucho tiempo, y yo no necesito hacerme rico, sino tener lo suficiente para vivir y comprar libros. Así que dame lo que esté a tu alcance.

– ¿Usted se conformará con estas tres morocotas?

El doctor Hernández abre los ojos por el asombro:

– Qué dices, hombre de Dios. Eso es mucho más de lo que vale mi trabajo. ¡Cómo crees tú que yo te vaya a recibir tanto dinero, si con pagarme una tienes y me has pagado espléndidamente!

Su apego por el dinero es nulo, parece que le quema en las manos. Contribuye con las iglesias, las cofradías, los asilos. Da limosna cuando encuentra un mendigo en la calle. Sus afectos no están en las cosas materiales, sino en Dios, los enfermos, su familia, sus alumnos, la ciencia y los libros.

20. NUEVO VIAJE A EUROPA PERSIGUIENDO SUS IDEALES

José Gregorio siguió visitando asiduamente a Monseñor Castro para charlar con él y confesarse con frecuencia. De vez en cuando afloraba el tema de la vocación sacerdotal, que José Gregorio apuntaba modestamente:

– Monseñor, tengo que ser sincero con usted como lo he sido siempre, porque usted es mi confesor. No me puedo quitar de la cabeza la idea de que el Señor me llama para servirle en el sacerdocio. Muchas veces pienso si no será tentación de soberbia, o tal vez de inconformidad. Pero cuando le presento al Señor en la oración estos pensamientos me lleno de una paz y una alegría que pienso sólo son de Él. ¿Cree usted, Monseñor, que debo reprimir estos sentimientos?

Monseñor Castro conoce bien a su amigo y sabe que José Gregorio no es impulsivo, sino que da vueltas a las cosas largamente. Si

le presenta estas inquietudes es porque las lleva madurando desde mucho tiempo atrás.

– Hijo mío, demos un poco de tiempo al asunto. Si el Señor sigue queriendo llamarte al sacerdocio, Él sabrá cómo hacerlo por caminos que a veces nos parecen extraños. Sigamos pidiéndole su luz y poniendo a la Virgen como intercesora nuestra.

Pasaron varios meses. Monseñor Castro se fue convenciendo de que su amigo José Gregorio estaba decidido y sólo esperaba su bendición para emprender de nuevo la preparación al sacerdocio. Un día lo mandó llamar:

– José Gregorio, hijo mío, te doy mi apoyo para lo que veo que tienes decidido desde hace tiempo. Pronto vas a cumplir 49 años y no te resultará fácil estudiar el latín y dominar la teología y los cánones, pero el Señor te ayudará en esta empresa. Voy a escribir al Rector del Pontificio Colegio Pío Latino Americano en Roma para que te admitan allí. Los padres jesuitas dirigen el Colegio y yo los tengo en gran estima por su ciencia y virtud. Cuando llegue la respuesta sabremos a qué atenernos. Mientras tanto, toma las provisiones necesarias para hacer el viaje y dejar todo arreglado con tus obligaciones.

Poco tiempo después se recibe la respuesta afirmativa. José Gregorio no quiere que se divulgue la noticia de su partida, porque no le gustan las despedidas. El 15 de septiembre de 1913 sólo acuden a despedirle a La Guaira su hermano César, un ahijado de éste que entonces era apenas un niño de 6 años y que luego será el presbítero Pedro Pablo Barnola s.j., y el padre del niño.

El vapor desembarca en el puerto francés de Le Havre 15 días después de salir de La Guaira. José Gregorio está tentado por un momento de viajar a París para saludar a su antiguo profesor Duval y ver qué progresos y descubrimientos se han hecho en sus laboratorios. No se detiene sin embargo en la capital francesa, sino que viaja por tren hasta Lucca en Italia, y luego se dirige a su querida Cartuja de Farnetta. El prior y los monjes se alegran de verle, le encuentran repuesto de sus antiguos achaques y le manifiestan sus

mejores deseos para la vida que va a emprender. José Gregorio participa con cierta nostalgia en el canto del oficio divino, y siente no poder quedarse más tiempo. Ya hace dos días que comenzó el curso académico en el Pío Latino y a él no le gusta ser impuntual ni incumplido.

José Gregorio se adapta rápidamente al ambiente internacional del Colegio. Allí hay sacerdotes jóvenes de casi todos los países latinoamericanos, enviados por sus obispos, que esperan de ellos un buen rendimiento académico y espiritual, porque serán casi seguramente quienes les sucederán en el gobierno de sus diócesis. Entre los seminaristas venezolanos traba amistad con Enrique María Dubuc, tal vez porque son paisanos del mismo pueblo de Isnotú, aunque Dubuc tiene 22 años menos. El joven sacerdote llegará a doctorarse en derecho canónico y será nombrado obispo de Barquisimeto en 1926. En carta escrita a su hermano César unos meses después, José Gregorio le manifiesta lo contento que está en el nuevo género de vida que lleva:

“Ahora me encuentro en el Colegio muy a mi contento y gusto. Hago mis estudios con tranquilidad y dirigido por los reverendos padres jesuitas, que son tan excelentes y tan llenos de celo. Roma tiene un clima muy suave, y hemos pasado el invierno, que en otras partes de Europa es tan riguroso, casi sin sentirlo. Por todas partes se encuentran recuerdos de los santos y en todas las iglesias hay conservados los cuerpos de muchos de ellos.

Me alegro que hayas recibido las revistas de que me hablas; son de una lectura muy amena e instructiva, de suerte que pueden servir de lectura espiritual, sobre todo *Sal Terrae*. Están pagadas hasta diciembre del corriente año. Isolina te habrá contado cómo estuvimos buscando el crucifijo que tú deseabas, pero no lo encontramos en esa forma, que sólo es fabricado en España.

El padre Dubuc te manda un saludo muy cariñoso; él ha sido muy amable conmigo y me ha ayudado a sobrellevar la pena de la separación de la familia”.

(Carta a su hermano César, 23 de febrero de 1914)

Dubuc por su parte da testimonio de la facilidad con que José Gregorio se adaptó a la vida del Colegio y de la excelente impresión que causó en los que lo conocieron y trataron:

“Le hemos recibido con cariño... Yo paso horas felices al lado de tan ilustre compatriota... El doctor Hernández lleva la vida del Colegio con una naturalidad y humildad edificantísimas. Yo me abismo de admiración de verlo confundido entre nosotros como cualquier simple e insignificante alumno, procurando siempre ocultar todo el caudal de sus merecimientos y rechazando con finísima educación y humildad cualesquiera atenciones... Estar reducido a un simple alumno es para él un gran sacrificio que ofrece a Nuestro Señor...” (Citado por Suárez y Bethencourt, p. 347).

Pero José Gregorio no tenía sólo amistades de habla española. Él era muy consciente de que debía aprender italiano, aunque ya tenía un conocimiento básico de esa lengua desde sus meses en Farnetta. También tenía que aprender latín y eso sí era más difícil. Pidió ayuda y con mucho gusto se la prestó Manuel Pío López Estrada, con quien practicaba diariamente las exigentes conjugaciones y declinaciones, y se animaba a traducir algunos fragmentos de *La Guerra de las Galias*, de César.

José Gregorio tenía 20 años más que el resto de sus compañeros, y una experiencia profesional y de la vida de la que ellos carecían. De carácter serio y amable, supo soportar las bromas que le hacían en clase o en el comedor, llevados de su natural alegre y bullicioso. Un estudiante mexicano, José Garibi y Rivera, que luego sería arzobispo de Guadalajara, da testimonio de ello:

“Yo admiraba su resolución de venir al colegio como un joven alumno después de tantos años de vida profesional, sometiéndose a todo obedientemente y soportando con paciencia las imprudencias de sus jóvenes compañeros...” (Citado por Suárez y Bethencourt, p. 347).

21. SU DÉBIL SALUD LE DERROTA UNA VEZ MÁS

Parece un contrasentido o una ironía: este médico, que tantos pacientes ha curado, sucumbe a las enfermedades cuando se aparta de la medicina. Esta vez también, sería una peligrosa enfermedad la causante de su retirada del Colegio Pío Latino: una tuberculosis pulmonar fulminante se le declara en febrero de 1914, justamente cuando escribía la carta a su hermano César citada anteriormente. Tiene que abandonar el Colegio y se traslada primero a Génova, para tomar aires de mar, y luego a París. Él mismo se lo comunica a su hermano César en carta escrita el 1º de abril de ese mismo año:

“Cuando te escribí tu última carta de febrero ya me sentía bastante enfermo, pero a los pocos días empeoré mucho con una pleuresía seca que me dio en el lado izquierdo; el doctor del colegio me trató bien y así que me mejoré un poco, como ni la fiebre ni la tos se me quitaban, dispuso que fuera a Génova a

tomar los aires del mar; allá no mejoré nada y entonces fui a Milán a hacerme ver con un médico muy bueno llamado el doctor Pisan; éste me examinó la expectoración y encontró que tenía bacillus de Koch, y entonces se alarmó y me dijo que debía ir a un sanatorio; yo creí que sería mejor que me viniera a París a hacerme ver con el doctor Gilbert, el cual hace diez días me tiene sometido a un tratamiento y me dice que dentro de dos o tres meses ya estaré bueno, pero creí que siempre era mejor que te lo escribiera para que supiera la familia de mí.

No estoy en la cama y salgo todos los días a misa y a hacer un poco de ejercicio para tomar el aire; pero tengo fiebre en la tarde y mucha tos y con expectoración; los que me ven dicen que no tengo mal semblante”. (Carta a su hermano César desde París, 1º de abril de 1914).

La enfermedad de la tuberculosis era frecuente en aquellos tiempos, pero sería después tratada con eficacia por medio de la vacuna. El tratamiento consistía por entonces en exponer al enfermo al aire fresco y ventilado, darle buena alimentación y medicinas contra la fiebre. Es una enfermedad en cierto modo incurable, porque los tejidos afectados nunca se regeneran del todo, sino que cicatrizan. Sin duda que esta enfermedad constituyó para el doctor Hernández, que tantas veces la había diagnosticado en sus pacientes, motivo de humillación. Sufre el contagio de una enfermedad que él sabe que es grave y cuyas consecuencias va a padecer toda la vida; esta enfermedad le obliga a dirigir sus pasos por caminos que no tenía pensados. Por lo pronto tiene que curarse en un ambiente distinto y eso es lo que trata de hacer en París. La humedad de la capital parisina no le favorecía demasiado y en carta a su hermano César, escrita un mes más tarde, le advierte que no ha mejorado su salud:

“Te escribí en los primeros días del mes pasado dándote cuenta de la enfermedad que tuve la mala suerte de coger en Roma; hasta ahora la mejoría ha sido poca, puesto que todavía me da fiebre todos los días y la tos no ha mejorado nada. Pero lo que más me mortifica es que el doctor me dijo en estos días que yo no podría quedarme en Europa a pasar el próximo invierno, porque, a su juicio, no lo podría hacer sin exponerme a una nueva pleuresía y a la agravación de mi

enfermedad. Ya podrás suponerte en qué estado se encontrará mi espíritu, puesto en esta perspectiva de tener que regresar a Caracas, aunque todavía no he perdido del todo la esperanza de que, si llego a mejorar de aquí a junio o julio, puede ser que el doctor opine que no me será muy peligroso el permanecer en Europa” (Carta a su hermano César desde París, 5 de mayo de 1914).

Esa débil esperanza de permanecer en Europa no se va a cumplir. El cuidado de su enfermedad le consume sus energías corporales y psíquicas. Aunque es un hombre paciente, y que conoce la lentitud de la cura de esa enfermedad, trasluce una cierta decepción cuando, en carta a su hermano, avizora el abandono definitivo de sus sueños y la vuelta a la vida normal:

“El doctor dice que me mejoraré completamente para agosto, pero que en seguida debo tomar el vapor para Venezuela para evitar el invierno, como ya te lo había comentado en mi anterior. Tú me dices lo mismo; pero es que nadie comprende lo que sería para mí tener que regresar a Caracas después de haberme desprendido de todo, y verme obligado a seguir la vida de antes; pero que en todo se cumpla la voluntad del Señor. Yo sé que el clima de Caracas me es muy favorable y que allá en pocos días me acabaré de mejorar”. (Carta a su hermano César desde París, 21 de mayo de 1914).

José Gregorio está de alguna manera resignado. No hay persona a quien todo le salga bien en la vida, y él no podía ser la excepción. Esta idea constituye un flaco consuelo, pero de momento le ayuda, como comenta en una carta escrita a Avelina el 27 de mayo. Ese mismo día le vuelve a escribir a su hermano para responderle y comentar la carta que desde Caracas le ha enviado un par de semanas antes. Es interesante ver en ella con qué desprendimiento y sentido ascético enfrenta José Gregorio el tema de su propia muerte:

“No es necesario que venga ninguno de la familia; yo estoy muy bien asistido y mi enfermedad es una cosa más bien crónica, prolongada, y si no fuera porque trastorna todos mis proyectos, yo más bien estaría contento, porque siempre he deseado la muerte que nos libra de tantos males y peligros y nos pone seguros en el cielo.

Pero suponte que no me cure del todo dentro de cuatro o cinco años; ya para entonces estaré demasiado viejo y tendré que quedarme para siempre en el mundo, y esto es lo que me contraría”. (Carta a su hermano César desde París, 27 de mayo de 1914).

¿Qué sentimientos pasaron por el alma de José Gregorio en estos meses en París? Dolor, decepción, humillación, confusión de espíritu, tal vez ramalazos de desesperanza. Dios le estaba probando como a varón fuerte, como a hijo que debía acompañar al otro Hijo en el sufrimiento moral. Supo ser fuerte en la oración y en los sacramentos y fue capaz de superar la prueba.

El ambiente en Europa y particularmente en Francia se encuentra enrarecido. Se respira hostilidad frente a los alemanes, se teme una confrontación bélica de grandes magnitudes. José Gregorio lo sabe, pero se siente bien en aquella tierra en la que ha vivido en dos ocasiones, y no piensa que los temores estén justificados. Sin embargo, el 28 de julio asesinan al príncipe heredero del imperio austrohúngaro en Sarajevo, y este suceso precipita la guerra. Los alemanes invaden Bélgica a comienzos de agosto para pasar después por el norte a territorio francés. Ese mismo mes José Gregorio abandona Francia por vapor y llega a La Guaira cuando Europa está en llamas. La guerra europea, que luego se convertirá en mundial, va a durar cerca de cinco años.

22. EL MÉDICO DE LOS POBRES

— Señor, ¿me puede guardar el puesto en la cola? Voy a una diligencia rapidito y enseguida regreso. Ya está para llegar el doctor, tan bueno que es él. Y tan estudiado... Yo sé que me va a quitar esta puntada que tengo en un costado.

El señor mira a la viejita parlanchina y le dice impaciente:

— ¡Vaya a hacer su diligencia, señora! Yo le cuido el puesto.

Como todos los días cerca de la una del mediodía, se ha formado una pequeña cola delante de la casa del Dr. Hernández. Él atiende gratuitamente a todos los que se acerquen por allá. La voz se ha regado y con frecuencia le falta el tiempo para atender a tantos hombres y mujeres pobres que han puesto en él la esperanza de curarse.

Al regresar de Roma, después del último intento frustrado de hacerse sacerdote, los aires de Caracas le

devuelven una salud que creía perdida. Abre su consulta en su casa de La Pastora y comienza a diagnosticar gratuitamente a aquellos pacientes que él veía por su aspecto que no podían pagarle. Hombre metódico y ordenado, le gusta llevar una vida casi monástica, en la que la oración matutina y la misa diaria, el desayuno, las visitas a los pacientes, el almuerzo, la atención gratuita a los pobres, las clases en la Facultad de Medicina, la lectura vespertina y el examen de conciencia constituyen una rutina de la que difícilmente se aparta.

Con alguna frecuencia vienen sus alumnos a plantearle dudas y él les hace estar presentes en las consultas para que vayan adquiriendo en la práctica el buen ojo clínico que todo médico necesita. Así se lo recomendará posteriormente a su sobrino Benjamín cuando éste quiera estudiar medicina:

“...te encargo mucho que no pierdas de vista el fin de los estudios, y que no es para ser buen histologista, ni fisiologista, ni bacteriologista que tú estudias, sino para ser buen médico, y es buen médico el que sabe curar sus enfermos, lo cual se empieza a aprender no en el laboratorio, sino en el hospital; el laboratorio es simplemente un auxiliar, pero la clínica es lo esencial”. (Carta a su sobrino Benjamín desde Nueva York, 12 de noviembre de 1917).

Se va constituyendo así, por su trabajo y el de otros médicos eminentes como Santos Aníbal Domínici, Luis Razetti, Pedro Acosta Delgado y José Manuel de los Ríos, una generación de médicos bien formados que convertirán a Caracas en una ciudad bien atendida.

– ¿Sabes la última novedad? Un tubo por el que se puede hablar y escuchar. En casa del doctor Hernández yo misma lo vi y si no fuera porque era el doctor el que hablaba, yo diría que es cosa del diablo.

– No, mujer, eso es un mal sueño que tuviste. ¿Cómo vas a hablar con alguien si la persona no está delante? Eso no es posible, mujer, no te creas todos los disparates que te cuenten.

– Que no, que yo misma lo vide...

La discusión entre marido y mujer es una de las muchas por aquellos días en Caracas, porque el teléfono parece cosa de duendes o de brujos. José Gregorio, siempre al tanto de todos los adelantos modernos, es el primero que manda instalar uno de esos aparatos en su consulta y al poco tiempo se ahorra las visitas a las farmacias, donde ya lo conocen y la atienden los pedidos. La gente le ve admirada cómo manipula la manivela, pide la conexión y luego habla con naturalidad a ese tubo extraño y maravilloso. El doctor Hernández va cobrando fama entre la gente sencilla como hombre generoso y moderno, como médico excelente y abnegado, que visita a todos, pobres y ricos, y a todos atiende por igual. Alguien se le ha ocurrido llamarle “el médico de los pobres” y con ese apelativo se le nombra y con ese título pasará a la posteridad.

José Gregorio le da vueltas a la idea y la madura bien antes de anunciarla. Ha sido siempre un hombre abierto a los avances de la ciencia y ahora quiere renovarse. Va a cerrar por unos meses la consulta y se va a ir a los Estados Unidos para tratar de hacer traducir y reeditar su libro *Elementos de Bacteriología*, que él desea poner al día. Algunos piensan en sus antiguas intenciones eclesiásticas:

– El doctor se va. Pa'mí que vuelve otra vez a su idea de hacerse cura, yo que te lo digo. No hay más que verle en la iglesia, que no sabe cuándo salir de ella.

– No, chica. Se va pa'escribir un libro de medicina, y así venir con todos los adelantos.

– Pues para eso no tiene por qué irse tan lejos. ¿Es que no tiene aquí tinta y papel?

– No es eso, es que tú no entiendes esas cosas. Pero vendrá y nos traerá los últimos adelantos. Ese hombre ya tiene un puesto asegurado en el cielo bien arriba, cerca de las faldas de san Pedro, yo que te lo digo.

Efectivamente, a finales de marzo de 1917 el doctor Hernández embarca para Nueva York. Tiene unos contactos en la Gran Manzana

que le servirán para sus propósitos. Primero tiene que mejorar su conocimiento del inglés, porque cuando quiere hablar algo en ese idioma lo que sale es el francés que tan bien domina. Pasa unos días en la gran ciudad, pero advierte enseguida que el dinero del que dispone no le va a alcanzar, y decide marchar a París. Ya la guerra está inclinada del lado de los aliados y Francia ha sobrevivido. Apenas llegado a Nueva York le escribe a su amigo de siempre Santos Aníbal Domínici, ahora embajador de Venezuela en Washington:

“Uno de los deseos, de los mayores deseos que yo tenía de venir a New York era por tener el gusto de verte después de tan larga separación; pero la suerte lo ha querido de otro modo, porque teniendo que hacer la segunda edición de la bacteriología y no encontrando aquí los elementos necesarios para ello al alcance de mi bolsillo, mañana parto para Europa en el vapor español Alfonso XII.

En los poquitos siete días que he estado aquí he tenido la singular dicha de presenciar la declaración de guerra a Alemania – estando en Londres presencié también la de Inglaterra – y estoy encantado con el discurso de Wilson. Pocos he leído más elocuentes; desearía habérselos oído, sobre todo aquel incomparable párrafo: ‘The world must be safe for democracy’.

Qué chasco tan grande han sufrido los alemanes, se imaginaron que en pocos días acabarían con la heroica y gloriosa Francia y ahora creo que son ellos los que van a desaparecer del mapa”. (Carta a S.A. Domínici desde Nueva York, 7 de abril de 1917.

No se conocen muchas opiniones políticas emitidas por José Gregorio, ajeno como fue siempre al mundo pequeño de los manejos sórdidos de provincia, pero esta carta revela su visión de los sucesos que le tocó vivir. Se aprecia su estima de la democracia, opinión un tanto peligrosa en la Venezuela de Juan Vicente Gómez. Manifiesta, como muchos de los intelectuales de su época, una visión un tanto ingenua e idealista de la democracia americana. Expresa su admiración por el pueblo francés y su heroica defensa frente al invasor. Se sabe espectador de sucesos históricos que muy pocos pudieron presenciar como él de primera mano.

23. UN FAMOSO RETRATO Y LA GRIPE ESPAÑOLA

Viaja a España desde Nueva York y trata de obtener el permiso para ingresar a suelo francés. Desde Madrid escribe a su hermana María Isolina:

“Llegamos a España después de una navegación feliz en el Alfonso XII. Me he tenido que parar aquí en Madrid mientras me viene el permiso del gobierno francés para poder ir a París, cosa que es muy difícil porque no dejan entrar a Francia sino con muchos requisitos.

Hasta ahora me gusta mucho Madrid; es mejor que Barcelona. Hay una cantidad de iglesias como en ninguna parte he visto y las misas en todas ellas desde las cinco de la mañana hasta la una de la tarde y los domingos hasta las tres. Yo voy todos los días a la iglesia en que está el Santo Niño de Atocha; no te puedes imaginar la devoción que aquí le tienen; es pequeñito así como la Virgen de las Mercedes que

nosotros tenemos”. (Carta a su hermana Isolina desde Madrid, 10 de mayo de 1917).

Lo que más llama la atención de José Gregorio no son los monumentos de la ciudad ni los parques, sino las iglesias, y éstas no por su belleza arquitectónica, sino por su número. Dos meses después escribe a su hermano César y a su sobrino Benjamín, anunciándoles el envío de un cuadro y una sortija con el escudo de armas de la familia, y una serie de prendas de vestir y unos relojes para sus familiares. Los envía a través de la casa Legorburu Hermanos de La Guaira. Puede parecer extraño y no congruente con la imagen que se tiene de José Gregorio Hernández que se preocupe tanto de la apariencia corporal y de los orígenes de los apellidos Hernández y Briceño. No lo hace por vanidad ciertamente, sino porque quiere buscar ejemplos nobles que imitar en los orígenes de sus antepasados. Lo explica en carta posterior a su sobrino Benjamín desde Nueva York:

“Recibí tu querida cartita del 27 de octubre; me alegro de que tengas en tu poder el corte de vestido y la sortija; deseo que siempre la tengas puesta, pues ella nos representa la historia de nuestros padres, tan llenos de virtudes, y nos obliga hasta cierto punto a imitarlos; en la genealogía está principalmente la historia de los que vinieron a Venezuela, pero en Yanguas, en Valencia, en donde se fundó la casa solariega, están los otros abuelos, los españoles, en sus sepulcros de mármol en la iglesia parroquial.” (Carta a su sobrino Benjamín desde Nueva York, 12 de noviembre de 1917).

Tres meses pasa José Gregorio en Madrid, esperando una visa que nunca le llegó. Conoce en ese intervalo al gran investigador Santiago Ramón y Cajal, admirado por todos los médicos de ese tiempo, y asiste a sus clases:

“En Madrid oí las lecciones de Ramón y Cajal, que es un profesor extraordinario y todavía bastante joven o, mejor, no tan viejo, pues será como de unos sesenta años, que es poco para la fama mundial de que goza tan merecidamente” (Carta a su sobrino Benjamín desde Nueva York, 22 de octubre de 1917).

Regresa a los Estados Unidos y allí se manda hacer un retrato. Describe con mucho sentido del humor lo accidentada que resultó la toma:

“Me parece que le doy una verdadera sorpresa mandándote mi retrato; sacarlo a la luz fue un verdadero triunfo fotográfico, pues por dos veces se rompió la lente con el paso de tan disforme imagen; al fin ya está en su poder, y le ruego que lo conserve como un recuerdo de su verdadero amigo” (Carta a la Señorita Carmelina López de Cevallos desde Nueva York, 6 de octubre de 1917).

Esta fotografía, hoy en la colección del Dr. Marcel Carvallo, es la que ha dado origen a toda la iconografía de José Gregorio. Traje oscuro impecable, pañuelo asomando del bolsillo, corbata ancha y cuello duro, sombrero de ala estrecha y la copa en punta, las manos recogidas hacia atrás, la mirada serena y fija en un punto más allá del espectador, el bigote ancho y poblado, la cara redonda. Está de pie, porque como le dice a su hermano al enviarle la fotografía: “No te mando un retrato sentado, porque yo no salgo bien en esa posición; será porque siempre estoy caminando” (Citado por R. Caldera, p. 49-50). Esta es probablemente la imagen más reproducida en toda la historia fotográfica, pictórica y escultórica de Venezuela.

José Gregorio regresa a Caracas después de ocho meses de estancia europea. No ha logrado su propósito editorial, aunque sí ha renovado sus prácticas de laboratorio en Madrid, al lado de muchachas estudiantes, que constituyen una novedad para él. “Encantadoras” llama a “sus condiscípulas del momento”, “y que poetizan un poco tan prosaico oficio”. Como le dice a su amigo Domínici en carta del 27 de octubre, un día después de cumplir 53 años, vuelve otra vez a cocinar para el laboratorio, “haciendo caldo y gelatina y agar para los tiernos microbios”. No hay duda de que José Gregorio mantiene todavía el espíritu juvenil y emprendedor que necesita un buen investigador.

Sigue la vida su ritmo y el año 1918 se desata una gran amenaza, peor que una guerra y más traicionera: la temible gripe hace estragos

por el mundo. Conocida como gripe española porque se transmite a través de los barcos que venían de España, su origen es en realidad asiático. José Gregorio forma parte del grupo selecto de médicos que luchan contra la epidemia. Como tantas otras enfermedades contagiosas su aparición es repentina, su expansión rapidísima y su cese, lento y desconocido en su razón. Desde la Edad Media hay constancia de epidemias gripales, y las de 1889-90 afectaron particularmente a Europa. La de 1918, fue la más extendida que se conoce y afectó prácticamente a todo el mundo. La produce un bacilo corto y grueso, que se cultiva bien con agar y con hemoglobina fresca. Sus efectos eran inmediatos: alta temperatura corporal, escalofríos, malestar general y quebrantamiento. José Gregorio era el hombre más versado en bacteriología en ese momento y su trabajo es clave para diagnosticar, aislar y tratar a los pacientes. Es una temporada dura, de trabajo sin descanso, y José Gregorio y otros médicos acaban agotados cuando la gripe se aleja.

Pasada la crisis, José Gregorio retorna a su consulta y a su actividad cotidiana. No se le oculta que se está poniendo viejo, porque le cuesta subir desde el centro de la ciudad hasta La Pastora, donde vive entre las esquinas de San Andrés y Desbarrancados, n° 3. Ya no camina con tanta energía cuando visita los enfermos, y se siente a veces agotado al terminar el día. “La vejez camina a pasos rápidos hacia mí, pero me consuelo pensando que más allá se encuentra la dulce muerte tan deseada”, le dice a su amigo Domínici. De una manera misteriosa, José Gregorio intuye que se va acercando para él la hora de la despedida.



*José Gregorio forma parte del grupo selecto de médicos
que lucha contra la epidemia de Gripe Española
que azota a caracas y al mundo.*

24. AQUEL DOMINGO 29 DE JUNIO DE 1919

Pocos están preparados para el momento de la muerte. Pocos se dan el tiempo necesario para pensar en ella y, aunque estén enfermos de gravedad, pocos piensan que ha llegado el momento de despedirse. Nuestra civilización, a diferencia de otras a lo largo de la Historia, rehúye cuanto puede el tema de la muerte, la maquilla, la disfraz, trata de olvidarla. José Gregorio se preparó con mucho tiempo para su muerte, tanto mentalmente como espiritualmente. Por eso los acontecimientos del domingo 29 de junio de 1919 no le agarraron de sorpresa en cuanto al hecho de morir, aunque sí en cuanto a las circunstancias.

El 29 de junio se celebra en la Iglesia católica la festividad de los apóstoles San Pedro y San Pablo, y aquel año coincidió esta fecha con el domingo. José Gregorio fue como acostumbraba a la iglesia parroquial de La Pastora, comulgó en ella, tomó su desayuno

y se dispuso a girar una visita a algunos pacientes cercanos, como realizaba a veces en domingo más por amistad y entretenimiento que por imperativo de trabajo. Estas visitas le tomaron poco más de una hora y las concluyó con un breve rato de oración en la iglesia de la Santa Capilla en el centro de Caracas. Regresó a la casa, se refrescó con un baño y se dispuso para el almuerzo, que había preparado como siempre su hermana María Isolina. Terminado el almuerzo, que él siempre hacía preceder de la bendición de la mesa, se sentó a reposar en una mecedora a la entrada de la casa. Al rato interrumpieron su descanso. Le hacían saber que una anciana enferma que vivía cerca solicitaba su visita. José Gregorio no mostró nunca signos de pereza o de contrariedad por lo intempestivo del momento cuando se trataba de atender a personas que requirieran sus servicios. Salió inmediatamente para atenderla y se propuso regresar pronto, porque esperaba la visita de su hermano César y sus sobrinos que acostumbraban a realizar todos los domingos. Atendió a la anciana y resolvió mostrarle una caridad, como lo hacía con frecuencia cuando atendía a pacientes pobres: comprarle las medicinas que él mismo le había recetado. Caminó por la cuadra de su casa hasta una botica que había en la esquina de Amadores. Mostró el récipe al empleado, recibió las medicinas y salió rápido a la calle para cruzar a la acera de enfrente.

Existe otra versión, según la cual no se trataba de una anciana, sino de un niño que se había herido al caerse en su casa desde una ventana. Las medicinas que el Dr. Hernández compró en la botica estarían destinadas a curar las contusiones sufridas por el niño. En todo caso, José Gregorio salió rápido de la botica y se dispuso a cruzar la calle por delante de un tranvía que estaba estacionado, y que venía subiendo desde la esquina El Guanábano. Iba subiendo paralelo al tranvía uno de los pocos carros que existían en la ciudad por entonces, que tal vez no llegarían a 500. Los peatones no tenían la cultura de prestar atención a los vehículos circulantes, que por cierto se desplazaban a una velocidad muy moderada, posiblemente a un máximo de 30 kilómetros por hora. José Gregorio iba con prisa. Cruzó por tanto por delante del tranvía parado en la esquina y no

advirtió el carro que se le echaba encima. Se trataba de un Hudson Essex, una marca relativamente común entonces, cuyas unidades pesaban más de una tonelada. El carro le embistió de lado con el guardafango, lo hizo perder el equilibrio y lo proyectó contra un poste vecino. Al caer, José Gregorio se golpeó en la nuca con el borde de la acera. Una jaculatoria le brotó espontánea en esos momentos de peligro: “¡Virgen Santísima!”. El golpe le fracturó la base del cráneo y le provocó la muerte instantánea. Un instante de dolor nada más, sin agonía, sin apenas sufrimiento, del que no llegó a ser consciente. Dios le había llamado de una manera rápida e inesperada.

El chofer, llamado Fernando Bustamante, salió desolado del carro. Hacía tan solo 13 días que había recibido su título de manejar. Cayó en la cuenta inmediatamente de la gravedad de lo ocurrido. Ayudó a levantar el cuerpo de José Gregorio, junto con un carpintero vecino que pasaba por allí, de nombre Vicente Romana, y lo trasladó en su automóvil al Hospital Vargas. El carpintero, piadosamente, leyó durante el trayecto en un libro de oraciones la recomendación del alma. El presbítero Tomás García Pompa impartió la absolución y los óleos a aquel hombre aparentemente muerto, después de hacerlo colocar en un cuarto junto a la entrada del edificio. Unos estudiantes de medicina que se encontraban en el hospital salieron a buscar al doctor Luis Razetti, quien fue el primer médico que lo revisó. La impresión de este hombre, antiguo adversario intelectual, admirador y amigo de José Gregorio, fue fortísima. Constató las heridas y las contusiones provocadas por la caída, y sobre todo, la fractura de la base del cráneo que provocó la muerte instantánea.

La noticia comenzaba a esparcirse por Caracas ante la incredulidad de los que la recibían. Un pasajero del tranvía, que había presenciado el suceso, corrió a avisar a María Isolina que su hermano había sido atropellado y se encontraba en el hospital Vargas. Otros fueron a avisar a su hermano César Benigno y a la cuñada Dolores. César y su hijo Ernesto corrieron al hospital y al llegar les informaron que José Gregorio había muerto. César lloraba desconsolado, besaba el rostro muerto de su hermano; luego le cerró los párpados y le colocó los brazos sobre el pecho.

Decidieron trasladarlo a la casa de sus hermanos menores, José Benigno, Avelina y Hercilia, que su padre había tenido con María Hercilia Escalona cuando quedó viudo de la madre de José Gregorio. Esta casa, situada en el centro de Caracas, entre las esquinas de Tienda Honda y Puente La Trinidad, era más espaciosa y podía recibir a los familiares y conocidos que sin duda llegarían cuando supieran la noticia. A medida que se conocía la noticia iban afluyendo personas de todas las clases sociales, que pronto se convirtieron en tal multitud, que tuvieron que llamar a la policía para poner orden. Dentro de la casa se rezaban los rosarios, se hablaba en voz queda del difunto, los hermanos y sobrinos recibían los pésames de muchísima gente que no conocían. La popularidad y el arraigo en la ciudad que tenía el Dr. José Gregorio Hernández y que pocos sospechaban, comenzó a mostrar en ese momento hasta dónde llegaba.

Los hermanos de José Gregorio estaban aturdidos por tanta afluencia y tantas demostraciones de aprecio y de dolor, especialmente cuando se enteraron que a petición del presidente provisional de la República, Victorino Márquez Bustillos, el Ministerio de Instrucción Pública había resuelto ese mismo día de la muerte que el Dr. Hernández fuera trasladado al paraninfo de la Universidad Central de Venezuela, para recibir allí los honores merecidos. La muerte de tan reconocido miembro de la Facultad de Medicina embargaba de luto a todas las facultades del país. Esta disposición tenía tanta más significación cuanto que la universidad estaba clausurada desde 1912.

Transcurrió la noche entre llantos y rezos, ante un cadáver sereno y casi sonriente. En medio del dolor enorme y sorpresivo nadie dudaba de que aquel hombre estaba ya en la presencia de Dios. El Doctor José Gregorio Hernández había vivido 54 años, 8 meses y 3 días.

25. ¡EL DOCTOR HERNÁNDEZ ES NUESTRO!

La conmoción en Caracas fue espontánea e inmensa. Todas las instituciones oficiales y privadas, de todos los ámbitos de la Iglesia, el gobierno, la academia y el comercio, se paralizaron el día siguiente, lunes 30, en que iba a tener lugar el sepelio. Los periódicos informaron cumplidamente del suceso e invitaron al entierro. La patria y la ciencia estaban de duelo por tan sensible pérdida, decía *El Universal*. El periódico hace una semblanza biográfica del fallecido en trágico accidente, resaltando su sabiduría médica y sus virtudes. Reproduce también este periódico la nota escrita por el Dr. Luis Razetti, con motivo de la partida a la Cartuja de José Gregorio Hernández en 1908, en la que admira su fe religiosa, que le lleva a sepultarse en una celda. Mayores elogios no se podían tributar a un ser todavía vivo:

“El respeto que siempre me ha inspirado la inmaculada vida del doctor Hernández, con cuya amistad me honré, a pesar de que

ambos girábamos en los polos opuestos del pensamiento filosófico; el conocimiento perfecto que tengo de sus aptitudes y de su vasta ilustración científica; y sobre todo mi admiración por la entereza de aquel carácter, que jamás se desvió ni una línea del camino que debía conducirlo a lo que él creía la realización del supremo ideal de la vida, son los móviles que hoy me inspiran estas líneas ingenuas, expresión de mis sentimientos, ante la irreparable desaparición de un hombre, de quien la patria debe esperar aún muchos beneficios”. (EL UNIVERSAL, Caracas, lunes 30 de junio de 1919).

El editorialista de *La Gaceta Médica de Caracas* no puede creerse lo que acaba de suceder:

“Ya en prensa este periódico lléganos, como el estruendo de una gran catástrofe, la dolorosa nueva de haber fallecido trágicamente este benemérito campeón de las ciencias médicas... nos limitamos a consignar el infausto suceso. Suceso que cuelga del cielo de Caracas los fúnebres crespones con que acostumbra enlutarse en los días de grandes acontecimientos, a la vez que contrista el alma de todo aquel que es capaz de apreciar los grandes merecimientos e insignes virtudes de este irreemplazable compatriota...” (Citado por Suárez y Bethencourt, p. 182).

“No se puede separar al hombre de ciencia del hombre de virtudes”, dice acertadamente *La Religión*, al dar la noticia a sus lectores. “Por esto, la universalidad del sentimiento, la generalidad de las lágrimas, la intensidad del dolor causados por esa muerte”. (La Religión, 30 de junio de 1919).

El arzobispo de Caracas, monseñor Felipe Rincón González, ofició una misa de cuerpo presente en la casa donde se velaba al difunto. La Adoración Perpetua del día, es decir, la adoración de Jesucristo sacramentado en la Santa Capilla, fue ofrecida por el eterno descanso de José Gregorio. Todo Caracas desfiló ante el cadáver: autoridades, académicos, amigos, admiradores, personas beneficiadas, pueblo llano. Se suspendieron todos los espectáculos en la ciudad en señal de duelo, realmente sentido y compartido por todo el mundo.

El Ministerio de Instrucción Pública dispuso que el féretro fuera llevado al paraninfo de la Universidad para ser despedido por los estudiantes de medicina. Así se hizo a partir de las diez de la mañana y el traslado desde Tienda Honda hasta San Francisco se convirtió en una manifestación popular de dolor y religiosidad; se rezaba en voz alta, muchos llevaban flores, todos querían acompañar al difunto hasta el cementerio, aunque hubiera que esperar mucho tiempo para trasladarlo. Más de un millar de coronas fueron llegando al paraninfo, con flores de todos los jardines y de las faldas del Ávila. El gobierno se hizo presente en la persona del presidente Victorino Márquez Bustillos, del Ministro de Instrucción Pública, Rafael González Rincones y del Secretario de Gobierno, Elías Rodríguez.

Desde el paraninfo el féretro salió a la calle, acompañado por toda la ciudad de Caracas. Cerraba la comitiva la Banda Marcial, dirigida por el maestro Pedro Elías Gutiérrez, tocando las marchas fúnebres acostumbradas, en dirección a la catedral. El arzobispo había dispuesto que el cadáver fuera conducido a la catedral desde el paraninfo, para recibir un homenaje eclesiástico, algo insólito, puesto que ningún personaje de la vida pública venezolana, y menos un seglar, había recibido hasta entonces un tributo semejante. Todo el capítulo de altos dignatarios eclesiásticos, el deán, monseñor Nicolás Eugenio Navarro, que había conocido a José Gregorio en el Seminario Metropolitano, y todo el clero secular y regular estuvieron presentes en los actos religiosos, que consistieron en el rezo cantado del oficio de difuntos y en la bendición general.

Al salir de la catedral, esperaba la carroza fúnebre. La muchedumbre no cabía en la calle, se apretujaba para estar lo más cerca del difunto más querido que tuvo la ciudad. Cuando fueron a introducir el féretro en la carroza, una voz se alzó de entre los presentes, que inmediatamente fue coreada por los circunstantes:

– “El doctor Hernández es nuestro! ¡El doctor Hernández es nuestro! ¡El doctor Hernández no va en carro al cementerio!” (Citado por Suárez y Bethencourt, p. 30).

Llevar al muerto a hombros es la señal de mayor aprecio y agradecimiento que se puede mostrar a un difunto. La carroza hace un siglo, y ahora el carro fúnebre, son expeditos, impersonales. Llevar a hombros al difunto, (y bailarlo como se hace en algunos lugares) es el signo más auténtico de que el muerto significa mucho para los que lo cargan. Cuanto más se demore el transporte hasta el cementerio, más tiempo se está con ese difunto tan querido, a quien nunca más se le volverá a ver. El pueblo quiso manifestar de esta manera tan gráfica que José Gregorio era una persona entrañablemente arraigada en sus sentimientos. ¡Nuestro! ¡Es de nosotros! Ahora que se va sentimos lo que lo queremos.

Cerca de tres horas tardó la comitiva en hacer el recorrido por las calles del centro de la ciudad, hasta la Roca Tarpeya en dirección al Cementerio General del Sur. Alumbrados por antorchas, ya era noche cerrada cuanto traspusieron sus puertas. Después de la bendición del capellán del cementerio, los médicos Luis Razetti y Pedro Acosta Delgado, así como el señor Rafael Benavides y dos estudiantes pronunciaron sendos discursos. Razetti no ahorró elogios:

“Fue médico científico al estilo moderno: investigador penetrante en el laboratorio y clínico experto a la cabecera del enfermo; sabía manejar el microscopio y la probeta, pero también sabía dominar la muerte y vencerla. Fue médico profesional al estilo antiguo: creía que la medicina era un sacerdocio” (Citado por Suárez y Bethencourt, p. 184).

Bajaron el cadáver a la fosa y colocaron encima las coronas, que se fueron acumulando hasta formar una montaña enorme. Día y medio había transcurrido desde la infausta muerte hasta su sepultura.

El periódico *El Nuevo Diario* informa de la muerte y el sepelio el día 1º de julio. Refiere el duelo social de la sociedad venezolana, producido por el deceso de este “abnegado bienhechor de los humildes” y relata el entierro tan solemne y sentido en el que participó toda la sociedad caraqueña desde los más humildes hasta los más encumbrados.



*En 1919 su muerte asumió las proporciones de una desgracia nacional.
Caracas, que le ofrendó el tributo de sus lágrimas,
consagra a su memoria un sencillo epitafio,
que la gratitud dicta y la justicia impone.*

26. SEMBLANZA DEL DOCTOR JOSÉ GREGORIO HERNÁNDEZ

Supóngase usted que puede retroceder en el túnel del tiempo cerca de un siglo y que se encuentra un día por la calle, tal vez en el centro de Caracas, tal vez en La Pastora, con un hombre más bien bajo, cara redonda y blanca, bigote poblado, traje oscuro bien planchado, chaleco, corbata de color. Lo reconoce inmediatamente: es el doctor José Gregorio Hernández.

—Buenos días, doctor Hernández, ¿cómo amaneció usted hoy?

—Muy bien, gracias a Dios. Voy a visitar a unos pacientes que me requieren, dispense usted mis prisas.

Y se despide con elegancia tocándose el ala del sombrero. Es lo primero que llama la atención de los que le conocen: su gran sentido del deber, la responsabilidad que pone en todo lo que hace, de una manera natural, como quien lo ha convertido en hábito. Es que aprendió desde chiquito el

sentido del deber, el cumplimiento gozoso de las obligaciones. Se lo enseñaron sus padres y le dieron ejemplo. José Gregorio, el hijo mayor, salió como ellos, cumplidor, responsable, buen ejemplo para sus hermanos menores.

El recibidor de la casa le sirve de consulta. Lo tiene inmaculadamente limpio, lo mismo que su estudio, con la mesa de madera tallada y dos armarios de estilo, donde guarda sus queridos libros de medicina, la mayoría en francés. El doctor es minucioso, detallista, observador, constante: el talento y las cualidades de un buen investigador. Así se lo decían sus profesores de laboratorio en París:

– Doctor Hernández, quédese aquí, con nosotros, usted aportará a la ciencia médica progresos importantes.

No pudo hacerlo, pero enseñó a sus estudiantes las actitudes y las habilidades que necesita un científico experimental. Un poco de frustración lleva consigo, sin embargo, porque sus intentos iniciales de investigar la hemoglobina de las personas que habitan en los trópicos no llegaron a buen término por falta de apoyo. Es un hombre que posee una inteligencia poco común, que se manifiesta sobre todo en la claridad con que aborda los temas, en la profundidad con que desarrolla los argumentos. Sus alumnos lo aprecian extraordinariamente, lo admiran, no se pierden sus clases.

José Gregorio tiene un talento amplio, que busca las causas y razones de todo lo que ve, siente y entiende. El fruto de esa inquietud científica son trece trabajos publicados sobre temas de medicina, entre los cuales destaca *Elementos de Bacteriología*, publicado en 1906. Dejó inéditos muchos trabajos, apuntes de clase recogidos por sus alumnos. Y no se contentó con la medicina. Su obra *Elementos de Filosofía*, una exposición ordenada de los fundamentos de las ciencias naturales y humanas, que será reeditada al poco tiempo de su aparición y que recoge lo mejor de su pensamiento filosófico y religioso. De esa obra dice en el prólogo:

“Publico hoy mi filosofía... esta filosofía me ha hecho posible la vida. Las circunstancias que me han rodeado en el transcurso de mi

existencia han sido de tal naturaleza, que muchas veces, sin ella, la vida me habría sido imposible. Confortado por ella he vivido y seguiré viviendo apaciblemente.

Mas si alguno opina que esta serenidad, que esta paz interior de que disfruto a pesar de todo, antes que a la filosofía la debo a la Religión santa que recibí de mis padres, en la cual he vivido, y en la que tengo la dulce y firme esperanza de morir: le respondo que todo es uno”. (Prólogo de *Elementos de Filosofía*).

José Gregorio, tanto en sus escritos como en su existencia de cada día, mostró una fe religiosa y una asimilación concreta de las consecuencias del ser cristiano que pocos habrán llevado a tan alto grado. Hombre de misa y comunión diaria, comportamiento inusual en aquellos días, de oración personal, de confesión frecuente, de la práctica eximia de una caridad espontánea y natural, de la que procuraba no hacer ostentación.

Tres veces intentó ingresar en la vida religiosa o hacerse sacerdote y tres veces fracasó en su empeño. Este fue sin duda el mayor motivo de contrariedad que él tuvo que soportar, junto con los achaques de salud, que justamente se le presentaron cuando quiso abrazar la vida religiosa. Tuvo que vivir su fe católica como laico ejemplar y de verdad que lo logró, en unos años en los que se veía con menosprecio tales manifestaciones de vivencia profunda religiosa. Los intelectuales y científicos de su tiempo fueron en su gran mayoría agnósticos, pero lo respetaron profundamente, porque admiraron su enorme sinceridad y convicción. De ahí que se puede afirmar que José Gregorio hizo creíble de una manera existencial para las personas cultas la compatibilidad entre la fe y la ciencia.

– Yo lo que admiro del doctor Hernández es que nunca se pone de mal humor. Fíjate la cola de pacientes que tiene y lo que trabaja. Nunca se le va una palabra de más y a todos atiende con cariño.

Lo han notado sus pacientes y todo el mundo lo sabe: el doctor tiene un carácter paciente y tranquilo, que no se altera ni cuando vienen a llamarlo a cualquier hora del día o de la noche.

– Pero no creas que es tan serio. El otro día me agarró del cachete y me hizo reír: “No ponga usted esa cara de ajusticiada por un pinchacito. Verá cuando tenga que dar a luz, ¿qué cara inventará entonces?” Me hizo reír y entonces me pinchó sin que lo notara.

No es un hombre de manifestaciones ruidosas. Lo que siente lo expresa con comedimiento, porque en él predomina lo racional sobre lo emotivo. Lo expresa muy bien en su obra filosófica:

“Los sentimientos son emociones producidos por un fenómeno psicológico, esto es, por una idea, por una volición o por el simple recuerdo. La idea de separarme de mi país me produce un sentimiento de tristeza; la resolución de cumplir mi deber, me da un vivo sentimiento de gozo; el recuerdo de la pasión de Jesucristo inunda mi alma de un profundo sentimiento religioso” (*Elementos de Filosofía*, p. 23).

Una pequeña excursión a su mundo interior nos proporcionan los ejemplos que escribe en ese párrafo: José Gregorio sentía nostalgia de su patria y de su familia, como lo expresaba en carta a su hermano César cuando fue a la Cartuja: “Tú comprendes lo dolorosa que es para mí esta separación de mi familia, a quien quiero entrañablemente” (Carta a su hermano César, 6 de junio de 1908). Le costaba separarse de ella, y lo hizo en varias ocasiones; sentía como algo noble y digno la satisfacción del deber cumplido, y eso es lo que él hizo toda la vida; la vivencia religiosa profunda se expresa en un sentimiento de compenetración con Jesucristo, que él expresa con sencillez y naturalidad.

José Gregorio Hernández ha pasado a la historia de múltiples formas: como el introductor de la medicina experimental en Venezuela, como el cristiano seglar más consecuente de su época, como el médico de los pobres y como el intercesor ante Dios por las necesidades de todos. Es la figura más respetada y querida de comienzos del siglo XX en Venezuela.

27. EL LARGO CAMINO A LOS ALTARES

La manifestación del entierro, por lo espontánea, masiva y emotiva, indicó bien a las claras que José Gregorio había calado en el alma del pueblo, el cual era muy consciente de su talla espiritual y humana. El 9 de octubre se colocó un epitafio sobre su tumba, cuyo texto había presentado José Eustaquio Machado al concurso convocado por el Gremio de Obreros y Artesanos: “Médico eminente y cristiano ejemplar. Por su ciencia fue sabio y por su virtud justo. Su muerte asumió las proporciones de una desgracia nacional. Caracas, que le ofrendó el tributo de sus lágrimas, consagra a su memoria este sencillo epitafio, que la gratitud dicta y la justicia impone” (Citado por Caldera, p. 65).

Los restos de José Gregorio permanecieron en el Cementerio General del Sur hasta el 23 de octubre de 1975, en que fueron exhumados y trasladados a la

capilla del antiguo baptisterio en la Iglesia de la Candelaria, donde ahora reposan.

¿Por qué la Iglesia católica no ha beatificado y luego canonizado a José Gregorio? La respuesta más sencilla es doble: porque los trámites son largos y rigurosos, y porque han surgido inconvenientes en ese largo camino.

El primer paso en este trámite consiste en solicitar la apertura de la causa de beatificación por parte del tribunal apropiado de la Santa Sede, que es la Congregación de Ritos, solicitud que debe ser encabezada o al menos refrendada por alguna autoridad eclesiástica de la zona. Este paso fue dado el 19 de marzo de 1948 por el sobrino de José Gregorio, Ernesto Hernández Briceño, con el refrendo del arzobispo de Caracas, monseñor Lucas Guillermo Castillo. Hecha la solicitud, el secretario del arzobispo pidió al sobrino de José Gregorio que escribiera una biografía de su tío para acompañar el expediente.

El segundo paso consiste en nombrar un postulador de la causa, o sea, una persona que se preocupe de impulsarla, recogiendo testimonios de las personas que conocieron al difunto sobre su fama de santidad, que en el caso del doctor José Gregorio Hernández era espontánea y mantenida. El postulador debe recoger y revisar sus escritos y demostrar que no hay un culto anticipado, es decir, una veneración como si fuera santo, con estatuas en los altares y oraciones en las que se le tributa culto. El primer postulador de la causa de beatificación de José Gregorio Hernández fue el padre Antonio de Vegamián, Custodio de los padres capuchinos. El proceso de beatificación comenzó su andadura en septiembre de 1949. Se hizo una lista de muchas personas que le conocieron y le trataron personalmente, entre los que se encontraba su amigo Santos Aníbal Domínici, el doctor José Manuel Núñez Ponte, cronista de Caracas, varios eclesiásticos de Venezuela, el cardenal de Cuba, y sus testimonios quedaron incorporados al proceso judicial. Desafortunadamente no se tomaron todas las declaraciones y después de cinco años el proceso se estancó.

La razón del estancamiento del proceso está en el enfrentamiento entre monseñor Castillo y monseñor Nicolás Eugenio Navarro, Vicario General de la Diócesis, quien no podía aceptar el hecho de que no le nombraran arzobispo de Caracas en lugar de monseñor Castillo. Como éste último inició la causa de beatificación de José Gregorio, Navarro la obstaculizó, escribiendo por su cuenta un testimonio sobre José Gregorio que no le era favorable. Se lo entregó al Nuncio, monseñor Rafael Forni y éste lo envió a la Congregación de Ritos, que detuvo el proceso. En su diario, que él tituló *Efemérides*, descalificaba con frases muy duras los intentos de llevar adelante la causa de beatificación del doctor Hernández, a quien él por otra parte había alabado sin reservas con motivo de su fallecimiento. Entonces lo había calificado de gran amigo, de hombre de elevada espiritualidad, gloria de la iglesia católica en Venezuela.

En 1955 muere monseñor Lucas Guillermo Castillo y la Santa Sede designa como Arzobispo de Caracas a Monseñor Rafael Arias Blanco, quien manda reanudar la causa en enero de 1957, nombrando postulador o impulsor de la misma a monseñor José Rincón Bonilla, obispo auxiliar de Caracas. En 10 meses rindieron su declaración 16 testigos y el proceso siguió su curso. En 1961, siendo arzobispo de Caracas el Cardenal José Humberto Quintero, se concluye el proceso adicional, instruido para dar respuesta a las objeciones de monseñor Navarro, pero transcurrieron todavía once años hasta que la Congregación para la Causa de los Santos (antigua Congregación de Ritos) declare una vez más a José Gregorio Siervo de Dios, primer título en el camino hacia la canonización.

En 1973 emite esa Congregación el decreto de no culto, es decir, que no ha habido hasta entonces culto público a la figura de José Gregorio que impida seguir adelante el proceso. A continuación se hizo el examen de sus virtudes y la Congregación concluyó que:

“no hubo sombra alguna que pudiera cubrir de dudas la noble figura de ese médico y profesor universitario que resplandece en todo su fulgor, como un modelo para los laicos, por haber empeñado su vida en construir una sociedad basada en el amor y en la enseñanza del evangelio” (Citado por Suárez y Bethencourt, p. 383).

El 16 de enero de 1986 el Papa Juan Pablo II declaró Venerable a José Gregorio Hernández, lo cual constituye el segundo escalón en el ascenso a la canonización. El paso siguiente es la beatificación, para lo que se necesita probar que, gracias a la intercesión de José Gregorio, se ha producido un milagro inexplicable en términos naturales, reconocido como tal por las instancias eclesiásticas que deben examinarlo: expertos médicos, teólogos y finalmente una comisión de obispos. El milagro es una intervención especial y gratuita de Dios en favor del hombre, que lleva a su conversión y transformación interior.

En el caso de José Gregorio se han presentado dos casos especiales: la curación del niño José Gregorio Lange, atropellado por un tío, y la de otra niña italiana de 4 años, también maltratada por una camioneta. Los médicos testificaron la imposibilidad de la recuperación inmediata de esos niños, hecho que ocurrió después de haber invocado a José Gregorio con mucha fe en su intercesión. En ninguno de los dos casos se ha pronunciado definitivamente la Iglesia, por no haberse cumplido con todos y cada uno de los requisitos exigidos para darles validez.

La Iglesia aún no se ha pronunciado oficialmente sobre la santidad de José Gregorio Hernández, no lo ha declarado beato y luego santo. Es un paso que esperan los venezolanos y que sin duda llegará con el tiempo. José Gregorio constituye un modelo de actuación laical católica, raro en su tiempo y ahora más que nunca necesario. José Gregorio se anticipó con su vida a mostrar un camino posible para el cristiano común, en donde se combinan ciencia y fe, ejercicio de la profesión y piedad, caridad y generosidad grandes y un sentido del deber del que está necesitada la sociedad actual. Todo esto favorece su causa, pero falta presentar algún hecho milagroso que sea debidamente aprobado por la autoridad eclesiástica. El pueblo sin embargo está seguro, por encima y más allá de los requisitos eclesiásticos, de que José Gregorio está muy alto en el cielo y que desde allá intercede por su amada patria.



*1986 El 16 de enero el Papa Juan Pablo II
declaró Venerable a José Gregorio Hernández,
el segundo escalón en el ascenso a la canonización.*

28. EL SANTO DE LOS VENEZOLANOS

Para la gente común no hay duda de que José Gregorio es un santo. Lo sienten como un hombre que está muy cerca de Dios y desde allá ayuda a la gente como lo hizo en vida, especialmente a los más pobres y a los que más sufren problemas relacionados con la salud. Se recurre a él con una fe y una confianza que pocas otras figuras de la Iglesia han sabido despertar. Se le piden favores relacionados en primer lugar con la salud, pero también con otras necesidades.

El rasgo de José Gregorio que más atrae a la gente del pueblo es la caridad y generosidad con que trató a sus pacientes, especialmente a los pobres. La religiosidad de José Gregorio, su acercamiento constante a los sacramentos, su continencia y sublimación sexual, su práctica de la oración diaria, las admiran pero las sienten lejanas a su vida cotidiana. Lo ven muy

elevado y al mismo tiempo muy cercano, con capacidad de ayudar. Esto es lo atractivo en él.

Por otra parte, José Gregorio es un seglar, un profesional, no vinculado a los estamentos eclesiásticos. Los hombres de Iglesia son los que por oficio representan a Dios y deben estar llenos de virtudes. José Gregorio fue un laico, un hombre común, no revestido de la aureola que se atribuye a los sacerdotes o religiosos. Esto es otro rasgo atractivo en su figura.

La veneración a José Gregorio se manifiesta a lo largo y ancho del territorio nacional en capillas, monumentos, cruceros, altares domésticos, placas y exvotos, nombres de hospitales, escuelas, instituciones y establecimientos, imágenes en casas privadas y comercios, santuarios populares, estampitas, calcomanías y pinturas en los vehículos, bailes, danzas y celebraciones en su honor, oraciones, estampas, peticiones de favores y prácticas de santería. José Gregorio ha ingresado en el panteón de los héroes nacionales, cualquiera que sea el nivel cultural o la orientación religiosa de quien lo venera. Se ha convertido en un santo no sólo de la religión católica, sino de todas las expresiones religiosas del pueblo venezolano. Los panteones de María Lionza han incorporado a José Gregorio como espíritu luminoso con poderes de sanación.

Los devotos han colocado miles de placas en la Iglesia de la Candelaria, donde reposan actualmente los restos de José Gregorio, en Isnotú (Santuario del Niño Jesús, casa natal), algunas todavía en su antigua tumba del Cementerio General del Sur, y en otros lugares, que testimonian los favores recibidos. La mayoría sirven para pagar las promesas hechas por los devotos, costumbre muy arraigada en el pueblo venezolano, prometer algo al santo si le concede un favor, que puede ser sanar de alguna enfermedad o accidente, un parto sin problemas, o resolver un apuro económico.

También los intelectuales, aunque no sean religiosos, han testimoniado desde su muerte el aprecio en que le tienen. “No era un muerto a quien se llevaba a enterrar; era un ideal humano que pasaba en triunfo, electrizándonos los corazones; puede asegurarse

que en pos del féretro del doctor Hernández todos experimentábamos el deseo de ser buenos’. Esto lo dijo nada menos que Rómulo Gallegos”. (Caldera, p. 64).

Tomás Polanco Alcántara lo considera una figura nacional, no por haber sido un gran médico, catedrático o científico, sino por su alto valor espiritual. Es un modelo de conducta que atrae a todos. “Es un orgullo para el país, no porque haga milagros, cure gente o haya sido médico, sino por su valor espiritual” (Citado por Suárez y Bethencourt, p. 431).

Ramón J. Velásquez lo considera un hombre excepcional, arraigado espontáneamente en el pueblo como fenómeno único en la historia venezolana:

“Hasta 1936 el único santo era Juan Vicente Gómez, porque Venezuela era un país mudo y miedoso, la gente no quería ir a la cárcel y la forma de no ir era callando... En la Venezuela de ese entonces lo que no venía del púlpito no se hacía y los únicos santos eran los que estaban en el santoral. El movimiento para santificar a José Gregorio en ese contexto histórico surge de la calle; alguien seguramente dijo que hizo un milagro, otros recordaron quién había sido él, otro dijo que le había puesto una vela y que había recibido un favor... y estos hechos se fueron propagando. El país encontró en él a una persona más del pueblo, un venezolano a quien acudir en el plano espiritual, en el plano de la fe, en el plano de las creencias... Por primera vez en el seno de la fe católica en Venezuela ha surgido un personaje a quien la gente considera que tiene las virtudes y la aureola suficiente para elevarlo del nivel mortal a un nivel superior”. (Citado por Suárez y Bethencourt, p. 438-9).

Yolanda Salas propone una teoría interesante sobre el surgimiento de las devociones populares a los santos:

“Yo he dicho que hay dos maneras de ver la historia, sea colectivamente, es decir, el colectivo asume sus santos y los crea, o de acuerdo a la política del Estado, cuando éste propone los suyos. La Virgen de Coromoto fue propuesta por el Estado y asumida por

el pueblo. José Gregorio fue propuesto por el pueblo, por lo que es una creación colectiva de la religiosidad. En cambio, la hermana María de San José es la santa del Estado, es una forma de santidad que quería el Estado. Era la santa caritativa, de los pobres, ella los recogía y les daba caridad. José Gregorio, dentro de ese proceso democratizador y modernizante, es un santo que quiere sanar a la sociedad, es un santo que quiere higienizarla.” (Citado por Suárez y Bethencourt, p. 440).

Roberto Briceño León resume el parecer de lo que mucha gente de las clases medias y profesionales piensan de José Gregorio:

“Definitivamente, él es el santo de los venezolanos, y además de una manera muy linda, porque representa lo bueno de los venezolanos. Las figuras y los símbolos de alguna manera también representan lo que nosotros somos, porque nos identificamos con ellas. Él es un laico, un profesional, es un hombre, y en términos de espiritualidad y bondad hay un nexo entre la espiritualidad etérea y la espiritualidad terrena. Logró la santidad por su trabajo, por su profesión, por su humildad. Él es el alma de los venezolanos” (Citado por Suárez y Bethencourt, p. 444).

El Papa Juan Pablo II, en su segunda visita a Venezuela en 1996, quedó sorprendido del arraigo que la devoción a José Gregorio tiene en el pueblo venezolano. Le entregaron varios volúmenes con cinco millones de firmas pidiendo su elevación a los altares, algo inusitado en un país de 22 millones de habitantes. La ovación de cinco minutos que interrumpió el discurso del Papa cuando mencionó a José Gregorio ante los científicos en el teatro Teresa Carreño también impresionó al Pontífice. Definitivamente, el reconocimiento de la santidad de José Gregorio por parte de la Iglesia católica es cuestión de poco tiempo. Mientras tanto, el pueblo ya lo ha canonizado y lo ha convertido en el primer santo de la modernidad no sólo de Venezuela, sino de todo el mundo cristiano occidental.

OBRAS CONSULTADAS

Caldera, Rafael (1996), Tres discursos sobre José Gregorio Hernández, Caracas: Ediciones de la presidencia de la Republica.

Díaz Álvarez, Manuel (2001), El medico de los pobres, Dr. José Gregorio Hernández, Caracas: San Pablo, 9ª reimpresión.

Fernández Heres, Rafael (1981), Memoria de 100 años, la educación venezolana 1830 - 1980. Caracas: Ministerio de Educación.

Hernández José Gregorio (2000), Cartas selectas, (Compilación y notas de Carlos Ortiz). Caracas: El Nacional.

Hernández José Gregorio (1912), Elementos de Filosofía, Caracas: Tip. Emp. El Cojo.

Suarez, María Matilde y Carmen Bethencourt (2000), José Gregorio Hernández del lado de la luz, Caracas: Fundación Bigott.

DATOS DE AUTORES



Francisco Javier Duplá Bernal, nacido en Zaragoza, España en 1940, es de nacionalidad venezolana. Es sacerdote, miembro de la Compañía de Jesús en Venezuela y con muchos años de experiencia en Educación secundaria (Colegios San Ignacio de Loyola, Jesús Obrero de Caracas y Gonzaga de Maracaibo) y Educación universitaria (Universidad católica Andrés Bello en Caracas y Ciudad Guayana). Trabajó en el Centro de Reflexión y Planificación Educativa como investigador, subdirector y director. Fue miembro del Consejo Nacional de Educación entre 1994 y 1999.



El Dr. Axel Capriles M. es licenciado en Psicología y doctor en Ciencias Económicas. Se Diplomó en Psicología Analítica en el C. G. Jung Institut de Zúrich y ejerció como analista en Zúrich y Caracas. Fue Profesor de la Universidad Católica Andrés Bello en la Escuela de Psicología y la Escuela de Letras así como en las maestrías de Historia de las Américas y de Administración y Finanzas. Fue presidente de la Sociedad Venezolana de Analistas Junguianos, director de la Fundación C.G. Jung de Venezuela y editor de la Revista Venezolana de Psicología de los Arquetipos. Es miembro de la Asociación Internacional de Psicología Analítica. Es coautor del Diccionario de la Corrupción en Venezuela (3 vol.) y autor de El Complejo del Dinero, La picardía del venezolano o el triunfo de Tío Conejo y Las fantasías de Juan Bimba. Fue colaborador de los diarios El Universal y El Nacional y es actualmente columnista del portal El Estímulo. Reside en Madrid.

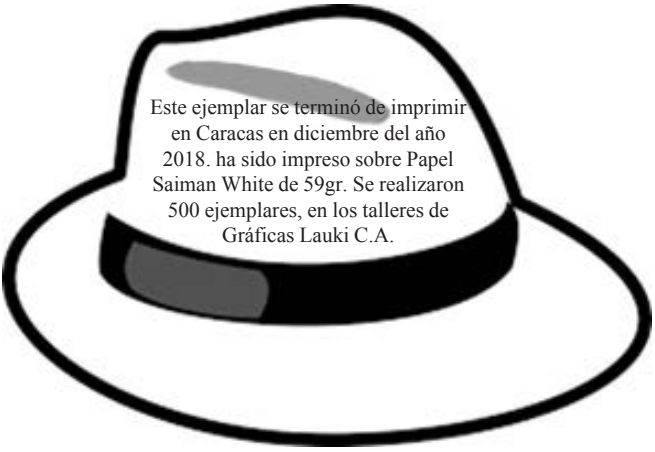


Rómulo Guardia Granier

es un creativo productor de contenidos que ha demostrado transformar negocios multimedia. Como productor de televisión, es conocido como uno de los miembros originales del equipo de lanzamiento de MTV Latino. Además, jugó un papel decisivo en el lanzamiento de canales como Animal Planet, Discovery Kids, People and Arts y en el diseño y construcción del Discovery Networks Television Center en Miami, pionero en el concepto de integración digital en la televisión hispana.

Ocupó el cargo de Vicepresidente de Desarrollo y Nuevos Medios en RCTV, la cadena de TV terrestre pionera y líder en Venezuela.

Rómulo Guardia también ha dedicado su tiempo libre y sus activos a causas ambientales.



Este ejemplar se terminó de imprimir
en Caracas en diciembre del año
2018. ha sido impreso sobre Papel
Saiman White de 59gr. Se realizaron
500 ejemplares, en los talleres de
Gráficas Lauki C.A.